La ciudad, la otra

Súper Barrio

Raúl Bautista González

© Súper Barrio (Raúl Bautista González)
Noviembre 2016

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez, Óscar de Pablo y Ezra
Álcazar.

Diagramación y diseño de portada: Daniela Campero.

UN POQUITO DE FRÍO

Cuando se tomó el acuerdo no pude evitar sentir frío. Bueno, no precisamente un frío así como para ponerse a temblar o andar titiritando, pero sí un como escalofrío o no sé, como una angustia o inquietud, como miedito pues, porque desde esa noche no pensé en otra cosa que no fuera que la policía nos desalojara, y si la librábamos bien, nomás nos iban a poner unos madrazos y sacarnos del predio con todo y chivas. Pero si nos iba mal, no pasaba de que nos partieran toditita la madre.

Ya se venía posponiendo la toma del terreno desde hacía más de un mes. En las reuniones de la Comisión Popular, en aquel pequeño salón y en medio de una densa humareda de cigarros, se discutía y se analizaba todo, y se volvía a discutir y analizar, una y otra vez: que si la coyuntura era desfavorable, que si los desalojos violentos se daban por todas partes, que si los ejidatarios del Ajusco eran del PRI, que si el ánimo de la gente estaba alto, que si las medidas de seguridad, que si la solidaridad de las organizaciones, que si todos los días está lloviendo, o sea todo, una y otra vez. Era agosto de 1984.

Pero ese miércoles se aprobó, sin votación y sin nada, más bien ya nadie se opuso. Así quedó el acuerdo: la ocupación del terreno sería para el próximo sábado, to-

dos a las seis de la tarde en Reino Aventura y de ahí, al predio. Estaban claras las tareas, unos le iban a avisar a la gente, o sea los solicitantes; otros, a los que yo les digo la raza, o sea los que nos consideramos activistas, a conseguir madera y láminas para levantar un galerón, pedir prestados martillos, comprar clavos, tener listos depósitos de agua, cobijas, linternas. En la Comisión de Seguridad y la Comisión de Negociación están para los jefes, o sea los experimentados, los dirigentes del MLP, pues.

Me repetía el discurso de las asambleas con los solicitantes, así como para darme ánimo: la vivienda es un derecho que se conquista luchando unidos y organizados, el gobierno y su partido sólo sirven para beneficiar a la oligarquía que se adueña del suelo urbano para sus negocios de fraccionamientos y centros comerciales; los movimientos urbanos avanzan en todas las ciudades del país y tenemos que seguir esas experiencias de lucha, pero este pinche friecito no se me quita, nunca he estado en una invasión, nunca he asumido una responsabilidad de éstas. Pero hay que luchar, eso que ni qué.

La Comisión Popular del Movimiento de Lucha Popular, el MLP, se reunía cada semana en un salón de la ENAH, de Antropología, pues, allá por el sur de la ciudad. Éramos en las reuniones de la Comisión como unos veinte. Del CCH Oriente íbamos tres o cuatro estudiantes y los profes, a veces más, o sea El Rafa, El Poblano, El Tito y yo, ¡ah!, y La Nena, pero ella no iba seguido a las reuniones, sí le entraba a volantear y a salonear y a las marchas y eso, pero a las reuniones casi no iba, ella decía que porque se acababan muy noche y vivía en la

Pensil, o sea, lejecitos pues. Se llama Helena, así con hache, como la de Troya y siempre me gustó, yo creo que le entré al MLP por ella, y a la Comisión Popular porque decía que allí participaba. A los profes les decíamos El Gumaro por aquello de Los Agachados y El Engels porque se llamaba Federico, el primero daba Historia Contemporánea y el otro Física II.

Para entonces yo vivía en la colonia Xalpa, allá en la Sierra de Santa Catarina, por Iztapalapa, o sea lejecitos también, pero no tanto. El Poblano vivía también en Iztapalapa, en San Lorenzo Tezonco, y a las diez y media de la noche nos salíamos de las reuniones de los miércoles hechos la raya para alcanzar el delfín, el camión pues. Yo tenía que llegar a la calzada Ermita a más tardar a las once para agarrar la combi y llegar a la casa por *aí* de las once y media.

—¿Cómo la ve compa? —me preguntó El Poblano con las manos en las bolsas del pantalón mientras caminábamos a Periférico. Le vi la preocupación en la cara. ¿Así la tendré yo también? me pregunté.

—Pos puede ponerse cabrón ¿no? El gobierno anda bien perro —le respondí así, como lo sentía. Intenté ponerme optimista quizá más para evadir la preocupación que ya cargábamos.

—Pero no dejan de otra mi Poblano, —agregué—. La gente está muy jodida y pos ya compa, ni modo de rajarse, ya se acordó y pues a darle ¿no?

—No —respondió.

Cada quien se clavó en sus pensamientos. Hacía más de una hora que había dejado de llover, el vientecito

era fresco, me consolaba saber que también El Poblano tenía frío, aunque fuera agosto.

Esa noche me inventé un dicho: “Miedo grande mata miedito”, luego comprobé que no es cierto. La combi se va por todo Ermita Iztapalapa, de donde te deja hay que talonearle como ocho cuadras pa’riba, hasta la casa. Calles oscuras, lodazales, unos tramos pedregosos, pero todas inseguras. No falta un perro que te saque un susto y te ponga una corretiza o unos ca...nijos que te pidan cooperación pa’ los cigarros. Esos cuates aunque te conozcan se hacen los locos. Dice otro dicho que de noche todos los gatos son pardos, ese sí es cierto. Esa noche no me preocupaban ni los perros ni la banda *lumpen*, como los llamaba el maestro Gumaro, no me preocupaba tampoco el cotidiano interrogatorio de La Jefa: —¿Porqué hasta ahorita? —Se me hizo tarde. —¿Dónde andabas? —Fui a hacer un trabajo de la escuela.

—¿Con quién? con El Poblano a su casa. Sólo me preocupaba el sábado.

Intentar dormir quedó en eso, en un intento. Por la cabeza me pasaban cientos de cosas, la lucha popular, el cambio revolucionario, la transformación de la sociedad, la construcción del socialismo a partir de derrotar el sistema de opresión de la burguesía. Con imágenes que alientan la conciencia y el corazón, como si estuviera viendo una película: la marcha de los trabajadores del pasado 1º de Mayo desafiando a la represión para ganar el Zócalo y alzar la voz frente al balcón presidencial, el codo a codo avanzando con firmeza, los cantos de libertad y las voces unidas en consignas reclamando justicia y La Nena, sonriente, con el puño izquierdo en alto y en la

mano derecha el bote rojinegro, con el pelo negro, largo, al viento y el morral lleno de volantes del MLP llamando a los obreros a organizarse independientemente y dar la lucha por la democracia y contra el charrismo sindical.

Diecisiete años pueden ser muchos cuando se ha vivido —desde que me acuerdo—, entre asambleas de la Unión de Colonos, en manifestaciones demandando servicios públicos o siendo testigo mudo de las negociaciones con funcionarios de un gobierno sordo, corrupto y represor. Esta eterna marginalidad que muchas veces te obliga a luchar, a saber que debes aprender, siendo apenas un chamaco, a preparar el caldo de chapopote y rebajarlo con petróleo para hacer las pintas en los muros, de noche, cobijados por las estrellas, exigiendo regularización de lotes, transporte público seguro y barato, escuelas, clínicas de salud, etc. Luego, en el día, llegan los de la Delegación y las borran pero el chapopote con el sol se chupa la pintura blanca y vuelve a salir la pinta, el grito de las paredes; me gustaba más y aprendí rápido a usar el mimeógrafo y los estenciles, a ahorrar tinta y papel como ahorrar agua; le sacaba a colgarse de la luz para instalar el equipo de sonido, a cuidar la manta que nos da identidad como pueblo, o sea como colonos de Xalpa, como fuerza, como organización. Y también había que agarrar pico y pala, abrir la tierra dura y con piedras en la panza para sepultarle los tubos del drenaje en los domingos rojos del trabajo colectivo, o sumarse como uno más para cargar el pesado poste que habrá de sostener el telarañero de cables y jalarse la luz para todos. Aprender a ser comunidad para construir futuro, así nomás, pues.

Pero aunque quieras, no puedes evitar darle vueltas al asunto. Bueno, te pones a pensar, si nos desalojan o nos meten al bote, de seguro los compas de la Unión y de la CONAMUP van a luchar por nosotros si nos desaparecen o nos meten al bote. Ojalá que no sea necesario. Me ganaba el pensamiento de que nos iban a reprimir, ¿y por qué no? si es lo único que sabe hacer el gobierno con las tomas de terrenos y más en el Ajusco, porque ahí están haciendo fraccionamientos de lujo, pura vivienda residencial y eso es un negociazo. Ni modo que a nosotros nos digan “¡Ah!, sí, pásenle y agarren el predio que más les guste”, pos no. Y luego me reclamaba, ¿por qué no lo decía en la reunión de la Comisión Popular? y me contestaba que iban a pensar que era un rajón y que le sacaba a la lucha, mejor no decir nada, pa’ no regarla, pues.

CON EL CORAZÓN EMBARRADO EN EL CUADERNO

Aunque en el CCH hubiera vacaciones, de todos modos veíamos a la raza casi diario. A eso del mediodía del jueves me encontré al Poblano que andaba pagando materias en extraordinario, luego buscamos al Rafa y al Tito para que nos informaran los acuerdos de la reunión de la Comisión Popular después de que nos habíamos salido. Guardaba la esperanza de que se hubiera modificado el acuerdo, pero, nada. Todo sigue igual. Ya se está avisando a los solicitantes de vivienda, ojalá lleguen todos, decía El Rafa. No había necesidad de preguntarle cómo la veía, era evidente que también al Rafa le preocupaba,

a lo mejor más que a nosotros porque luego luego dijo que se podía poner gacho si no nos preparábamos bien. *El Tito*, como acostumbraba, sólo se nos quedaba viendo.

—¡Ah!, recordó *El Rafa*—, tenemos que reunirnos con el profe *Gumaro*, a lo mejor hoy o mañana, hay que hablarle.

—¿Han visto a *La Nena*? —les pregunté.

—Ay pinche *Xalpeño*, tú nomás piensas en *La Nena*— y soltó la carcajada. Respondió *El Rafa* con esa mezcla de burla y regaño que tan bien ensayada se tenía.

—No cabrón, necesitamos avisarle para que apoye, a la mejor no para que esté en la toma del terreno, pero sí pa' que esté atenta por si algo pasa y si vamos a ver al profe pos tiene que estar ella ¿no? —contesté. Aunque había mucho de razón en lo que *El Rafa* decía.

—Sí, *Xalpeño*, tienes razón, no te enchiles. Vamos al teléfono a ver si está en su casa y luego vemos qué onda con el profe y si se hace hoy lo de la reunión.

El profe *Gumaro* era maestro en el CCH. Buena gente, no se andaba con tenebras ni con grillas, cuando tomaba la palabra iba al grano, al chile, derecha la flecha, era un tipo que daba confianza. Vivía en la Villa Olímpica, también allá por el sur, nos hablaba mucho del 68, siempre amigable. Nos citó en la ENAH.

—Tempra ¿no? profe—, le pidió *El Rafa* por teléfono. —Sale. A las cuatro, simón, ahí estamos, —y colgó. Volvió a marcar. *La Nena* no estaba en su casa, ni cómo avisarle. *El Tito* nos dijo que no podía ir con el profe y que le avisáramos qué onda.

Cuando llegamos ya estaba el profe en el camellón, frente a la entrada. Ahí mismo empezó diciendo que se había organizado la toma del terreno por grupos y que

los del Oriente nos haríamos cargo de ubicar a la gente conforme se medían las calles y las manzanas, o sea, se iba a trazar la colonia y luego nosotros medíamos los lotes y los íbamos entregando a los solicitantes; nos recomendó no llevar papeles, ni identificación, algo para cubrirse por si llueve y estar temprano en el estacionamiento de Reino Aventura. —Como a las cinco, ¿está bien? —Órale pues, ¿algo más? —preguntó. El Poblano volteó a verme y me di ánimo para decir:

—Oiga profe ¿y si nos desalojan? Ya ve cómo andan las cosas.

—Pos a correr güey. Dijo el Rafa.

—¿Correr? ¡No, cómo creen! Respondió con firmeza el profe —y continuó. —Si hay bronca nos juntamos, que no nos agarren separados, tenemos que cuidar a la gente. Si no queda de otra y por la fuerza nos obligan a dejar el terreno, ahí mismo lo decidimos. Recuerden que hay una Comisión Negociadora, nosotros no nos metemos en eso. No vamos a responder a provocaciones ni a enfrentamientos, sabemos que puede haber gente mayor y seguramente señoras y aunque se les ha dicho a los solicitantes que no lleven niños, pues no sabemos. Lo mejor es estar a las vivas, ya están las guardias y desde aquí, del Periférico en la subida al Ajusco habrá compas que nos avisen si llegan granaderos para que no nos agarren como al Tigre de Santa Julia.

El Poblano tampoco quiso quedarse callado. —No le sacamos profe, pero ya ve cómo andan de perros los del gobierno, ya ve cómo andan de rabiosos contra los compas de la Prepa Popular Tacuba, andan todavía des-

atados por lo de los bombazos del 1º de mayo en el Zócalo, apañando gente y madreando a todos y...

—A ver muchachos, —lo interrumpió el profe. —Todos sabemos que la situación no está fácil y que el PRI con el Delegado de Tlalpan y los fraccionadores de los ejidatarios están haciendo un gran negocio con esos terrenos. La intención es presionarlos para que vendan el predio a la gente que está muy pobre y que sí necesita vivienda. Y si lo del sábado ayuda pues ahí mismo lo resolvemos, nadie quiere que nos repriman ni ponernos a modo ni que paremos en el Reclusorio, pero si no lo hacemos no va a haber alternativa para la gente...

—Tiene razón el profe—, dijo El Rafa.

—Nadie está diciendo que no tiene razón Rafa—, respondió El Poblano y siguió diciendo—, sólo hay que saber qué onda si hay bronca y no confundirnos o hacer lo que no se deba de hacer...

—Por eso, pinche Poblano —insistió El Rafa, —de a como se pongan las cosas, ahí lo resolvemos. Por eso nos dice el profe que vamos a estar juntos, con él y con El Engels ¿no profe? y pus ahí vemos, además no vamos a ser sólo nosotros, es un montón de gente y a la mejor se resuelve ahí mismo y de volón ping pong.

El profe no le daba vueltas. —Todos entendemos de qué se trata y su preocupación es también mía. Se imaginan a Fidel Castro y al Che desembarcando del Granma con balazos por todas partes, cuidándose y cuidando a los demás, pero si no lo hubieran hecho a la mejor no habría revolución cubana, quiero decir que si no nos atrevemos, si no luchamos, estamos perdidos.

Se despidió, nos dio un fuerte apretón de manos y nos palmeó la espalda. Sentí confianza en él, no sólo por lo que nos dijo sino porque él también iba a estar ahí, con nosotros. No era la escuela, pensé que ya no lo veía como al maestro sino como al amigo que se la juega contigo como iguales, que no te va a dejar solo, que como Fidel y el Che también está cuidando a los demás, como compañero.

—Ah, se me olvidaba —dijo el profe—, después del desembarco, cuando unos pocos de los revolucionarios de la expedición estuvieron a salvo, lo primero que dijo Fidel fue que la revolución cubana había triunfado—

Sonríó y de la bolsa de la camisa sacó un papel doblado y se lo entregó al Rafa y agregó: —Aprovechando que los veo, aquí está la dirección de don Efraín, vive en la López Portillo y tiene un grupo de solicitantes, le he llamado por teléfono y no lo encuentro, vayan a buscarlo para decirle lo del sábado y que si puede que me hable, él ya sabe, bueno, cuidense y nos vemos.

El Rafa me dio el papel como para ratificar mandos y jerarquías. —Órale Xalpeño, te dieron tarea, yo ahorita no puedo, tengo que ir al centro. El Poblano curiosamente también iba para allá y se fue con El Rafa. Yo salí a Periférico y me eché a andar con dirección a Iztapalapa, un par de cuadras después había un teléfono público y le marqué a La Nena con mala suerte, nadie contestó.

¿Qué le voy a decir a don Efraín? Repetirle lo que se decía en las reuniones, que se trata de ocupar el terreno y resistir hasta que se negocie con el DDF o la Delegación y los ejidatarios, que no hay que llevar muchas cosas porque nos pueden desalojar, no llevar identifica-

ciones, alguna lona o algo para taparse por si llueve, que en cuanto lleguemos al predio vamos a medir los lotes y que en cada manzana estaría gente de las mismas colonias para que se organizaran con más confianza, y que se coordinaran con el profe y nosotros para cualquier cosa, ¡ah!, y que le llamara, pues, que él ya sabía.

Don Efra, como luego me enteré que todos los suyos le decían, sonreía y los ojos se le volvían una rayita, de por sí no se le veían. Viejo correoso, lleno de arrugas, de huarache y panza cervecera, chamea de albañil y llegó de Puebla, del lado de Izúcar de Matamoros, lo presume cada que puede, paga renta y tiene un grupo como de sesenta gentes.

—Pos sí, le voy a hablar al maestro —respondió y preguntó burlón: —¿Y qué... van a venir por nosotros, como le hace el PRI? ¿O qué, nos hablan cuando repartan los lotes? —y soltó una carcajada chillona, estruendosa.

—¡Ah!, perdón, el sábado a las cinco de la tarde en el estacionamiento de Reino Aventura, ahí los esperamos don Efraín.

—Ándale pues muchacho, ve con Dios, —y la carcajada aumentaba de volumen.

Me preguntaba cuántos solicitantes de vivienda eran en realidad, la información no bajaba a todos, la Comisión Popular del Movimiento en realidad eran los seis u ocho jefes, como les llamábamos, uno de ellos, el profe. El profe Engels no le entraba a todo. A las asambleas de oriente, como las llamaban, llegaban diez o doce compañeros, la mitad mujeres que se reconocían como representantes de grupos de solicitantes, nunca se men-

cionaba a cuántos representaban. Por eso, ni El Poblano ni El Tito ni yo, sabíamos de Don Efra, nosotros más bien éramos como apoyo, como activistas pues. El Rafa a veces hablaba en las reuniones de la Comisión pero El Poblano y yo coincidíamos que el debate en serio lo daban los jefes. Ni para qué hablar, luego te daban el avión y al ratito nadie se acordaba de lo que habías dicho, así le pasaba al Rafa. Mejor chitones, mejor escuchar y aprender, apuntar cosas.

Cuando dejé a Don Efra imaginaba la gran acción del sábado, los miles y miles de desamparados dejan sus viejas vecindades, dejan de estar arrimados y hacinados con sus familiares, dejan la apatía y el temor y se suman a los demás que son sus iguales, se organizan y marchan juntos a tomar la ciudad que les pertenece. Vienen de todos lados, la unidad del pueblo contagia confianza, entusiasmo, y la gente se echa a andar, une sus voces en cantos y la consigna se escucha en todo el mundo: "Somos un chingo y seremos más... somos un chingo..."

Y no había fuerza policiaca ni ejército capaz de derrotar al pueblo decidido y organizado que con valor redobla el paso y hace a un lado a los uniformados que protegen los privilegios de unos cuantos, para conquistar el bienestar y la felicidad de todos, y me miro junto a Helena, así combativa, victoriosa, entonando aquello de que "y en la calle codo a codo, somos mucho más que dos..." Y la gran marcha del pueblo serpentea e incendia el Ajusco con las banderas rojas que ondean con firmeza, y los viejos dibujan sonrisas que replican en los niños que los acompañan de la mano.

Cuando me di cuenta el micro ya andaba pujando para subir las calles de la colonia. Llegué a la casa antes que *la jefa*. De ella había aprendido a luchar, porque la había visto; no hace muchos años me llevaba a las asambleas de los colonos para pelear contra los piperos que abusaban de la necesidad de la gente cobrando el agua a precio de oro, o cuando quiso el delegado de Iztapalapa imponer la Asociación de Residentes en la colonia, se le armó y *la jefa* ahí anduvo con la Unión de Colonos. Aunque nunca he platicado con ella sobre esto, creo que a mi hermano el más grande le puso Emiliano y a mí Francisco, por Zapata y Villa, pues, porque luego me enteré que anduvo en el movimiento de los médicos cuando Díaz Ordaz, ella es enfermera y le tocó el desalojo del Hospital 20 de Noviembre que estaba en huelga, ella es madre soltera.

El viernes, temprano, fui a buscar al Emiliano. Trabaja en la Central de Abastos y estudia en las noches para contador público. Le dije que de la escuela íbamos a una práctica a Puebla y que me prestara para las cemitas y el chesco.

—Pa' los camotes te voy a dar— me contestó a risotadas.

—Pos si me sobra, chance y hasta te toca— le contesté.

—Mira Pancho, dime la neta güey ¿Traes broncas? ¿Ocupas una lana? —Se puso serio, luego ponía una mirada como de papá gacho, así de telenovela, pues, y siguió. —Están de vacaciones güey, cuál pinche práctica, el CCH está cerrado. Se me hace que te vas a ir de jarra cabrón —me decía Pancho para hacerme enojar, sabía que no me gustaba y a él le encanta echar carrilla.

Me dio 2 mil pesos, que no servían para mucho pero como siempre, le dije que luego se los pagaba, que si la jefa preguntaba le dijera que iba a salir porque ya no tuve tiempo de decirle que a la mejor regresaba hasta el lunes. Le pedí al Emiliano el teléfono de la bodega de la Central donde chambeaba y empezó a sospechar. —Algo has de traer güey— me dijo, y puso su mano en mi hombro. —Pórtate bien y no andes haciendo chingaderas. La jefa no está para andar aguantando niñitos. —Asentí con la cabeza. —Sí, pues, aí nos vemos —le contesté.

De ahí mismo, de la Central de Abastos, hablé a casa de Helena, no estaba, se había ido a la escuela y regresaba hasta la tarde. Sin dudarlo me dirigí al CCH con tanta fortuna que logré encontrarla. Hasta dudaba de mi buena suerte, mi carnal me había soltado 2 varos y ahora veía a Helena, ojalá que la suerte no se me acabe mañana, me decía.

A Helena podía contarle las cosas y también reflexionarlas. Ella era hija de maestros, de esos que lucharon con Othón Salazar y fueron parte del Movimiento Revolucionario del Magisterio en los años 60s. La invité a comer y se sorprendió. —¿De dónde sacaste esa lana? —preguntó y en tono de broma le dije que le había expropiado al pulpo camionero las ganancias de apenas cinco minutos de servicio. Reía y me gustaba verla de buen humor, porque cuando se ponía seria era medio canija, más bien canija y media. No quiso que fuéramos a comer.

Le dije lo del sábado con los mayores detalles posibles, como si yo fuera el estratega de la ocupación del

terreno, como si estuviéramos a unas horas del desembarco del Granma en el Ajusco. Ella ya sabía algo y comentó: —Está bien, ¿no? hay que luchar con la gente. —Sí, está bien —le contesté. —Hay que luchar con la gente, pero también hay que revisar algunas cositas para luego no decir que no sabíamos ¿no?

—Cositas ¿cómo qué? —preguntó.

—Como que la situación está canija, lo del bombazo en el Zócalo el 1º de Mayo ¿te acuerdas?, y la represión a los estudiantes sobre todo, con ese rollo de la desestabilización de la paz social, hasta al periodista del *Excélsior* ya ves, se lo echaron. Y luego lo del Segundo Paro Cívico Nacional que estuvo muy pinche porque el gobierno se puso a amenazar con reprimir las protestas y así, para donde mires, pura bronca...

—¿Qué quieres decir, que van a desalojar y a reprimir la toma del terreno?

—Pues sí, yo creo que sí. ¿Tú crees que nos van a dejar? Y más en el Ajusco, ya ves que cada invasión de tierras es reprimida cabrón. Acuérdate lo de San Nicolás Totolapan no hace mucho.

—Pero Francisco, también la gente está harta, ya ves que el descontento crece, la gente ya no aguanta la carestía, la inflación, el año pasado un refresco costaba siete cincuenta y ahora vale trece cincuenta, casi el doble, y así todo aumenta al doble, al triple, y los impuestos también. Por eso la gente se la juega y si se logra un pedazo de tierra para su casa pues se da un aliviane chingón ¿no?

Siempre tenía razón, no era regatearle pedazos de verdad, era que siempre tenía las cosas más claras, a lo

mejor uno sólo veía el lado riesgoso y no otra cosa. Quise preguntarle si ella iba a estar con nosotros el sábado pero no me atreví. Se había dicho en las reuniones de la Comisión Popular que había un equipo de apoyo que no iba a estar en la toma del predio y que era de apoyo porque acercarían agua, carbón, café, comida, cobijas, plásticos y cosas así, me hice a la idea que ella estaría en el apoyo; de lo que estaba seguro es que estaba participando en lo que ella podía hacer.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? —pregunté esperando la respuesta de siempre: “no te molestes, es mucha vuelta y ya es tarde”. Pero ahora dijo que sí y con esa sonrisa contagiosa aclaró que sólo hasta el metro Tacuba, porque ya ves están las obras de la Línea 8 y es un relajo.

—¿Y cuándo van a terminar el Metro?

—Dicen que para fin de año, pero sólo el tramo de Tacuba al Auditorio Nacional, ya ves que van por partes, la Línea va hasta El Rosario y quién sabe para cuando vayan a terminar, a la mejor para las elecciones del año que entra, ya ves que esas obras dicen los del Departamento del Distrito Federal que les dan votos, como si en verdad los necesitaran.

Lanzarse desde el Oriente hasta Tacuba era de todos modos una aventura, el trolebús nos acercaba al mercado de Jamaica y allí nos metíamos al Metro para transbordar luego en la Candelaria y otra vez en Pino Suárez, y de ahí a Tacuba. La ventaja era que a las dos de la tarde no está tan lleno, hasta nos tocó sentarnos juntos. Siempre que uso el Metro me siento un bicho que recorre las entrañas de la ciudad, primero te engulle y

luego te lleva a transitar en un torrente sanguíneo de color naranja por venas, intestinos, arterias y demás órganos y luego te expulsa por donde ya sabes.

Helena es un vendaval, nunca le pregunté su edad pero yo creo que anda en los dieciocho, estamos en el mismo salón en el Oriente y es una buena estudiante. En la marcha del 1° de Mayo, la de los bombazos en Palacio Nacional, repartió como mil volantes en los contingentes de los *charros*, la neta sí me apantallaba verla cómo se metía entre las filas de los sindicatos y entregaba, o mejor dicho les ponía los volantes en la mano a los trabajadores porque se negaban a recibirlos si los veían sus dirigentes. Con esa voz tan modosita como de chica burguesita les decía: “muera el charrismo sindical, ¿o no compañero?”, y los trabajadores caían seducidos por aquella muchacha, doblaban el volante y se lo guardaban con toda discreción.

Estábamos volanteando en la esquina de 5 de Mayo cuando escuchamos un alarido y vimos el humo en el Palacio Nacional. Frente al balcón presidencial los contingentes del sindicalismo independiente coreaban consignas, brincaban y alzaban el puño izquierdo. Helena me miró, me hizo señas de guardar los volantes y me indicó que nos fuéramos por la calle de Brasil hacia Santo Domingo.

—¡Espérate Helena!, a la mejor se arman los madrazos y hay que cuidar a los compas, hay que volver al Zócalo— le pedía, y ella sólo ordenaba: —Vámonos al José Martí, allí quedamos de vernos al final de la marcha. Ése es el acuerdo. No nos vamos a meter en provocaciones ni broncas, Francisco. Allá vemos qué onda.

Caminamos por Belisario Domínguez, cruzamos el Eje Central, rodeamos el Teatro Blanquita y salimos a la Alameda. El José Martí es un centro cultural justo en el Metro Hidalgo. Llegamos y no había nadie de nosotros. —¡Vamos al Zócalo Helena! A la mejor hubo apañones— le decía suplicante, inquieto. Sin perder la calma ella contestaba: —Ya se acabó la marcha, mira la gente ya va de regreso, si hubiera habido bronca habría granaderos y ambulancias por todos lados, ya, tranquilo, ahorita llegan los compañeros.

Al poco rato empezaron a llegar, de a uno, de a dos, con todas las preguntas: ¿Eran petardos o bombas *molotov*? ¿Quién fue? ¿Detuvieron a alguien? Ese día no había respuestas.

Cuatro meses y medio después, aquella tarde en el Metro Tacuba, al dejarla en el torniquete de salida me dijo que no me preocupara, que todo iba a salir bien, que no nos iban a desalojar. Que *aí* la vemos, que te vaya bien, que te llamo luego... y nunca se olvidaba de dejar un beso en la mejilla, como despedida. De regreso, cuando salí del Metro Zaragoza ya estaba empezando a oscurecer, había llovido. No había comido, bastaron cinco de suadero con su salsa verde, rabanitos y sus cebollas fritas con una Coca bien fría para resolver el hambre de un estudiante ceceachero por la módica cantidad de cien pesos. El viernes se fue rápido.

...NO DEJES DE LUCHAR

A las cuatro de la tarde ya estaba yo en la entrada de Reino Aventura. Amenazaba un cielo de nubes negras y

un viento que crecía a sus anchas cuando llegaba al amplio espacio del estacionamiento. El Poblano llegó casi al mismo tiempo, me dijo que había estado allá enfrente y como no veía a nadie pos no se acercaba. Poco después llegó El Tito y así poco a poco empezó a llegar gente, algunos nos saludaban: Buenas, compañeros ¿Cómo están? ¿Listos? Y nosotros: Sí compañeros, listos. Luego llegó el profe, cuando nos vio se dirigió con nosotros, no se daba cuenta pero detrás de él apareció un camión de redilas medio destartado que cargaba con muebles, estufa, colchones, mesas y todo. Cuando el profe lo vio no pudo evitar decir: ¡Chingada madre, les dijimos que sin cosas! Nunca lo habíamos visto tan encorajinado y corrió alzando los brazos para intentar detener el camión.

El acuerdo era ir mandando gente poco a poco. —Hay que ir subiendo por la carretera al Ajusco... Se trata de no llamar la atención... Vayan en grupos pequeños, tres cuatro cuando mucho... Más adelante les van a decir dónde es... Si traen cosas pesadas déjenlas en el estacionamiento y luego vemos cómo las llevamos...

No había banderas rojas ni una multitud marchando.

A lo largo de un par de kilómetros había compañeros que sólo decían: —Vamos bien, un poco más adelante, sigan y no crucen la carretera, tengan cuidado con los coches.

De repente el camino se acababa y se tomaba una estrecha y ondulante vereda, en fila india se internaba al cerro, suelo pedregoso, matorrales crecidos hasta arriba de la cintura, grandes árboles que se mecían con el viento que anunciaba la lluvia.

Cuando nos tocó llegar un grupo de hombres con machetes ya cortaba la maleza, otros hundían una barra

en el suelo abriendo un hoyo y con una cinta medían para señalar con una estaca dónde había que escarbar para abrir otro hoyo. A un lado de estos trabajos esperaban unos troncos listos para levantarse y sostener una techumbre para dar refugio a los recién llegados, que conforme hacían arribo nos sumábamos a las tareas que se realizaban.

A veces era inexplicable cómo llegaban con una cama o un viejo refrigerador, hasta una televisión apareció que para ver las Olimpiadas de Los Ángeles porque los mexicanos estaban ganando medallas. Quizá se pueda explicar que para cada cabeza hay una idea de colonia, un compañero dirigente de la Comisión Política del MLP pregona que un asentamiento humano como el que estábamos creando empezaba por definir el espacio público y luego las áreas de equipamiento urbano y posteriormente las reservas habitacionales; otros, por no decir la mayoría, menos pretenciosos preguntaban impacientes por su lote: —Para empezar hay que limpiar el terreno compañeros, les respondíamos.

La lluvia esperada llegó y no aminoró los ánimos de la gente. Todos venían preparados, desplegaron con eficiente rapidez plásticos, lonas y hasta una que otra casa de campaña. En cuestión de minutos ardía el carbón y olía el café, los taquitos medio tostados de frijoles con queso saboreaban a cualquiera. Era como una comuna *hippie*, como un Avándaro sin *rock and roll*. No habían pasado ni un par de horas cuando llegaron los que se dijeron autoridades ejidales acompañados de gente que se decía funcionarios de la delegación Tlal-

pan, el sonido de unos silbatos alertaba para que la Comisión Negociadora se reuniera de inmediato e iniciara el diálogo con ellos.

En dos minutos quedó claro que no había nada que negociar, la orden de la supuesta autoridad era que se desocupara el predio inmediatamente y que el lunes de la próxima semana se solicitara por escrito una reunión con el DDF y el Fonhapo para atender la demanda de los solicitantes de vivienda.

Al predio alcanzaron a llegar, según mis cálculos, como 200 personas. A otros ni los dejaron llegar al estacionamiento de Reino Aventura y a muchos los regresaron por todo lo largo de la carretera al Ajusco, nadie supo cuántos realmente éramos. El ultimátum para desocupar el terreno lo dieron los que se decían ejidatarios —Si en lo inmediato no salen los vamos a sacar por la fuerza— gritaban. Los de la delegación no cesaban de hablar a través de sus radios llamando a los granaderos, decían que éramos como 2 mil gentes, presumiblemente armados y peligrosos. En algo tenían razón, nos negábamos a abandonar el terreno.

Bajo la lluvia hubo una asamblea, se informó la situación y se acordó no llegar a enfrentamientos, permanecer juntos y no dispersarse, no correr, si salimos lo vamos a hacer todos juntos hasta un lugar seguro. Empezaba a oscurecer. De repente nos empezaron a llover pedradas, eso nos obligó a internarnos más en el cerro. Con un enorme reflector salido quién sabe de dónde nos iluminaban y se dejaba ver el brillo de los cascos de los granaderos que avanzaban golpeando sus escudos con

los toletes; la lluvia de piedras se incrementó, el miedo se apoderó de la gente y cada quién buscó cómo salir del lugar. Eran inútiles los llamados a la calma, a mantenerse unidos. Empezó la desordenada huida, las persecuciones, los golpes y los gritos al escuchar los primeros disparos de armas de fuego.

Ya no supe de nadie, ni del profe ni del Poblano ni del Tito, que son a los únicos que había visto. A mis gritos pidiéndole calma a la gente unos respondieron: —¿Qué hacemos compañero? —No se separen— contesté. —Vámonos en fila por donde llegamos, avancen con cuidado, no se vayan a caer.

Pensaba en sacar a la gente que podía y ponerla a salvo de la situación. Los policías uniformados y de civil habían hecho una valla, cuando reconocimos la carretera al Ajusco vimos los autobuses estacionados en los que seguramente habían traído a los granaderos.

Cuando el policía vestido con jorongo y sombrero blanco nuevecito me señaló y con voz de mando dijo: ¡Éste es otro!, me sacaron de un empujón de la fila. Ya no pude voltear a ver a la gente, me amarraron de los dedos pulgares por la espalda y me subieron a uno de los camiones. Otro, seguramente policía judicial también, con sombrero que también olía a nuevo, me sujetaba del cuello de la camisa por la nuca y ordenó: ¡Saca todo lo que traigas en las bolsas!

Todavía me quedaban como mil 500 pesos y unas monedas; se lo entregué, no traía más. Luego preguntó: —¿Cómo te llamas? —Francisco Lara. —¿A qué te dedicas? —Soy estudiante. —¿Qué andas haciendo aquí? —Nada, sólo pasaba, pues.

Del patadón que me dio en la espalda llegué hasta la mitad del oscuro pasillo del camión, ni cómo meter las manos, me incorporé y me senté en un asiento del pasillo, no me había acomodado cuando con un jalón de cabellos, otra vez al suelo. —¡Ahí quédese cabrón, y no se levante!

Tirado en el piso del camión, en posición fetal, me di cuenta que tenía la ropa mojada, lo primero que me preocupó fue que me iba a resfriar. No se veía nada, trataba de escuchar si dentro del camión había más detenidos, quería acostumbrarme a la oscuridad para ver mejor y preguntaba despacio, casi como un susurro: ¿Hay alguien aquí en el camión? Y nada, silencio. Afuera, luces fugaces rojas y azules, gritos ¡Ya sáquenlos a todos! ¡Pinches alborotadores, así les va a ir cabrones!

De repente la puerta del camión se abrió, alguien gritó: ¡Órale aí va otro! Sentí que me pateaban los pies, que quedaban sobre el pasillo, intenté reconocer cuántos eran porque tropezaban conmigo, luego me volvieron a patear varias veces a la altura de las rodillas y la amenaza otra vez: ¡Quieto güey, calladito...!

Con la nariz clavada en el piso, escurrían por la frente las gotas de la lluvia y creo, alguna lágrima. Veía la mirada de la jefa también llorosa y volví a escuchar aquellas frases cotidianas que ahora taladraban con más fuerza la cabeza: “Ya ves, cuántas veces te lo dije, no te metas con el gobierno, ¿tú que ganas?, con ellos no se juega Francisco, un día Dios no lo quiera te pasa algo, te meten al Reclusorio y qué vamos a hacer”. Y yo decía quedito, allí tirado en el camión: “No me va a pasar nada jefa, no se preocupe”.

—¡Ámonos, son todos!—ordenó alguien con un tono de voz que me sonaba al Bajío, sólo le faltaba el puesn. El autobús se puso en marcha, recordé que los camiones estaban enfilados hacia Periférico y traté de orientarme para saber qué rumbo tomaba, calculaba que deberían de ser como las ocho y media o las nueve. Llegaron de volada a desalojarnos, como si estuvieran preparados. Hacía cuentas, de aquí a Periférico si no da vuelta y si no se para por los semáforos, hará unos 15 minutos. Me decía que al llegar a Periférico si la vuelta era muy prolongada es que tomaba rumbo a Satélite y si no, es que se dirigía a Xochimilco. Según yo lo más seguro era que nos llevaran a la Procuraduría, allá en el centro, por Niños Héroeas, y que las calles estarían más iluminadas porque no era tan tarde, era sábado y siempre hay mucho tráfico, pero a los 15 o veinte minutos de haber salido ya me había perdido.

Cuando pasamos por un área con luz, logré distinguir por debajo de los asientos a otra persona en la misma posición, sólo veía su espalda, no se movía, con voz baja preguntaba quién era, no hubo respuesta. Calculaba que había pasado como una hora y media. El autobús mantenía una velocidad uniforme, no hubo más zonas iluminadas, algunos claxonazos esporádicos, pensé que íbamos ya por alguna carretera.

De pronto el autobús se detuvo, mejor dicho se orilló, porque se escuchaba que otros vehículos lo rebasaban. La misma voz de Guanajuato o de por ahí rompió el silencio. —¡Se les acabó el viajecito pinches comunistas!

Era la voz de mando y ordenaba: —¡Bájate a estos dos!

Y unas voces suplicantes se escuchaban lejanas: —¿Qué nos van a hacer? ¡No hemos hecho nada... oiga cálmese!

El autobús abrió la puerta, entró un aire frío, se escuchaba lejos un forcejeo mientras otra voz amenazaba a quienes suponíamos seguíamos dentro del camión. —Ustedes calladitos cabrones, no se quieran pasar de vivos.

Luego los disparos, tres, cuatro. —Órale pues, ámonos, ya' estuvo.

Volvió aquella voz que mandaba y disfrutaba sus palabras con esa especie de burla: —Querían tierrita ¿no? pinches agitadores.

Un par de minutos después el autobús se volvió a poner en marcha. Empecé a llorar, me temblaba todo el cuerpo, forcejeaba desesperado por librarme del cordón que me ataba las manos por la espalda, me dolían los pulgares, estaba lleno de miedo. Cuando el autobús volvió a detenerse, levantaron como a un costal al que yo pensaba habían subido después que a mí. Se repitió la escena, la voz se ensañaba: —¡A correr mis hijitos... a la una, a las dos...!

Y otra vez los disparos. —¿No que este puño sí se ve?, jajaja...

Para entonces ya me había orinado, no podía controlar la tembladera, sentí que me patearon las plantas de los pies, eran dos agentes los que me levantaron y me encaminaron hacia la puerta, lloraba, empecé a rezar, me vi chamaco jugando en la colonia con mis amigos, vi a la jefa en la puerta de la casa llamándome con aquella sonrisa luminosa, me vi marchando en la manifestación del

2 de octubre con la raza del CCH, vi a La Nena con un ramo de flores que me sonreía vestida de blanco, hermosa... Escuchaba lejanas las voces de los policías con sombreros rancheros blancos, me bajaron del camión y me hundí en el lodo hasta los tobillos, todavía lloviznaba, el aire frío, las siluetas de unos cerros se dibujaban con los relámpagos que caían lejos, me quitaron la atadura de las manos, no se veía nada, esperaba que me dispararan, miraba hacia la puerta del camión, los agentes me empujaban y me hacía fuerte para no caer por el terraplén de la carretera. Con las manos me hacían señas de que me alejara, movían la boca y no los escuchaba, yo seguía inmóvil, parado frente a ellos. Uno me pateó en el estómago, me sacó el aire, caí con las manos en la panza y rodé hasta un charco de lodo. Me levanté jalando desesperadamente aire y me mantuve de pie no sé por cuánto tiempo. Al levantar la vista hacia la carretera el camión ya no estaba.

Me hubiera gustado saber qué horas eran, más que saber dónde estaba. Empecé a caminar, si veníamos en este sentido la ciudad está para allá, en el sentido contrario, suponía. Pensé en acercarme a la carretera para tratar de ubicarme, algún camión que diga que va a México DF, o si anuncian que van a Puebla o Querétaro, o bueno, para más o menos saber como a cuántos kilómetros ando de lejos, o quedarme hasta que empiece a amanecer. Sabía que estaba hecho un asco, todo enlodado, me cae que si alguien me viera de seguro lo asustaba.

Quizá lo más adecuado sería buscar una gasolinera, llamarle a La Nena, decirle más o menos dónde estoy

y esperar que vengan a buscarme. Me busqué y no traía ni un peso. Traía las bolsas del pantalón de fuera. Me animaba saber que a lo mejor me encuentro a los que bajaron del camión antes que a mí, a lo mejor están heridos o ya de perdís saber quiénes eran, quién quita y hasta los conozco, si son compañeros. En la confusión trataba de darme respuestas. ¿Cuántos íbamos detenidos en el camión? ¿De a de veras los mataron? ¿Y a mí porque no, si me tenían de pechito? ¿Qué le voy a informar a los compañeros? Ojalá fuera una pesadilla, pero no.

QUÉ BUENO QUE NO PASÓ NADA

El amanecer tardó literalmente una eternidad. Cuando empezó a clarear estaba llegando a la caseta de cobro de la salida a Pachuca. Nos habían ido a tirar a unos cinco o seis kilómetros de ahí. La suerte empezó a cambiar, luego luego conseguí un aventón en una camioneta que iba a La Merced, ahí me hice un lugarcito entre cajas de verduras frescas y olorosas como recién cortadas. No bien me había acomodado cuando me tocaron las rodillas para despertarme, me parecieron dos segundos, ya habíamos llegado, me desperté medio alterado, los señores de la camioneta me miraban sacados de onda, han de haber pensado que estaba loco, y razón no les faltaba.

De La Merced a la colonia Roma a golpe de calcetín y todavía medio mojado. En la Roma está el local del MLP, sentí una responsabilidad acudir allí para informar e informarme de lo que había pasado con la ocupación y el desalojo del predio. Llegar fue otra eternidad, traía

cargando todas las preguntas: ¿A quién más apañaron? ¿Habrá presos? ¿Y los solicitantes qué? Me detuve en un puesto de periódicos y los encabezados registraban las declaraciones del presidente, del desalojo nada. Luego me dije: ¿Y qué esperabas? ¿Fotos en primera plana de la tira disfrazada de ejidatarios partiéndole la madre a la gente, o qué?

Llegué hasta Insurgentes. Frente al local del MLP, cruzando la avenida hay una jardinera y ahí me senté, esperé a ver si había movimiento, si había alguien. Eran las 9 de la mañana, y domingo para acabarla de amolar. Tenía hambre y con mi aspecto de indigente pensé en irme a la glorieta del Metro y estirar la mano, a lo mejor caía un varo, pero no, mejor me aguanto. De repente se abrió la puerta del local, me levanté y crucé la calle corriendo. El compa que salía me miró con tamaños ojotes y cuando vio que iba sobres se puso en guardia de boxeador y me lanzó un:

—¡Qué onda güey... qué quieres!

—Tranquilo compa— le contesté. —Soy Francisco Lara, de la Comisión Popular, ayer tomamos un predio allá en el Ajusco y nos desalojaron. Vengo a ver si hay alguien y a reportarme.

—¡Ah, órale!, ahí está el maestro Esteban y otros compañeros. Es que me sacaste de onda mi buen, —me dijo, se rió y me dio una palmada en el hombro. —Pásale.

Nunca había dado un reporte tan completo en dos minutos. Creo que no me creyeron lo de los balazos, salvo el profe Gumaro, al que ahí le decían el maestro Esteban, que me informó que los hicieron caminar de regre-

so hasta Reino Aventura en medio de la lluvia y de ahí cada quién de vuelta por donde llegó. El profe me dijo que había preguntado por mí y nadie le daba razón, El Poblano estuvo casi todo el tiempo a su lado. El Tito se perdió pero luego se comunicó que estaba bien. Cuando en Reino Aventura acordaron que aquí se rompió una taza y cada quien pa' su cantón, el profe le pidió al Poblano que me fuera a buscar a Xalpa, a ver si ya estaba en la casa, me quedaba claro que nadie se dio cuenta de que me habían subido al camión. El Rafa estaba en el apoyo, o sea, no estuvo en la toma del terreno, y a muchos ni los conocía. Pensaba que ojalá El Poblano no hubiera ido a buscarme, ¿qué le diría a la jefa? Aunque el compa es abusado, no la anda regando, pero si la jefa se enteraba, la que se me iba a armar.

Al mediodía estaba completo el reporte de todos. —Ya aparecieron todos. Estaban perdidos— dijo alguien. El profe me pregunta si estoy bien, me dice que puedo lavar la ropa y bañarme, que al cabo se seca rápido con el sol que hace. —Mejor traígame una torta, le dije. —¿De qué? ¿Una cubana, revolucionaria? —Como debe ser profe.

En poco rato el local se volvió un hormiguero, la noticia del desalojo había corrido y los compas acudieron de inmediato. Con tanta gente me dio pena encuerrarme y lavar la ropa. Me salvó que llegara El Poblano.

—¿Qué onda Xalpeño, pos ónde te metiste?

Le conté. Puso cara de duda.

—¿No te habrás ido con La Nena, verdad cabrón?

Me sacó de onda su respuesta, le pregunté con tono inquisidor:

—¿Dónde está La Nena?

—Pos quién sabe, no la he visto desde hace mucho, tú has de saber más —me contestó. Se quitó un suéter que traía y me dijo que me quitara la camiseta.

—Ve a lavarla ahorita, se seca rápido.

Del pantalón de mezclilla el lodo seco se convertía en un polvillo de tierra roja, los tenis no tenían lucha.

—Deberías ir a tu casa —dijo El Poblano.

—¿Fuiste, cabrón? —lo encaré. —Me dijo el profe que te había mandado a buscarme, ¿qué onda viste a la jefa?, ¿qué dijo? —Me sobraban preguntas.

—No compa, no la vi. No estaba. No había nadie... o no me abrieron, quién sabe, contestó.

El profe se ofreció a llevarme a la casa. Tenía un vochito medio destartado. —Pero sí llega— me dijo. A los pocos minutos, cuando llegaron la mayoría de los compas de la Comisión Política, uno de ellos levantó los brazos y con las manos pedía que le bajáramos el volumen al murmullo que traíamos y alzó la voz para pedir silencio a los que estábamos allí. —¡Compañeros! Por favor, si me permiten. De acuerdo a la información que tenemos confirmada ya no hay nadie que ande extraviado, se ha localizado a todos.

Y sonó un aplauso, al principio tímido y luego generalizado. Continuó diciendo: —Vamos a revisar la estrategia y aprender de la experiencia, nunca hubo ninguna negociación, los policías disfrazados de ejidatarios y los granaderos no iban a negociar. Ni del Departamento del Distrito Federal ni de la delegación Tlalpan hubo funcionarios. Debemos reconocer que todos los compañeros y los solicitantes se comportaron como unos valientes.

El pequeño salón de llenó otra vez de aplausos y sonrisas. —Pero bueno —siguió el compa de la Polaca, de la Comisión Política, pues—, vamos a revisar las cosas. Nos vemos en la ENAH en la próxima reunión del miércoles de la Comisión Popular, mañana la Comisión Política del Movimiento va a evaluar y mantendremos el contacto y la información.

Ya en el vocho y con la camiseta como bandera para que se secara, el profe preguntó: ¿Por dónde nos vamos? El Poblano, en el asiento trasero respondió: —Pa' mí mejor todo derecho por Insurgentes hasta Periférico y me quedo aí por el Reclusorio ¿le queda bien profe?

Platicar con el profe siempre era aprender algo. Esta vez empezó diciendo que cuando llegaron a desalojar el terreno se acordó de nosotros, nos dijo que nos estuvo buscando pero con la lluvia y como oscureció rápido no se atrevió a preguntarle a nadie. Se acordó que se lo habíamos dicho. —La verdad es que la posibilidad de que nos dejaran era muy poca, casi cero. Pero había que intentarlo ¿no? Había que pulsar la disponibilidad de la gente solicitante y de los compañeros del Movimiento y también medir hasta dónde quiere llegar el gobierno. Pudo haber muertos y decenas de presos, pero ni con la roquiza supimos de descalabrados. El pedo de Miguel de la Madrid es que su renovación moral de la sociedad, ya valió madres, no se la cree nadie, ni con lo del *Negro* Durazo, y que su posición de reprimir las luchas del pueblo no lo hace más fuerte ni más respetable.

—Más pobreza y más represión ¿no profe? —le dije.

—Nomás fíjense, en los cruceros cada vez más gente limpiando parabrisas, vendiendo lo que pueden, pi-

diendo limosna, aunque sea domingo, véanlos, son toda la familia. Cada vez menos trabajo, lo que crece es eso que llaman la economía informal, o sea, los ambulantes, que cada vez hay más, ¿no? Por eso hay que organizar a la gente, para cambiar las cosas, para mandar al PRI Gobierno al basurero de la historia.

Pasamos Ciudad Universitaria y luego tomamos Periférico, miré buscando la fachada de la ENAH, que pensaba no la vería nunca más, sonreí, me sentí vivo. Entre más me acercaba a la casa más me preocupaba, volteé y le pregunté al Poblano:

—¿De veritas compa no viste a mi jefa?

—Que no, pues, no la vi, ¿qué, no me crees? —me respondió con cara de serio, como si la duda lo ofendiera. Luego miré al profe y le pregunté:

—¿Ya no estoy tan mugroso, profe?

—Pues ya no tanto —me contestó. Y aclaré por qué tanta pregunta. —Es que no me hubiera gustado llegar a la casa así como andaba, porque si mi jefa me ve así de seguro me mata y si le cuento lo que pasó, se muere.

El profe y El Poblano soltaron la risa. El Poblano, que es un chinga-quedito me dice: —Ya no estás mugroso, te pareces al Mil Usos, nomás te falta el sombrero— y suelta la carcajada.

Seguimos callados un buen rato. El Poblano se bajó cerca del Reclusorio. —Aí la vemos compa, gracias profe —se despidió. —Órale, gracias, al rato te paso el suéter, te lo voy a lavar, pinche Mil Usos 2 —lo despedí. Yo bostezaba, el profe lo notó y mantuvo el silencio. Cerré los ojos y me recosté en el vidrio de la portezuela. En la ca-

beza volvía a escuchar sus palabras: “Pudo haber muertos... o presos...” Me dije que debía entender que qué bueno que no pasó nada... que no pasó nada...

BIEN FIRME Y PREPARADO

Sabía que la jefa iba a estar en la casa, era domingo. Seguramente el Emiliano le dijo que iba a salir y de seguro no me esperaba. En un macetero a un lado de la puerta siempre dejábamos una llave por si las dudas, entré y me sorprendió encontrarme a mi madre cantando *Querida*, la canción de moda. Ella no me oyó entrar y con esa voz afinadilla que siempre presumió seguía el tema que salía del radio haciéndole la segunda voz... *ven a mí que estoy sufriendo, en esta soledad que no me sienta nada bien... Queridaaaaa...* De repente voltea, se sorprende ella también y dice:

—¡Ay Francisco me asustaste! ¿A qué hora llegaste?

—Órale jefa, puro Juan Gabriel, ¿no? Al rato va a andar con las de Parchis y Menudo, chale. —Y no pude evitar reírme, abrazarla, besar su mejilla y sentir gusto de verla.

—Mira cómo andas, ¿qué te pasó?, ¿te arrastraron?, ¿de quién es ese suéter?, ¿mírate los tenis? Dime qué pasó, no te quedas así.

—Nada jefa, invadimos un terreno para apoyar a gente que no tiene casa y nos desalojaron, y ya ve que estuvo lloviendo, pero estoy bien, no pasó nada...

—¿Qué andas haciendo chamaco?

No quise darle más detalles, sólo eso. La conocía y esperaba el regaño pero me contó por primera vez algo

de su vida. —Mira Francisco, cuando yo tenía 19 años, pasó lo del Movimiento de los Médicos allá por 1964, si no mal recuerdo. Le decían de “los Médicos” pero participamos muchos, yo como estudiante de enfermería hacía mi servicio social en el Hospital 20 de Noviembre cuando todos decidimos el Paro de todos los hospitales públicos, los administrativos, enfermeras, camilleros, los de laboratorio, los de las ambulancias, todos. No duró mucho, llegó el ejército y nos desalojó, hubo muchos presos. Ahí aprendí que si vas a desafiar al gobierno tienes que estar bien preparado y muy firme, porque con el gobierno no se juega ¿me oíste?

Mi madre se llama Lucía. Es una mujer solidaria y de lucha, eso se lo había escuchado a la gente de la Unión de Colonos. Nunca la vi que se negara a ir a la casa de los compañeros de la colonia a poner una inyección, a tomar la presión o la temperatura; y no cobraba, aunque estuviera lloviendo o haciendo mucho frío. La gente la quiere. La vi tomar la palabra en las asambleas y levantar la voz frente a los funcionarios de gobierno y no es que se hubiera olvidado de la lucha o que se volviera conservadora pero sus frases eran contundentes.

—No descuides tu escuela... preocúpate por ti... aprovecha tu estudio mientras puedas... piensa cómo estarán los padres de esos muchachos estudiantes que están presos por lo del 1º de Mayo... prepárate para que no dependas de nadie... vivimos con muchas injusticias pero tú, ¿qué puedes hacer?

Le conté del MLP, del profe y de los compañeros; de que la lucha es justa y de que no podemos quedarnos

cruzados de brazos mientras los del gobierno se burlan de nosotros y nos condenan a la miseria...

—Sí Francisco, yo lo entiendo pero sólo te digo una cosa— me clavó su mirada fría, seria, de autoridad y siguió con una voz más firme, como si yo hubiera despreciado lo que dijo antes: —Estudia, no se te vaya a ocurrir dejar la escuela, tu hermano y yo queremos que te recibas, que tengas un título y te valgas por ti mismo, ¿me explico? Ahora vete a bañar y cámbiate la ropa, tu hermano no tarda, viene con su novia y vamos a comer aquí, apúrate.

Antes de oscurecer llovió un poco. El teléfono público más cercado estaba hasta la calzada Ermita. Tenía que hablarle a La Nena, sabía que ella no podía venir hasta Xalpa, tampoco se lo iba a pedir, pero necesitaba oírla, a lo mejor no sabía nada del desalojo o ya lo sabía todo. Me sentía como un alcohólico sobrio con una cruda espantosa y sin un trago, con la angustia atravesada de no tener ni siquiera un traguito.

No lo pude evitar, fui al teléfono público y le llamé esa noche como a las ocho y media. Me contestó su mamá, la maestra Rosario. —Hola joven, ¿cómo está? —Bien señora, muchas gracias. —Helena sí está, ahorita la llamo. —Gracias señora, que tenga buenas noches. —Igualmente joven, buenas noches. —Sí, buenas noches señora.

Acordé con Helena vernos en el Metro Tacuba al día siguiente.

—¡Ay Francisco! ¿Y estás bien, no te pasó nada, te golpearon? —respondió cuando le conté lo del desalojo.

A veces uno piensa que para que hubiera pasado algo debería estar muerto con dos o tres pastillas de plomo en la panza, o preso en el Reclusorio con cuatro cadenas perpetuas de sentencia, o prófugo de la ley alzado en armas en el Ajusco o engrosando la lista de desaparecidos políticos. No, no pasó nada. Pos no, no pasó nada.

—Pues sí, eso fue lo que pasó— le contesté. Luego me sorprendió, me tomó del brazo y caminamos por el andén de la estación del Metro hasta las escaleras que bajaban y subían para cambiar la dirección de Cuatro Caminos a Taxqueña. Sonreía y me miraba. Quería abrazarla y no me animaba ¿y si se enoja?, ¿si me rechaza? Mejor cambiar de tema:

—¿Oye, cuándo es tu cumpleaños? —pregunté.

—¿Por qué?, ¿qué me vas a regalar? ¡Ah ya sé, una PC! Respondió sin dejar de sonreír.

—¿Una qué?

—Una *personal computer*, jajajaja. Una computadora personal, acaban de salir y están padres. Pero mi cumpleaños ya pasó, uuuy fue en febrero, pero *aí* para el que entra, ¿no? por lo pronto puedes ir ahorrando. ¡No te creas Francisco, no pongas esa cara!

—¿Y cuánto vale una de esas computadoras?

—Ni idea, ha de ser un dineral... ¡No te creas... es una broma! Mejor invítame al cine, dicen que ésa de los *Gremlins* está bien cotorra.

—Órale, tú dices cuándo.

—Pero tengo que llevar a mi hermano ¿está bien?

—Sí, está bien, si quieres el próximo sábado ¿puedes?

—Sí, yo te aviso. Oye pero mi hermano tiene 22 años, ¿no le hace? —contesta con esa mirada esquiva y la

risita burlona y agarrándome de bajada y yo creyéndolo todo. Siempre caigo, nunca reparo en cuándo habla en serio y cuándo me cotorrea.

—No te creas, mi hermano tiene diez años, háblame el sábado temprano y nos ponemos de acuerdo ¿sí?

Y la despedida con el beso en la mejilla y el cuídate mucho.

LA RAZA

La siguiente reunión de la Comisión Popular estuvo muy concurrida, estuvieron algunos de la Comisión Política, bueno había hasta gente de pie en el salón de la ENAH. El profe y Arturo fueron nombrados para coordinar la Mesa de debates. El profe empezó dando el informe, explicó que la lucha por el suelo urbano era cada vez más difícil porque la competencia con el capital privado para adquirir suelo era muy desigual, que el gobierno privilegiaba los fraccionamientos de vivienda residencial a favor del capital inmobiliario y que para los trabajadores no había expectativas. Dijo que las organizaciones del movimiento urbano popular ahora en su estrategia demandaban lecherías o bonos para tortillas, lo que quería decir que la lucha de los solicitantes de vivienda había dejado de ser prioritaria, pero que había un saludo de solidaridad de la Regional del Valle de México de la CONAMUP con el Movimiento de Lucha Popular.

Luego, en su balance dijo que hubo errores. —No supimos organizar el retiro del predio, la gente se dispersó y salió por donde pudo; no tuvimos la capacidad

de aislar a los provocadores, ¿no sé si los ubicaron? eran jóvenes. Los que yo vi como de veintitantos años que anduvieron gritando que ya había muertos y que llamaran ambulancias y echaban cohetones. Que la Comisión de Seguridad no se aseguró ni ella; que no hubo tiempo de reconocer el terreno; que nomás nos contaron y se nos echaron encima con la represión.

Agregó que los policías, seguramente judiciales, iban vestidos con jorongos y sombreros blancos para decir que eran los ejidatarios del Ajusco los que nos desalojaban porque están hartos de los paracaidistas.

Casi al final de su información mencionó lo que me había pasado. Preguntó si a alguien más le había pasado lo mismo. Un compañero respondió que a él y a otro los subieron también a un camión pero que los bajaron en Reino Aventura. Todos rieron. Me sentía incómodo, como si causara lástima, como si me hubiera inventado cosas porque no había información, ni de la Comisión Popular ni de los solicitantes, que reconociera que alguien había muerto o no se hubiera vuelto a saber de alguien después del desalojo.

Me atreví a pedir la palabra, nunca lo hacía pero esta vez lo sentía obligado. Empecé diciendo que compartía el balance del profe y que nos hizo falta preparar mejor la acción de la ocupación del terreno. Hablé de que la represión contra las luchas del pueblo era cosa de todos los días, que al DDF no le importaban las necesidades de la gente y que castigaba con aumento en tarifas e impuestos la economía familiar; y así trataba de demostrar que mi compromiso con la lucha popular y

la transformación de México no era motivo de dudas o desconfianzas. Me gané un cierto respetillo, un poco de liderazgo y, lo más importante, a partir de entonces todos me conocieron.

Había escrito algo de la situación del desarrollo urbano y la vivienda; según yo hacía un análisis que empezaba reconociendo que un gobierno que propicia la desigualdad social lo hace en todos los ámbitos del desarrollo y el suelo urbano y la vivienda popular no están exentos de esa condición de desigualdad. Y como en las conferencias me adornaba con palabras como “en consecuencia” para los inversionistas privados están las mejores tierras y para los pobres, los cerros pedregosos del sur de la ciudad o los terrenos fangosos y agrietados del oriente. Y proponía al final, algo de lo que nadie hizo caso, que valoráramos volver a tomar un predio, no necesariamente en el Ajusco, que buscáramos en otros rumbos de la ciudad un suelo barato, viable y seguro y que nos preparáramos para ocuparlo.

La reunión se alargó, como siempre. El salón se mantuvo lleno, luego nos enteramos que lo habían bautizado como el volcán Chichonal por el humaredal que arrojaba. El Poblano me hizo una seña tocándose la muñeca de la mano izquierda como si el reloj dijera que ya era tarde y teníamos que irnos, me acerqué al profe y se lo notifiqué, asintió con la cabeza y como roba casas, en completo sigilo salimos del salón, digo del volcán.

—Órale compa, ¿de dónde sacó ese rollo? —preguntó El Poblano cuando nos íbamos.

—Pos hay que leer amigo, hay que aprender no sólo de lo que nos dicen en las reuniones, hay que tomar en cuenta otras opiniones.

Le respondía con el mismo tono doctoral con el que había dictado mi conferencia apenas unos minutos antes.

—Lo que hay que hacer para entrar al aro, ¿no compa? A veces no te entiendo nadita, te pones bien cábula, así como candidato en campaña— contestaba El Poblano y disfrutaba ese aire que a mí me olía a insolencia, insolencia pura.

Somos de la misma edad, él un poco más bajo de estatura. Callado o mejor dicho, poco comunicativo, también como yo. Se llama José Purificación pero no le gusta su nombre, ni siquiera el José; prefiere El Poblano. Su padre es un líder campesino de la Sierra Norte de Puebla, es dirigente de la Unión Campesina y ha sufrido atentados de los pistoleros de los caciques del PRI de la región. Tuvo que salir de ahí con su familia pero eso no quiere decir que haya abandonado la lucha.

Al Poblano no le gusta hablar del asunto, igual que yo, su familia le apuesta a que estudie y sea un buen abogado para que defienda a los suyos, a los indígenas, a los pobres. Una vez fui a su casa a una fiesta de bautismo, con un mole riquísimo por cierto. Ahí conocí a su padre que, ya con medio estoque adentro, casi me hacía jurar compromiso para que El Poblano fuera licenciado, que no lo dejara solo, que si a él le pasaba algo para eso su hijo tenía compañeros. Yo entendía que El Poblano no la tenía fácil, él es la esperanza para tener bienestar, no sólo de su familia, sino de muchos más.

—¿Oye Xalpeño, y cuando oíste los tiros no te entró miedo? —preguntó como media hora después, en el atiborrado camión en el que íbamos, casi abrazados. En voz baja, para que nadie oyera le respondí: —Si no me cagué del miedo es porque no traía nada en la panza, ni aire. Pero me *mié* en los pantalones, si vieras todavía huelen.

Sí —contestó—, el domingo en el local olías a baño de cantina de pueblo, jajajaja, no te lo quería decir.

Yo sabía que podía contar con El Poblano, su familia era sencilla, honesta, buena gente y numerosa. Reconoces que la ciudad es doblemente desigual cuando los despoja de su cultura, de sus herencias. Las condiciones que impone la sociedad consumista en estos barrios te obligan a buscar formas de sobrevivencia, de nuevas identidades, porque los que nos reconocemos mestizos somos, en gran mayoría, muy racistas con los indígenas; los menospreciamos y agredimos permanentemente. Por eso pienso en sus hermanas de 14 o 12 años, o menos, arrancadas desde las raíces de su origen y transplantadas a este ambiente, con todo en contra y con el futuro destrozado, buscando ser aceptadas por los privilegiados, sí visten a la moda de Cachún Cachún Ra-Ra, aunque no tengan nada ver con ese patrón de consumo.

Un par de días después encontramos al Rafa en el CCH. Nos dijo que se había acordado convocar a una asamblea a los solicitantes de vivienda para decidir lo que seguía. Según El Rafa unos de la Comisión Política proponían que se siguieran los trámites en los organismos de vivienda del DDF y otros decían que no, que se insistiera en ocupar un predio y si no se podía en el Ajusto que se buscara en otras delegaciones.

—¿Y la gente va a decidir? —le pregunté.

—Sí. Ése es el acuerdo —contestó.

—¿Y por qué ahora sí decide la gente y antes no?

—volví a preguntar y El Rafa puso cara de enfado y dijo:

—¡Oh!, pos así se acordó. ¡Ah!, va a ser de este domingo en ocho, o sea el 2 de septiembre, al otro día del Informe a las once, allí mismo en la ENAH, bueno, afuerita.

—¿Y nosotros tenemos que ir? —Ahora preguntaba El Poblano.

—Pos claro, por eso les estoy diciendo. Tenemos que ver luego al profe porque nos va tocar avisarles a los solicitantes, a don Efraín, ya saben pues.

Después ya no hubo chance de ponernos de acuerdo con el profe en la reunión. —Bueno, *aí* la vemos chamacos. —Y se despidió.

Antes de que El Poblano también se retirara le pregunté si él se había dado cuenta de cuántos solicitantes estuvieron en la ocupación del terreno. Le dije: —Me cae que nunca pude ver cuántos éramos, ya ves, nos aventamos desde Reino Aventura en fila india y de a poquitos pa' no levantar sospechas y ya en el terreno pos menos, ¿cómo cuántos le calculas?

—No, pos bien poquitos, ¿qué te gusta, como cien? —respondió preguntando.

—No chingues Poblano, ¿cómo cien? —Ahora el enfadado parecía yo.

—Pos cuando nos retacharon a Reino Aventura éramos una bolita nomás, como los que estábamos en el salón el otro día. Mira cuate, la verdad no éramos muchos —dijo El Poblano y me bajó la moral hasta el drenaje profundo.

QUÉ... ¿NO VAS A HABLAR?

Ciento cuarenta y tres. Los conté uno por uno. Según la Comisión Política una pequeña parte no había acudido a la asamblea. ¿Qué es una pequeña parte? Los números no me cuadraban: si en el DF somos más de 10 millones de habitantes y se reconoce que hay un déficit de 800 mil viviendas, entonces nosotros somos una piscachita no más. No, pos así está cabrón, si no hay una fuerza importante, importante quiero decir unos 2 mil ya de pérdida, pos no la vamos a hacer, nos van a estar desalojando y desalojando.

—¡Quihúbole compañero! —me despertó La Nena.

—Hola Helena, ¿qué milagro, cómo estás? Qué bueno que vienes.

En realidad quería contestarle: —Ay Nena, tú como Santa Elena cada día más... pero no me salía portarme tan simpático y que pareciera simplemente cotorreo y que ella no se fuera a molestar y me mandara a la fregada. Mejor no pasarse de la raya. Calma toro, como dice el comercial.

Desde el equipo de sonido que era un aparatito, una trompeta y un micrófono que no siempre servía, se llamaba a los solicitantes a reunirse para dar inicio a la asamblea. Unos cuates de la Comisión Política se apersonaron para llevar la mesa de los debates; explicaron las razones de haber llamado y pidieron, por principio de cuentas, que levantaran la mano los titulares de las familias solicitantes: ochenta y seis. El Poblano se acercó y dijo: —¡Ahí está güey!, ¿no que no?

Luego vino el rollo, o sea según el Orden del día, la información y el análisis de la situación actual. Que estamos en un proceso de organización urbano popular y que no es sencillo mantener un crecimiento sostenido, pero que vamos a continuar luchando por la vivienda a la que todos tenemos derecho, etc, etc.

Otro de la Comisión Política propuso que iniciáramos los trámites en el FONHAPO para gestionar primero un crédito para comprar suelo y luego otro para construir las viviendas, dijo que este Fideicomiso es para dar atención al tema de la habitación popular. Dijo también que estaba el FIVIDESU, pero que apenas iniciaba, nos recomendaba, como si fuera médico viendo a un enfermo, que preparáramos nuestra documentación y abrir la solicitud de todos. La gente empezó a preguntar qué papeles se necesitaban y ellos respondían que las actas de nacimiento y no sé qué, cuando alguien alzó la voz para reclamar:

—¡Esos trámites son eternos... sólo le cumplen al PRI!

—¡Pos ámonos al PRI! —respondió otra voz que recibió un sonoro abucheo. Los de la Comisión Popular nos veíamos con una risita nerviosa mientras las voces se encimaban y desde la mesa de debates se llamaba al orden: —A ver compañeros, calma, a ver, vamos a ponernos de acuerdo.

El Poblano me encajó el codo en las costillas diciendo: —¿Qué, no vas a hablar? —Le contesté: —'Pérate, al ratito.

—Ahí está La Nena —insistió.

—¡Ay! cabrón no me apliques esa llave —le contestaba casi suplicante. Me sentía con el diablito poblano

hablándome al oído izquierdo y el angelito Francisco por el derecho llamándome a la cordura.

La asamblea siguió, la mayoría manifestaba su acuerdo con aplausos por la gestión a través de los programas del gobierno, casi nadie hablaba de volver a invadir un terreno. Las dudas eran muchas y las respuestas pocas: cuánto se pagaría por el crédito, qué documentos para el expediente, cómo hacer para que nos atendiera el gobierno, qué requisitos había para ser solicitante...

De la experiencia en la Unión de Colonos algo había aprendido, levanté la mano y pedí la palabra, me presenté como integrante de la Comisión Popular del Movimiento de Lucha Popular, no quería saber si la estaba regando por presentarme así, quería dar respuesta a las preguntas y proponer las siguientes acciones. El profe me miraba sorprendido, La Nena también, El Poblano sonreía con malicia y dije:

—Primero compañeros, tenemos que estar unidos, cualquiera que sea la decisión que se tome, y esa decisión la debemos tomar entre todos, democráticamente y de manera directa. Debemos tener conciencia que si luchamos unidos el triunfo va a ser para todos, porque aquí se trata de ganar todos. Tenemos derecho a la vivienda, ya se ha dicho mucho, pero para hacer valer ese derecho tenemos que derrotar a la burocracia del gobierno que ya alguien lo dijo, sólo le resuelve a los del PRI.

Y que me aplauden y me sentí aturdido, confuso. Miré al profe, que asentía con la cabeza, y La Nena aplaudía.

—Pero no vamos a ir al PRI porque aquí hay dignidad, vean la crisis económica, todo más caro y el salario

sigue miserable; vean la represión a las demandas del pueblo como nos ocurrió hace unos días; vean la mentira de la renovación moral de Miguel de la Madrid, con más corrupción e impunidad. Les quiero proponer que el próximo martes vayamos una comisión al FIVIDESU, a que nos informen sobre el procedimiento para obtener las viviendas, si están de acuerdo nos vemos a las once en el Metro San Antonio Abad y el próximo domingo nos volvemos a ver aquí para informarles.

—¡Síííí! —contestaron alzando las manos en señal de aprobación.

La Comisión Política me quitó el micrófono y dijeron ante la dispersión que empezaba a darse:

—Espérense compañeros, la asamblea todavía no termina —pero la gente sentía que todo estaba dicho. Insistían:

—Vamos a continuar, queremos ver si se forma la comisión.

Me acerqué al que hablaba para decirle: —Deja que vayan los que quieran, ojalá vayan todos. —Me respondió con la autoridad que le daba ser parte de la Comisión Política, que yo debía ser más disciplinado y no proponer por la libre mis ocurrencias porque ponía en riesgo a la organización.

—¿En riesgo, por qué? —pregunté.

—Eso lo vamos a ver en la reunión de la Comisión Política, ahí vamos a analizar su caso compañero.

Me contestó con el mismo tono de autoridad política. Luego llamaron al profe para confirmarle que me debía presentar a la reunión de la Comisión Política allá en el local del MLP en la colonia Roma.

—Sí, mañana lunes, a las 8 de la noche.

Me emplazó el profe y de botepronto respondí: —Oiga profe pero no voy a alcanzar a llegar a la casa, acaban muy noche ¿no?

El profe se rió diciendo: —¿Qué, no te la aventaste a pie desde Pachuca, a medianoche y lloviendo?

La Nena venía sola, cruzamos sudorosos el parque de Cuicuilco y salimos a Insurgentes, no paró en decir: —Órale Francisco, te aventaste un rollo, quién te viera tan calladito y cuando saloneamos ni pío dice el muchacho; pero ahora ya no te vas a zafar, la próxima vez que andemos saloneando te vas a echar un rollo ¿eh?

Y yo clavado con el llamado de la Comisión Política, ¿me van a regañar o a expulsar?

ESA MISMA VOZ

Decían a las ocho pero eran cuarto para las nueve y nada. Me decían: —Es que no hay *quórum* compañero, pero no tardan en llegar. Suponía que las reuniones de la Comisión Política del MLP podían empezar y terminar a la hora que ellos quisieran porque todos tienen carro o viven cerca del local y para ellos la hora no es inconveniente. Los veía llegar, más o menos bien vestidos, con morral de cuero como los de Oaxaca, casi todos con facha de maestros universitarios, como de cincuenta años en promedio, fuman Marlboro y cargan el libro que todos los de ese ambiente comentan *La insoportable levedad del ser*, de Milán Kundera, o el que acaba de ponerse de moda por la reciente muerte de Truman Capote, su autor, *A sangre fría*.

No me gustan las jerarquías y eso de ser disciplinado te obliga a respetarlas, pero no me gustan. Si nos reconocemos como luchadores por el socialismo deberíamos ser todos iguales ¿no? pero hasta en los países más socialistas hay jerarquías, o sea, si ellos están mal ¿nosotros por qué? El Movimiento de Lucha Popular tiene Comisiones sectoriales. Les dicen: la Sindical, donde participan algunos trabajadores de la UNAM o la UAM; la Estudiantil, que siempre nos reclamaba que a nosotros nos tocaba ésa porque somos estudiantes; la Popular, que es donde participamos, aparte una de Prensa y Propaganda que hace un periódico muy feo, y la de Finanzas, nunca he dado un varo, ¿de dónde? La Comisión Política es la autoridad, pero donde dicen que todo se resuelve es en el Congreso del MLP; nunca he estado en uno. Unos nos dicen los *Melepos*. Otros nos dicen los *Melecios*, ese apodo me da risa.

A las nueve y media les tuve que decir que me tenía que retirar, que les proponía que el próximo domingo cuando termine la asamblea de los solicitantes nos reunamos y me digan qué resolvieron. Además, les dije: —Mañana la comisión va al FIVIDESU y tengo que estar ahí; si gustan el próximo domingo después de la asamblea nos podemos reunir y me dicen qué acordaron.

En realidad no les di ninguna opción, parecía que les estaba dando órdenes. Cuando se lo conté al profe, soltó la carcajada y mencionó: —Pa' las pulgas de los compas.

Al FIVIDESU llegamos como cincuenta. Tenían la idea de que yo sabía cómo funcionaba la gestión y a qué área debíamos dirigirnos. El Poblano alentaba emocio-

nado esta idea: —Ahorita que llegue el compañero vamos a entrar y arreglar todo, ya no ha de tardar.

Me sentía en un laberinto, le preguntaba al policía de la puerta y él viendo la confusión preguntaba con burla:

—¿Qué quieren exactamente?

—Información sobre las viviendas, oficial.

—¿Cuáles viviendas?

—Las que construye el FIVIDESU.

—Ah, o sea el Fideicomiso ¿construye viviendas?

—y seguía la burla.

Me acerqué al oído del policía y le dije quedito para que nadie escuchara: —¿Por qué no te vas a otra puerta a burlarte de tu madre?

Me tomó del hombro, me empujó y con la otra mano alzó el tolete, la gente intervino y se armó el escándalo, el jaloneo, la gritería.

—¡Sí a la vivienda... No a la represión! ¡Sí a la vivienda... No a la represión!

En la entrada del edificio de repente había diez policías más que empujaban a la gente hacia afuera para cerrar el ingreso. Cuando estuvimos a salvo un compañero se me acercó y preguntó:

—¿Qué pasó amigo? —Le contesté que nada, que todo estaba bien, que el policía nos había llamado mugrosos y que pos, eso caliente, ¿o no?

Pocos minutos después salió un empleado del FIVIDESU, nos invitó a pasar a todos a un pequeño salón donde incómodos y de pie, nos dio una larga información de los trámites, los documentos, el ahorro, engan-

che, mensualidades o corrida financiera, como le llamaban, etc. Parecía que quería desanimar la demanda de los solicitantes. Al salir noté que el ánimo de la gente seguía en ascenso. —Nos vemos en la asamblea el domingo compañero.

Se despedían sonrientes. Todo eso se informó, no sólo yo, todos querían participar para hacer notar que ellos habían asistido, que eran testigos, que estaban luchando, que tenían una expectativa, que querían ganar, tener una vivienda y vivir entre compañeros. —Nomás que no las vayan a hacer con varillas radiactivas, como las de Chihuahua porque si son de éstas ya nos chingamos —dijo alguien, y todos rieron.

Con La Nena volvimos a cruzar el parque de Cuicuilco con su pirámide redonda y sus andadores de tezontle, le recordé que estaba pendiente una ida al cine. —Vamos el domingo, es 16, nomás no vayas a agarrar la jarra en el Grito del 15; y además el próximo domingo no va a haber asamblea ¿cómo ves?

—Voy a pedir permiso —contestó. —Llámame el viernes o el sábado y ya te digo ¿sí?

Sí claro, como tú digas, está bien, de acuerdo, claro que sí, órale pues. Cualquier cosa que le hubiera respondido sería intrascendente porque al final de cuentas no pudo, no quiso, no tuvo permiso, lo que haya sido. Me dejó colgado de la brocha descifrando un largo silencio cuando del teléfono de su casa alguien contestaba que salió, que fue con sus primos a no sé dónde, que no sabían cuándo iba a volver, que sí que le iban a dar mi recado.

—¿Bueno? —me dice.

—¿Bueno, sí? —le contesto.

—Yo le digo —y colgó. Y sin quererlo, escuchaba a mi madre cantando: *...ven a mí que estoy sufriendo, con esta soledad que no me sienta nada bien... Queridaaaa...*

Hacia finales de agosto, un grupo de presos políticos de la COCEI se declaró en huelga de hambre. Poco a poco se incrementaron las declaraciones de dirigentes de izquierda demandando la libertad de los presos. Las movilizaciones exigiendo solución a la huelga no se hicieron esperar. El gobierno declaraba con su eterno cinismo que si los presos levantaban su huelga de hambre estaban dispuestos a escucharlos.

El MLP y muchas organizaciones políticas se solidarizaron y llamaron a una manifestación hacia la Secretaría de Gobernación. En el CCH se reactivó la actividad tirando un volante en un saloneo exigiendo la libertad de los presos políticos que demandaba la huelga de hambre que ya llegaba casi al mes. La Nena, modosita y hecha sonrisas, me sacó del salón. —Ándale Francisco acompáñanos y échate un rollo.

Yo no podía ocultar mi enojo por que me dejó esperándola para ir al cine. Ella lo notó y se disculpó:

—Ya no te pude avisar, todo fue de repente, llegaron unos familiares...

—Ajá, sí, está bien, no te preocupes.

Procuraba responder sin mostrar mi molestia, parece que no la convencí. Terminamos de salonear, los de esa actividad eran de la Comisión Estudiantil, me emplazaron: —Nos vemos en la marcha, invita a tus solicitantes güey, ahí te cuidamos a Helena.

La manifestación salió del monumento a la Revolución, unos dos mil sí éramos. Por estos días han marchado miles en protesta por los aumentos de precios en los productos básicos, cada vez son más los que salen a luchar. Mucha raza estudiantil y profesores prefirieron esperarse a la manifestación del 2 de octubre, pero esta marcha anima y la causa de los presos políticos no se puede menospreciar.

Salimos a Reforma y luego Bucareli, el contingente del MLP es de no más de 25 compas, eso sí, combativos, gritones, entusiastas. Un compañero que llaman El Güero es el dirigente de la Comisión Estudiantil más reconocido; cuando la descubierta llegó a las puertas del viejo edificio de la Secretaría de Gobernación, El Güero me dice que me va a tocar hablar en el mitin a nombre del MLP, le digo que no, que hable otro y me responde que ya se decidió, que nos toca dar un saludo después de los trabajadores de la UAM, que me acerque al sonido y le dé mi nombre al moderador.

Empecé a temblar, me chillaba la voz, respiraba profundo, me sentía mareado, confuso. Al cabo que nomás es un saludo. Los oradores se subían a la salpicadera de un viejo carro en que estaba instalado el equipo de sonido. Pensaba: —Se me hace que me voy a caer, siquiera estuviera La Nena, ella actúa como musa en estos casos, inspira, te da valor. Me nombran y hecho un mazacote de nervios me trepo al cochecito y con evidente nerviosismo saludo a los participantes de la manifestación a nombre del Movimiento y mis compas sonrientes aplauden y distingo a La Nena entre ellos y digo que la liber-

tad de los hombres es la condición más preciada de los revolucionarios y que la solidaridad es un abrazo que hermana las luchas y que por eso estamos aquí y muchas gracias... Pego el brinco al suelo y como lo había previsto rodé enredado con el kilométrico cable del micrófono.

Nunca aclaré si me habían hecho una broma los de la Estudiantil mandándome a hablar por el MLP, pero todos ellos estaban muertos de risa, ¿por la caída? No lo sé. Sólo La Nena movía la cabeza negando la razón de tanta alegría, le quise preguntar y se me adelantó diciendo que había hablado muy bien y que le gustaron mis palabras. Terminó el mitin y la invité a llevarla al Metro Balderas si ya se iba a su casa. Nos echamos a caminar por Bucareli rumbo a avenida Chapultepec y corrigió el rumbo. —Por acá salimos a La Ciudadela, por allá está más lejos. Le pregunté:

—¿Has oído a Rodrigo González? El que canta Metro Balderas, el del rock rupestre.

—No, no lo he oído. ¿Dónde canta?

—En un Café en la glorieta del Metro Insurgentes, la raza se junta por motones para oírlo, dicen que hay más gente afuera que dentro del Café, cante y cante sus rolas. A ver qué día vamos ¿no?

—¿Afuera o adentro? Jajajaja.

—Si pedimos un café, así como ando de prángana, hasta que se enfríe ¿no? porque no creo que nos alcance para dos, jajaja. Y llevamos unas donas Bimbo de contrabando.

Caminábamos en sentido contrario a los vehículos, la calle estaba oscura y los árboles ocultaban la poca luz de las luminarias. De repente se detiene un coche frente

a nosotros, se bajan tres tipos pistola en mano y nos ordenan que subamos al carro, me jalen de los cabellos y a Helena del brazo. No valieron de nada nuestros gritos ni los reclamamos. Me lanzaron con gran fuerza en el piso del automóvil de la parte trasera y no vi a La Nena pero a ella la subieron adelante. Pregunté:

—¿Estás bien Helena?

—Sí estoy bien, contestó.

—¡A ver si se van callando pinches muchachitos! —y me parecía reconocer esa voz que no tenía duda que ya la había escuchado. Luego sentí la patada a la altura de los riñones. Tenía las suelas de cuatro zapatos en las piernas, la espalda y el cuello. Y aquella voz, era la misma, aquella voz rancherona:

—Pinches comunistas no entienden, ¿edá hijo? Muy chingón tu discurso cabroncito, muy revolucionario ¿no? A ver síguele, acá te aplaudimos.

Y las risas y los tacones de los zapatos clavados en las piernas y en el cuello y otra voz, ésta más de defeño que me reclama:

—Ahí te hablan, no te hagas güey —y corta cartucho y me pone la pistola en la nunca y pregunta: —¿Qué jefe, de un vez no? Deme chanza de ver qué tiene adentro de la cabezota. Unas cuadras más adelante se detienen, abren la puerta, oigo a La Nena que reclama que no me lleven, que me suelten, cierran la puerta y el coche se vuelve a poner en marcha.

—¿Dónde está, qué le hicieron? —reclamo a gritos.

—¡Cállese cabrón! Aquí nadie grita —y el zapato me empuja la cabeza contra el piso del coche. No veo nada,

oigo el chillido del radio del coche policiaco, se oyen ruidos, se mencionan por momentos claves, calles, posibles delitos, llaman a las radiopatrullas, a las ambulancias. Ellos guardan silencio. Pienso que en el carro van el chofer y de copiloto al que le dicen El Jefe y dos en la parte de atrás. Imposible saber dónde estamos, a dónde vamos. Lo que me pareció un largo silencio se rompe con la voz inconfundible del Jefe: —Mañana los periódicos van a decir que como todo aumenta, también aumentó el número de desaparecidos políticos, jajajaja...

COMO VES, SOMOS POCOS

La Nena tomó un taxi y alcanzó a llegar al local del MLP antes de que cerraran para informar lo que estaba pasando. De allí llamaron al profe, quien respondió que ya iba para el local. La Comisión Política se movió rápido, llamaron a un diputado del PRT quien a su vez se comunicó con la Secretaría de Gobernación para demandar que me dejaran en libertad. La Nena había memorizado la placa del coche, cuando la soltaron preguntó a una persona que pasaba por el lugar que le dijera de qué modelo era el coche en que me llevaban. —Es un Ford Maverick —le dijeron.

Con esa información, el funcionario de la Secretaría de Gobernación confirmó que era, efectivamente, un coche de la Dirección de Investigaciones, o sea de los *Dipos*. Lo que me informó después La Nena es que desde Gobernación localizaron al coche y le dieron la orden al Jefe de que me soltara, que para tapanle el ojo al macho

se inventaron que no había orden de aprehensión en mi contra, ni había ninguna razón para haber sido detenido. Como si la necesitaran.

Como dos horas después, con una buena zapatiza en todo el cuerpo me soltaron por donde yo creía era Periférico. Al que llamaban el Jefe me puso un billete de cien pesos en la bolsa de la camisa para que llamara “a mi gente” y les dijera que ya estaba libre y advirtió: —La próxima vez piensa en tu madrecita, ¿te imaginas todo lo que va a llorar cuando te vea como coladera, eh, eh, pendejo?, ¿entiendes?

Los teléfonos públicos seguían siendo gratis, era de lo poco que el gobierno hacía por la gente. Llamé al MLP, les dije que me habían soltado, que andaba por Periférico pero sin saber a qué altura, sin saber hacia dónde caminar, me dejaron en un tramo muy oscuro y en un desnivel de la lateral, yo suponía que estaba por el Canal 13, eran casi las 10 de la noche. Quedé que en cuanto me ubicara los volvería a llamar pero que todo estaba bien. Hablé con La Nena y le encargué que le avisara al profe y a los demás que estaba bien, que me iba a Xalpa, que no se preocuparan, que gracias y que mañana los veía. La Nena insistía en el ¿estás bien? y yo le contestaba que sí pero no la convencía.

No era Periférico, era Río Churubusco y estaba por la colonia Sector Popular. La cosa era salir a La Viga y tomar un camión a Ermita y de ahí hasta Xalpa, como hora y media pero ya más tranquilo. En la cabeza todo me daba vueltas como a mil por hora. Estoy salado, dos veces en un chico rato, pero ahora le tocó también a La

Nena y hasta se enteraron los diputados, chale, ni modo que digan que soy importante o un gran dirigente que amenaza la paz del país. No, yo digo que es pura pinche mala suerte... y ese tira, ¿ya me traí? ¿Qué onda con lo de mi Jefa? Puro rollo psicológico me digo, pero no entiendo, me caí que no entiendo.

Ya no pude evitar la reunión con la Comisión Política, como a la semana me citaron, les pedí que estuviera el profe por la confianza que me daba y así fue. En la reunión había como unos diez, la mayoría hombres con facha de maestros. Les informé con todo detalle lo sucedido en aquellas semanas. Preguntaron si los policías que me llevaron en el autobús cuando nos desalojaron del predio eran los mismos que me agarraron después del mitin en Gobernación.

—La verdad no sé, no lo puedo probar —contesté.
—No pude verlos, estaba oscuro, sólo la voz de uno de ellos, el que parecía el jefe, era muy parecida. Lo que me tiene ciscado es que hablaron de mi Jefa, no sé si saben algo de mí o lo dijeron nomás para tantear qué onda —les volví a decir. Luego empezaron a echarse unos rollos de que la coyuntura y que si por un lado anuncian el PRUPE y por otro un Plan Nacional de Seguridad porque resulta que ahora los enemigos principales del gobierno son los narcotraficantes, pero en fondo el tal Plan es para endurecer la represión contra las protestas y las luchas del pueblo. Yo trataba de entender lo más posible, estaba atento porque lo que se decía aclaraba muchas dudas y te ponía las cosas más claras para luego resumir que la situación estaba más canija de lo que pensaba.

Uno de ellos, de nombre Alfredo, propuso que yo me incorporara al equipo de la Comisión Popular que hacía trabajo en el centro de la ciudad. Decía: —Una temporada nomás, mientras se deja la persecución contra el compa, digo si la hay. Como apoyo, ahora que está recomponiéndose la Coordinadora Inquilinaria, *aí* le informamos nosotros. Otro le respondió: —Pero es que va a estudiar al CCH Oriente y desde el Centro está complicado ¿no? Yo les dije que no había problema, que podía ir y venir y si me podían ayudar a tener una chamba en el Centro se los iba a agradecer y además seguiría estando en la Comisión Popular. Pensaba también que estaría más cerca de La Nena, según yo. Luego me di cuenta que Alfredo quería compañeros que estuvieran más al pendiente de la organización, o sea en quien descargar parte de la responsabilidad política, yo creo que le caí como anillo al dedo.

Alfredo era el responsable del Movimiento Inquilinario del Centro, me citó en una vecindad de la calle Leandro Valle a la vuelta de la Arena Coliseo, me dio confianza su puntualidad y su verbo. —Al grano mi buen, somos pocos aquí, la lucha es de organizar y a partir de asesorar a los vecinos en sus aumentos de renta, en los juicios de desahucio, en los lanzamientos para hacer crecer la organización o sea el MIC.

Y seguía diciendo: —Acá en el Centro el PRI tiene un control cabrón de la gente, los organizan por distrito electoral y luego por sección electoral; no se les va nada, vecindades, vendedores ambulantes, empleados de las tiendas, comerciantes, taxistas, burócratas, o sea, cuan-

do te digo todos es que son todos. A las organizaciones del movimiento urbano popular nos traen en chinga, es más, te ofrecen que te vayas con ellos al PRI, que allá sí vas a poder ayudar a la gente, que el gobierno es a toda madre, que si tienes una bronca te canalizan con el diputado o los de la delegación y hasta con el Regente. No toleran la oposición, pero ya ves cómo anda la cosa en los últimos tiempos, ahora la gente ya no les cree nada.

En la vecindad de Leandro Valle tenía el MIC su cuartel. Alfredo me llevó a una vivienda muy deteriorada en el segundo nivel. La entrada a la vecindad era ancha, al gran portón de dos hojas le habían abierto una pequeña puerta en la que había que entrar de lado, por una poderosa razón: —Si nos vienen a desalojar, nomás pa' entrar, los granaderos y los cargadores y actuarios y esa bola de ojetes, se tardan medio día.

Al principio podías ver las cosas con la ordinaria normalidad de cualquier vecindad, si algo no cuadraba o parecía ilógico sabías que todo estaba dispuesto en la lógica de resistir los lanzamientos.

Para subir al segundo nivel te enfilabas por un largo pasillo siempre oscuro y una escalera amplia con un barandal oxidado casi a punto de caerse. Todos recomendaban como tarea mil veces hecha: —No te agarres del barandal, es más fácil que él se caiga a que te caigas tú. El sol no entraba ni aunque le hicieras fiesta, los altos muros del depa sostenían una hilera de apolladas vigas de madera y un polvillo cae del techo permanentemente; esa vivienda la defendieron en un desalojo, por eso las ventanas que dan a la calle están clausuradas, el piso de

madera ha de haber lucido impecable hace dos siglos, se dice que esa vecindad fue parte del Convento de Santo Domingo hace muchos, muchos años.

Alfredo me ofreció el lugar de buena manera:

—Al rato nos jalamos la luz, bueno una extensión con un foco, no hay agua, hay que bajar por ella, lo que sí hay son cubetas —me decía tratando de justificar que podía estar bien donde nadie podía estar bien. Yo, comprensivo, como si me estuvieran haciendo un gran favor repetía una y otra vez:

—Sí está bien, no te preocupes, aí me las arreglo —y cosas así. Me informó que los martes a las siete se hacían allí las reuniones del MIC.

—Bueno, aquí abajo, en casa de un compañero, porque aquí, como ves, no hay nada. Y era en serio, no había nada de nada pues.

LA CIUDAD, LA OTRA

Cuando se habla de la ciudad, la relaciono a fuerzas con el Centro. No concibo la ciudad con las barriadas polvorientas y pedregosas de las colonias populares, para mí la ciudad son los grandes edificios, las amplias avenidas, las calles llenas de gente y de aparadores de las tiendas comerciales, de cines y restaurantes, de parques y cafés y cantinas y edificios con historia y museos y cosas así. Alfredo me advirtió que la gente del Centro es diferente a la de la periferia:

—Acá son bien cabrones mi Paco.

—Nomás no me digas Paco por favor.

—¡Ah!, órale, ¿Francisco está bien?

—Sí, está bien.

Me dio las llaves, le dije que iba a la casa por mis cosas, que volvía mañana. Llegué al Centro a mediados de octubre, no sin antes echarme una bronca con La Jefa, nunca le dije del apañón después del mítin en Gobernación, seguramente me habría prohibido seguir como activista en el MLP. Le decía que iba a estar bien, que ya tenía chamba con uno de los impresores de Santo Domingo.

—¿Ay Francisco y tú que sabes de eso? —me reclamaba. Le respondía con una vehemencia que no la convencía:

—Yo voy a corregir los textos de las invitaciones que imprimen, porque luego se les van las patas con las faltas de ortografía, no voy a pagar renta y voy a seguir yendo a la escuela, luego le paso el teléfono del impresor y cuando me diga vengo, además no se va a quedar sola, ahí está el Emiliano. No se preocupe Jefa, voy a estar bien.

Se me hizo largo el tiempo hasta la reunión del Movimiento Inquilinario del Centro, cuando Alfredo decía que eran pocos no imaginaba que eran doce. O sea, el mismo Alfredo, la maestra Lety, el doctor Gerardo, el Ángel de Argentina, digo de la calle, el Jaime, alias *Mibuen*, el Alex de Ecuador, el Quiubolegüey, un carnal cábula de Tepito y otros que no alcancé a reconocer en esa reunión. Pensaba ¿con doce se puede detener un lanzamiento? ¿Con doce se puede hacer un mitin y que el gobierno te tome en serio? Los apóstoles eran doce y ya ves. Diría La Jefa: “¡Ay Francisco de todo te quejas!”.

Me di la obligación de que tenía que aprender rápido, me mandaron a la calle de Sol en la colonia Gue-

rrero a las pláticas del “licenciado” sobre los juicios de arrendamiento, qué es un contrato, qué es el derecho del tanto, cuáles derechos tienen los arrendatarios, cómo se integra un expediente si ya hay una demanda o un juicio de desahucio y los amparos y la notificación de desalojo y todo eso. Porque se hacían visitas a las vecindades para invitar a la gente a organizarse, se repartían volantes que decían: *Si te amenaza tu casero con lanzarte ¿qué debes hacer?* Y les ofrecíamos asesoría gratuita y todo el apoyo. Pero la gente no llegaba.

La reunión, pese a todo, me gustó. Empezó puntual y duró como una hora. Me sentí entre compañeros, percibía que me recibían con la esperanza de que los ayudara, que mi “experiencia” en la lucha popular, como la anunciaba el Alfredo, le iba a dar prestigio y respeto al MIC. Venían de vecindades de los barrios de La Laguni-lla, San Camilito, Tepito y la calle de Peralvillo.

Ese martes fue mi primera noche en la vecindad de Leandro Valle, la miserable luz del foquito invitaba a apagarla lo más pronto posible. Apenas barrí, me cercioré que no hubiera cucarachas, arañas o bichos de esos; había subido una cubeta llena de agua y acomodado un viejo *sleeping* con un par de cobijas para echarme a dormir. No llevaba mucho de empezar a roncar cuando un estruendoso alarido me hizo levantarme de un jalón volteando en la oscuridad total a todos lados y tirando manotazos para encontrar el foco y encenderlo. Me tuve que acostumar, no sin muchos trabajos, a ser vecino de la Arena Coliseo, que los martes tenía función a partir de las ocho y media de la noche y hasta más o menos las once y media.

Hacia finales de octubre llegó el bautizo de fuego de los desalojos. Apenas empezaba a amanecer cuando llegó el llamado, hay un desalojo en Eje Central y República de Perú, allá en Garibaldi, y a correr. Una vecindad semiderruida, con viviendas muy precarias y habitadas por indigentes en su mayoría, era el lugar. Ya estaban sacando cachivaches desvencijados, sillas rotas, estufitas de petróleo y cazuelas despostilladas, ropa sucia y botes llenos de basura. Este lugar era más refugio que una vecindad, ni a eso llegaba.

—¡Órale compañeros, los cuetes! ¿Dónde están los cuetes? —preguntaba un señor con cachucha de los Diablos del México.

Poco a poco iba llegando gente, los cargadores apuraron su labor, el actuario ordenaba que todos se hicieran a un lado, que no estorbaran. Un tímido grito despertó el entusiasmo popular de los que ahí estábamos: —¡Vivienda sí, desalojos no! ¡Vivienda sí, desalojos no! —y eso nos permitía saber quiénes éramos y nos daba confianza para oponernos al desalojo.

Llegaron los cuetes.

—A ver, ¿quién los lanza?

Nadie se proponía.

—No, yo no sé.

—¡Ay!, a mí me da miedo.

Un viejo con aliento alcohólico y un cigarro en la boca se ofreció y nadie se opuso, tomó el cohetón con una temblorosa mano izquierda y trató con el cigarro en la derecha de encender la mecha. Cuando lo logró el cohetón se le cayó y empezó a arrastrarse a ras del suelo y

la corredera de gente, de cargadores, de policías, del actuuario, para ponerse a salvo del cohete que serpenteaba, fugaz, como viva amenaza sobre todos, con su panza chispeante y su estela de humo. Al fin se detuvo en la llanta de un triciclo cargado de tamales y tronó como cañonazo sin causar daño a nadie.

Parecía como si todo hubiera sido premeditado, llegaron compañeros de la colonia Guerrero y reclamaron al actuuario que diera fe de que los vecinos se oponían al desahucio de las personas de la vecindad ruinosa. Mientras se discutía con los representantes de "la Ley", la gente empezó a devolver las pertenencias a las humildes casuchas. El grito de ¡Vivienda sí, desalojos no! se multiplicó festivo cuando el actuuario y su séquito se retiraban. El señor de la cachucha con la *M* seguía a la comitiva del actuuario y no paraba de decir a gritos, dando de patadas al hombre invisible y haciendo aspavientos con brazos y manos como desprendiéndose de algo.

—¡Se la persinaron, bola de ojetes! ¡Valieron madres putos! ¡A ver cuándo vuelven hijos de su..!

Antes de retirarse, los compas de la Guerrero nos llamaron a estar unidos y organizados para luchar por una Ley Inquilinaria y evitar estas injusticias. Nos pidieron seguir alertas porque pueden volver a desalojar en cualquier rato. Quien no tardó en volver fue el señor que despidió al actuuario, llegó solicitando "con todo respeto", hasta eso, que si queríamos él podía lanzar otro cohete por si las dudas, ¿no, mi valedor? Pero quería un cigarrito porque él ya no traía y pos cómo lo prendo, ¿no, mi carnal? Los pocos que quedaban soltaron la risa y nos fuimos retirando.

De ahí a la escuela, sí está harto lejos, como hora y media si no hay contratiempos, de ahí al Metro Allende y transbordo en Pino Suárez, te bajas en Zaragoza y luego la ballena de Ruta 100 hasta canal de San Juan y luego a pincel unas cuantas cuadras. Estar en el Centro parecía un buen pretexto para intentar acompañar a La Nena al salir de clases, ella seguía en el Metro hasta Tacuba, pero no se me hacía, o no la encontraba, o ya se había ido, o tenía tarea... El Poblano me remitió en más de una ocasión al Mercado de Sonora. —Hazte una limpia compa —decía.

Ese tiempo, sin embargo nos sirvió mucho para estudiar, para leer y como dice el profe, tener elementos para el análisis y entrarle a la discusión de la Comisión Popular y hacer propuestas. Le decía al Poblano:

—Allá está la gente de la colonia Guerrero, son compas y ellos tienen documentos del movimiento popular y las cosas inquilinarias, me contaron que están haciendo análisis del PRUPE y luchando por una ley a favor de los inquilinos. Por ejemplo, por qué crees que el gobierno aumenta y aumenta los impuestos y las tarifas de los servicios si esto provoca un gran descontento del pueblo; pues porque ese descontento no está organizado. Por eso abusan, aunque que el pueblo todavía carga con la pesada crisis económica; o sea un montón de cosas que luego acá se dicen pero no se discuten porque no se conocen ¿o cómo la ves?

El Poblano ponía atención, revisaba las cosas y le daba vueltas pensando que estaba mal y que debía corregirse, estábamos en la misma sintonía sin haberlo dicho antes, eran curiosas las coincidencias que teníamos y que no las compartíamos. Dice:

—Es cierto que no se discute a fondo y quedan muchas dudas porque no se definen las cosas bien, como que está muy disparateo el nivel de conocimientos, ya no se diga en las asambleas de los solicitantes que únicamente se habla de la gestión y los expedientes y no se dice nada de cómo anda la situación general, por eso andamos como se dice, jodidos pero contentos.

—Así es —respondí y agregué— para organizar a la gente y luchar para cambiar las cosas hay que prepararse. Estoy pensando si hablamos con el profe y El Rafa y hasta La Nena y el Alfredo y hasta el Quiubolegüey aunque no puedan llegarle hasta el CCH, y armamos una agenda de temas y cada semana le damos con uno, o sea, ese rollo de lo metropolitano, de qué onda con las ciudades, con el suelo y la reserva territorial y esas cosas.

—Pos órale, a la mejor funciona, respondió El Poblano.

En el CCH al principio y luego en alguna de las casas del Centro, sin tener un día determinado nos empezamos a reunir y a presentar información y los puntos del debate, que si la vivienda popular, qué es eso del uso de suelo y para qué sirve, que si el INFONAVIT no sirve, que todas esas cosas, con el ingrediente de verlas desde la perspectiva de la lucha de la izquierda. Con estas intenciones muy voluntariosas fuimos haciendo un discurso, creando una disciplina y un equipo que planteaba propuestas que nos distinguieran de ser sólo otra izquierda contestataria y panfletaria. Y eso ya era mucho decir.

EL OMBLIGO DE LA LUNA

Salir temprano y caminar por el Centro se convirtió en una agradable rutina, esas mañanas frías de noviembre son una tentación irremediable. Despertar a la ciudad y verla levantarse escoba en mano y barrer el pedazo de piedra hecho banqueta que a cada quien le toca, respirar el provocativo aroma del atole y los tamales recién cocidos revueltos con el humo del carbón encendido de la plaza Santo Domingo. Las calles vacías, silenciosas. Las fachadas de cantera y tezontle de los palacios se reconfortan respirando el aire fresco de las primeras horas del día, antes de que el sol se alce y llene las calles de actividad, de gente, de ruido, de vehículos, de gritos, de calor, de mercancías, de todo.

Por la prisa y por el frío, siempre vale una carrerita hasta el Zócalo. Ingresar al calorcito del Metro regocija. A este ir y venir del Centro a la escuela todavía le falta como año y medio. La chamba en la imprenta no está mal, el salario sí. Corregir las faltas de ortografía en las invitaciones y todos los impresos me obligó a conseguirme un tumbaburros en La Lagunilla pa' no regarla. Yo sé que el Ángel, o sea el impresor, en realidad no me necesita, se ha pasado sus más de cuarenta y tantos años dándole a la máquina, poniéndole papel y tinta, sacándole presumidas convocatorias para la boda, insurrecciones al bautizo, llamados al desorden de los quince años y demás provocaciones. El Angelito es gente, como dicen acá, es barrio, me da unos centavos a la semana para ayudarme y yo hago como que los desquito.

Luego me enteré que el Ángel es hermano de Alfredo, viven en la misma vecindad en la calle República de Argentina, desde hace rato traen bronca con la casera, han aguantado varios intentos de desalojo, la gente los estima. Les decían, ahora menos, los Doble A, por aquello de Alcohólicos Anónimos y porque cuando eran más jóvenes agarraban la jarra mañana, tarde y noche.

Al Ángel le gustan las películas mexicanas en blanco y negro, allá de los años cuarenta y cincuenta, donde salían vecindades; me decía que nada había cambiado, seguían siendo los viejos caserones deteriorados con baños y lavaderos para colectivos. La noche de Muertos me llevó a recorrer varias vecindades donde colocan ofrendas como manda la tradición. Cada rato me contaba aquella película de Emilio Tuero que empieza cuando sale de la cárcel y llega a la vecindad justo cuando están lanzando, ni más ni menos, que a su madre, pero llega el *Barítono de Argel* y le pone una moquetiza al malososo que hacía el desalojo, la película creo se llama *Retorno al quinto patio* y el Angelillo se la había aprendido de memoria y cada que la contaba la disfrutaba más.

La gente del Centro, fui comprobando al paso de los días, que sí es diferente a la de las colonias de la periferia, acá son más desconfiados, si te agarran de bajada se pasan de vivos, te alburean y se mueren de risa cuando saben que no les entiendes ni jota, pero también son compas cuando te has ganado su confianza, algo que por lo demás no es fácil.

La mañana del 19 de noviembre, muy temprano, antes de irme a la escuela, llegó Alfredo y me dice que en la madrugada hubo una explosión de gas en San Juanico.

—Allá por Tlalnepantla, por los cerros en la salida a Pachuca, donde están las gaseras, dicen que hay un montón de muertos, que hay que estar abusados por si algún compañero tiene parientes por allá, para echarle la mano.

Le dije que sí con la cabeza, en realidad no sabía qué decir. En el transcurso del día no se hablaba de otra cosa, los periódicos de la tarde informaban de cientos de muertos y que PEMEX era responsable.

Las noticias ya no seguían con la cantaleta del Rancho El Búfalo en Chihuahua, donde habían encontrado un plantío de marihuana del tamaño del estado y en el que trabajaban 4 mil jornaleros en condiciones de esclavitud. Tampoco siguieron los noticieros festejando la reelección de Ronald Reagan y descalificando el triunfo electoral del FSLN en Nicaragua, donde el gobierno gringo les impuso el bloqueo económico. La propagación del virus del SIDA dejó de ser preocupante, la noticia de San Juanico nos dejaba impactados, la televisión dedicaba horas de su programación a la tragedia, desde ese medio se llamó a la población a donar sangre en varios sitios de la ciudad, entre ellos el Zócalo, donde las filas eran interminables y reconocías a hombres y mujeres, muchos vecinos del Centro, comerciantes, empleados, burócratas, miles, solidarios todos.

La rutina de la escuela valía la pena soportarla por La Nena; desde que me dejó colgado de la brocha en aquella ida al cine que no se hizo, la amistad se enfrió. Ella me buscaba, me preguntaba sobre las clases, las tareas, los trabajos y yo haciéndome el que no tengo tiempo para atenderte. Alguna vez me preguntó si andaba

enojado con ella y casi hago erupción para decirle lo del cine de mediados de septiembre, pero terminé diciéndole que no, no estaba enojado con ella, que cómo crees... En las reuniones que habíamos llamado de estudio, ella participaba poco, se aburría, no decía nada, se mostraba a disgusto y en cuanto podía se iba. Las otras reuniones, las de la Comisión Popular y las del Movimiento Inquilinario, de veras que también quitaban tiempo y las posibilidades de ver más seguido a Helena se fueron reduciendo.

Antes de salir de vacaciones de fin de año la invité a las posadas de las vecindades del Centro, ella me dijo que no podía, ¡ah!, y que también en la Pensil se hacían. Aunque ninguno quería reconocerlo, sí estábamos enojados, éramos caprichosos como niños, negándonos a todo, ahora sí que castigándonos con el látigo de nuestro desprecio. El Poblano lo notaba y no cejaba en estar fastidiando:

—Ya compa, búsquese otra, ahora en navidad échate una de tequila con música de José Alfredo, yo que tú compa, me cortaba las venas con pan Bimbo.

—Pinche Poblano, si no fueras compañero te ponía una chinga —le dije una vez ya enfadado.

—¡Eh, pónsela a ella! ¿Le tienes miedo, no?

—Pues sí, tengo miedo de hacer algo que me haga perderla, mejor seguir así, haciéndome güey, ya vendrán otros tiempos. ¡Ay Poblano cabrón... no sé qué haría sin ti! —le contesté pasando mi brazo por su hombro mientras caminábamos rumbo a la salida del CCH.

Algo que no sabía es que los Tribunales suspenden actividades en fin de año, eso quiere decir que no hay órdenes de lanzamiento de ningún juez, o sea, legal-

mente no se publican en estrados los desalojos, lo cual no quiere decir que no haya. Después de la velada de la morenita del Tepeyac todo en México es pachanga, hasta la reunión de la Comisión Popular termina con brindis, abrazos y deseos de felices fiestas, y como cada inicio de año se convocaba al Pleno de la Comisión para el segundo sábado y domingo de enero de 1985; tampoco lo sabía. El Poblano y yo teníamos en el MLP apenas 9 meses, El Tito menos, como siete, me llamaba la atención eso del “Pleno”. Según El Rafa, el profe le había encargado que me avisara que para el Pleno prepara un documento sobre la situación del movimiento urbano popular y las tareas en la ciudad. Al principio pensé que era una broma del Rafa pero luego decidí buscar material e información para hacer lo que siempre se llama “el documento”.

Aproveché esos días para estar con La Jefa y el Emiliano en Xalpa, ponerme al corriente con la escuela y darle una estudiada a un montón de documentos que había venido consiguiendo sobre eso que llaman lo urbano, la ciudad y las metrópolis, el suelo urbano y la reserva territorial, los movimientos sociales y rollos así, y preparar el documento. En la cena de fin de año, La Jefa se compró una sidra y brindamos, nos dijo con toda razón y llena de entusiasmo: —¡Salud mis hijos, porque la vida se pasa rápido!

ACÁ LA GENTE DECIDE

El famoso Pleno era una reunión donde éramos los mismos y unos poquitos más, la diferencia es que duraba dos

días y se hacía coperacha para la comida. De los inquilinarios, como nos decían, estaba el Ángel, la maestra Lety y el Quiubolegüey, todos muy quietecitos y atentos. El orden del día era acá, más finolis: Análisis de la Situación Actual. Táctica y Estrategia del MLP. Acuerdos y Tareas. Plan de Acción y Asuntos Generales. Cuando se analizó la situación económica, el compañero que lo hizo puso un ejemplo, el salario mínimo para 1985 es de mil 60 pesos, un coche Volkswagen sedán nuevo cuesta 2 millones 242 mil pesos, es decir para comprar uno hay que trabajar dos mil 115 días sin gastar nada, o sea 5.8 años.

Yo me había esforzado en hacer el documento, nunca pude consultar al profe para que lo revisara como si fuera tarea de la escuela. Cuando se inició la presentación de documentos por Comisión, saqué el mío, lo volví a repasar y me preparé para leerlo, dije que la política de austeridad que imponía el gobierno se traducía en cobrar más caros los servicios y subir los impuestos, contener el crecimiento y anunciar el reordenamiento urbano, incremento de desalojos masivos con mayor violencia, facilitar el regreso de las concesiones del transporte público y fortalecer al PRI en la gestión de lo urbano para dar más legitimidad y control al gobierno en la ciudad, y que esa tendencia iba a continuar en los próximos años.

Traté de hacer un documento que propusiera puntos para el debate, cuando levantaba la cabeza para ver a los compas que con la cabeza decían que estaban de acuerdo con lo que yo leía, me sentía más seguro y seguía: la estrategia financiera del gobierno es gastar menos y recaudar más, por eso reducen el gasto social y

aumentan el predial, el agua, la luz y anuncian que aumentará el Metro y la Ruta 100. Por otra parte, no debemos olvidar que con el Programa de Desarrollo de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México se inició una política urbana que ahora se reafirma con el Programa de Reordenación Urbana y Recuperación Ecológica que anunciaron en septiembre. Según analistas —eso era así como para que dijeran ¡ah cabrón, sí sabe!— el reordenamiento urbano se basa en medidas legaloides y represivas con la intención de incorporar el suelo urbano al mercado inmobiliario.

Hablé de que el Programa Nacional de Vivienda no logró atender la gran demanda por vivienda y que el FONHAPO no era alternativa para la ciudad porque sus créditos para compra de suelo sólo financian hasta por un costo de 5 mil pesos metro cuadrado y que en la ciudad el metro cuadrado vale casi el doble que lo que presta FONHAPO, lo cual obliga a la gente a ahorrar y que con las actuales condiciones salariales esto último es poco menos que imposible. Además las listas de solicitantes son de miles y las soluciones para pocos.

Y sí, la situación está crítica. Las organizaciones de inquilinos han exigido una Ley Inquilinaria favorable a los arrendatarios, y el gobierno contesta con su mayoría priísta con reformas para agilizar los juicios de desahucio, y además de que hará reformas para acabar con las rentas congeladas, o sea tú demandas algo y te responden con lo contrario, como los empleados de los cines de COTSA que piden aumento salarial y el gobierno anuncia que mejor va a cerrarlos.

El documento abrió una buena discusión, hasta me felicitaron. En intervenciones de otros se mencionó el incremento de los desalojos en Iztapalapa, Tlalpan, Tláhuac, Gustavo A. Madero y Álvaro Obregón, en los que se involucraban más de 3 mil 500 familias, y cómo en colonias como Belvedere en el Ajusco Medio de Tlalpan y otras de Iztapalapa se resistían todavía los desalojos. También se informó que hace pocos días el DDF declaró que van a regularizar colonias del Ajusco y que ya no se autorizarán más asentamientos.

Toda la información y los análisis dejan un panorama desolador: los reclamos de justicia por la explosión en San Juanico son reprimidos, con el pretexto del narcotráfico se anuncia un Plan Nacional de Seguridad, la devaluación —que ahora se llama deslizamiento del peso— es diaria, se golpea fuerte a la Universidad-Pueblo en Guerrero, Carpizo llega a la rectoría de la UNAM con un discurso de excelencia académica y reformas que pone en alerta a la comunidad universitaria, hasta las operadoras de Teléfonos de México son golpeadas en su mismo lugar de trabajo por porros del gobierno.

La discusión es rica, los datos y las informaciones son muchos, *El Poblano* y yo nos hemos dedicado a tomar notas. El Quiubolegüey se me acerca para decirme que todo está chido güey pero se tiene que ir. La tarde del sábado llega Alfredo, para el domingo nos toca dar el informe del MIC, queremos presentar avances y logros pero son escasos, cuando pido la palabra trato de explicar por qué el movimiento de los solicitantes de vivienda es diferente a lo inquilinario, se provoca un debate a tal

punto que se propone que dejemos la lucha inquilinaria y que se concentren todos los compas en la atención a los solicitantes, les digo que no estoy de acuerdo porque la defensa de las viviendas es también una lucha popular pero tenemos más argumentos en contra: el Movimiento no crece, la gente resuelve su desahucio y no vuelve a la organización, el control del PRI es más fuerte en el Centro, las organizaciones inquilinarias son menores en cantidad que las Uniones de Colonos, etc.

El Pleno que me había entusiasmado, se volvió un fastidio. Hacía mis mejores esfuerzos por convencer de que lo inquilinario era un frente de lucha importante, algunos contestaban que políticamente no daba resultados y resultaba muy desgastante. Les decía que había gente que confiaba en nosotros y que no podíamos dejarlos sin apoyo, me respondían sin tener completa la información: —¿Por qué sólo están tú y Alfredo en el MLP, y la demás gente? Acepten que no hay más y mejor sumen a organizar más solicitantes.

Yo había cifrado expectativas de que nos iban a apoyar más compañeros, hasta pensé que La Nena se incorporaba al MIC y El Rafa y que tendríamos un local y un equipo más preparado para la asesoría legal y...

Sentí que lo hecho, poco o mucho, se iba a la basura. Les pedí, ya medio alterado, que si no iban a fortalecer al MIC tampoco lo destruyeran porque mucho ayuda el que no estorba, les dolió cuando dije que parecían del PRI porque también ellos quieren acabar con el MIC, alcé la voz para reclamarles que estuvieran presentes en el próximo desalojo y fueran solidarios con los pobres

inquilinos y para terminar mencioné que con MIC o sin MIC yo seguiría en la lucha con la gente del Centro, luego me salí del salón.

Oía la gritería y los llamados al orden, tras de mí salió el profe y Alfredo poco después, me pedían que regresara a la discusión y les contestaba que no, que no reconocía las críticas de compañeros que no tenían ninguna autoridad para descalificar tu trabajo y luego ellos llamaban a la disciplina y al compañerismo, pero volvimos al salón justo cuando vi al Poblano que levantaba la mano para pedir la palabra, le sonreí y me vio, dijo algo muy sencillo: —Aquí se ha dicho que la situación está muy grave para el pueblo de México, se ha dicho que cada vez hay más reclamos y críticas al gobierno, más organizaciones independientes y más manifestaciones de protesta, se dice que la gente está cansada y que debemos estar ahí, con ella, para organizarla y luchar por el cambio. Si estamos de acuerdo en eso, entonces no se puede pensar en que desaparezca el Movimiento Inquilinario del Centro, por una razón compañeros, el Movimiento es de la gente, la gente lo necesita y es la gente la que decide si sigue o ya no, eso no nos toca a nosotros. El único aplauso en todo el Pleno se lo ganó El Poblano.

Esa discusión nos reforzó el ánimo, quedaba claro que para la Comisión Popular no éramos la prioridad y eso nos obligaba a desarrollar más al Movimiento. Propuse que hiciéramos una publicación como un manual para la defensa legal en los juicios de arrendamiento, para explicar de manera sencilla qué era una jurisdicción positiva y cómo contestarla, qué era un contrato de

renta y que cláusulas debería contener, qué es el derecho del tanto y cosas así. Nos preparamos para una campaña en respeto a las rentas congeladas y a la expropiación de predios afectados por la falta de mantenimiento que los caseros tenían obligación de darles. Era tanta la actividad que sin descuidar la escuela y los ratos de chamba no quedaba tiempo para nada.

EL AMOR Y LA AMISTAD

La Nena cumple años justo el 14 de febrero, invitó a su casa a todos, al Rafa, al Poblano, al Tito que como siempre no llegó, y unos compas de la Comisión Estudiantil, entre ellos a un tal Mario, que según las malas lenguas era su novio. Nos recibió esplendorosa, sonriente, bella. Cumplía 18 años, nos dijo:

—¡Ya voy a votar este año!

—Pero no por el PRI ¿verdad? —le contestaron en medio de las risas de todos. Le llevé un ramo de rosas rojas que me había costado un ahorro de al menos 15 días, me quedó en las bolsas del pantalón sólo el boleto del Metro para regresar.

—Ay Francisco, qué bonitas rosas, muchas gracias —me dijo al recibirlas, y se cumplió el ritual del beso en la mejilla. Me presentó a sus padres, el señor era un maestro ya jubilado y la madre, también profesora, estaba por jubilarse también. Don José era el papá, sin apariencia de ser un viejo pese a lo blanco del cabello. Exclamó: —Claro hija, ya lo conocemos, además ella habla mucho de usted, muchacho.

—¡Oh!, no sabía señor...

—José, mi padre, me bautizó con este nombre porque tenía gran admiración por José Martí, usted sabe, el patriota y poeta cubano, ¿lo conoce, no?

—¡Ah!, sí señor, desde luego, el de La niña de Guatemala, la que canta Óscar Chávez, ¿no? —le contesté, y ante lo pobre de mi referencia me dijo:

—José Martí es mucho más que ese poema, es el padre de lo que hoy es la Revolución Socialista de Cuba, porque sin Martí no hubiera Fidel, eso tenlo por seguro.

Me sentí regañado, don José lo notó, me tomó del brazo y me invitó una cervecita, que desde luego estaba obligado a aceptar. Helena sonriente me encaminó hacia la sala de la casa y giró instrucciones:

—Ahí te lo encargo, si se le pasan las cucharadas y se pone hasta las chanclas, tú vas a ser el responsable papá, jajajaja. —Y su risa lo iluminaba todo.

La sorpresa es que Don José resultó ser un buen conversador, a lo mejor buscaba a alguien que le hiciera caso y como llegué primero ya no me soltó. Las Coronitas bien frías nunca faltaron.

—Es que acá en la colonia hay vecinos que trabajan en la Cervecería Modelo que está aquí cerca y pues les hacen rebaja en las cervecitas —se justificaba en cada ronda que servía La Nena.

El maestro, como le decían todos los que se acercaban a saludarlo, tenía una larga historia en las luchas magisteriales, contaba haber estado en las manifestaciones de solidaridad con Cuba cuando la invasión promovida por el gobierno gringo que él mencionaba de Bahía de Cochinos y que nosotros identificábamos como Playa Girón.

—Esas manifestaciones eran muy vigiladas por los agentes de Gobernación, tomaban fotografías de los participantes —decía sonriente y continuaba con su recuento de marchas de protesta. —Y también en apoyo a Vietnam, los maestros del Movimiento no éramos acarreados como ahora, nos manifestábamos contra las agresiones del imperialismo yanqui, algunos maestros eran del Partido Comunista, nosotros no, entonces había mucha represión. Pero... ¡salud, mi amigo Francisco! No se me atrase, ándele ¿ya se la acabó?

En su largo monólogo recorrimos las luchas democráticas de aquel entonces y de ahora, desde los peloteros de la Asociación Nacional de Beisbolistas que impulsaban su propia liga de béisbol profesional liderados por el *Abulón* Hernández, hasta la lucha del Sindicato de Actores Independientes. Decía:

—Sí, mira, el béisbol es un deporte de inteligencia, de estrategias, porque con un buen brazo en la loma todo lo demás lo hace el *manager*. A ver cuándo vamos a ver un partido, mi amigo Francisco, yo lo invito.

—Sí señor, cuándo usted diga —le contestaba. Y seguía:

—Porque mire, el que los beisbolistas y los artistas se rebelen contra las injusticias que sufren, es porque están pasando cosas que se deben apoyar por la gente.

No había manera de poner fin la plática con Don José. Yo con la mirada buscaba a Helena, quién recibía gente, regalos y repartía refrescos, sonrisas, botanas y abrazos; medio ocultos entre la gente descubrí al Rafa y El Poblano que me veían muertos de risa, Don José también los detectó y preguntó:

—Son compañeros de la escuela de Helenita, ¿verdad?

Le contesté que sí y que con su permiso iría por ellos. No les quedó más remedio que acercarse y saludar a Don José. El Rafa era el más extrovertido y preguntó a Don José:

—¿Y qué tanto le cuenta este muchacho profesor?

Y Don José respondió:

—Hombre, pues cuenta poco, más bien escucha y eso es lo más importante, pero siéntense, muchachos. Qué bueno que vinieron, ahorita les traen una cervecita eh, es que hay unos vecinos que trabajan ahí en la Modelo y les hacen descuento cuando ellos compran sus chelitas y pues se cooperaron para la fiestecita de Helena, además una no es ninguna, ¿o no? muchachos.

Pues sí, una no es ninguna, pero ya llevaba como ocho y poco acostumbrado a inflar vidrio, como decía mi hermano Emiliano, ya veía borroso, se me movía el piso, se me arrastraban las palabras, le pregunté al Poblano si estaba temblando y se rió. —Ya andas jarra, —me dijo.

Me levanté mareado y le pedí de favor a Don José si me facilitaba su baño, me tomó del brazo y me acompañó al segundo piso.

—A la mejor ese baño no está ocupado —me dijo, y subimos las escaleras como un par de borrachitos bien agarrados al pasamanos, pensaba que todo mundo nos estaría mirando con risa burlona.

Volvimos sanos y salvos, ya estaba la siguiente Coronita esperando con ese sudor frío que corría hasta el suelo.

—¡Ándele mi Francisco, échese otra! —me decía El Poblano con su sonrisota de oreja a oreja.

—Ya no quiero, ahí guárdamela, le respondía y él con la cerveza en la mano y mirada de diablo chantajeaba:

—A poco vas a dejar mal al profesor José, si él te la ofrece con todo afecto, no lo ofendas así amigo —y me la acercaba a la boca para que yo tomara. —Ándele un traguito nomás.

Tomé la botella, la puse en los labios y fingí que tomaba. Cuando Don José se había sentado aproveché para preguntarle e involucrar a los otros dos en la plática —¿Y por quién va a votar ahora en las elecciones, Don José?

El maestro, al que ya veía con los ojos vidriosos me contestó contundente:

—¡Por los comunistas!

Y volvió al monólogo:

—La cosa es que con el PMT ya son tres, o sea el PSUM, el PRT y ahora el partido éste de Heberto Castillo. ¿Por qué no se unen? Porque los tres partidos si son marxistas y de izquierda y siguen la doctrina leninista saben que los proletarios deben unirse para luchar contra los explotadores. ¿O qué, muchachos, a ustedes no les enseñan eso en la escuela?

La intención dio resultado ya que la plática no era sólo conmigo y dejarlos con el maestro.

—¡Órale, ahí les hablan!

Busqué al Helena.

—¿Qué pasó, ya te aburrió mi papá?

—No, no, ahí está con los muchachos, sólo quería...

—¿Quieres comer? Vente a la cocina, mi mamá hizo un chicharrón en salsa verde que mmm —me respondió y aunque un taco no caía nada mal intenté decirle que

quería verla al día siguiente pero me cerraba toda posibilidad. Tomó un plato y sirvió de aquella cazuela de barro llena de chicharrón que en verdad estaba delicioso. En una servilleta me dio algunas tortillas calientes y me dijo:

—Ahorita vengo, te voy a traer otra cerveza y si quieres más sírvete, ándale sin vergüenza, jajaja.

La esperé paciente y quietecito, me dio la cerveza y una sonrisa. Le dije:

—Ya sabes que me voy a hacer artista, de veras, en serio, en la vecindad están haciendo una película que se llama *El Rey de la vecindad*, con el Héctor Suárez.

—¡Ah sí!, ¿y tú de qué vas a salir? preguntó.

—No, pos de galán, rodeado de puras bellezas. ¿Conoces a Susana Kamini?, por ejemplo. Ya que sea famoso te voy a dar mi autógrafo.

—¡Ay Francisco, cómo te inventas cosas!

—¡Oh, de veras! Bueno, cuando la estrenen te voy a llevar, ¿sale? —me comprometí, y ella tirándome a loco.

—Se te subieron las cheves...

Una vez repuesto, con la panza llena y sin los efectos de la cebada, volví con el profesor, que seguía su conversación con unos muchachos que se notaban a todas luces aburridos.

—¡Ah, qué bueno que volvió amigo Francisco!, sus amigos son muy calladitos ¿eh?, pero pase, siéntese, con usted sí se puede platicar. Fíjese que les contaba que ahora el PRI-Gobierno con el pretexto de los narcotraficantes anunció un Plan Nacional de Seguridad para seguir reprimiendo a su gusto las protestas populares, ¿o no es para eso mi amigo Francisco? —Y vuelta a empezar.

—Sí profesor, ya ve cómo golpearon a las telefonistas unos porros de la empresa y cómo siguen reprimiendo a los afectados por la explosión de San Juanico y a los de la Universidad de Guerrero —le respondía. En algún momento les dije al Rafa y al Poblano que ya nos fuéramos e inmediatamente, con su característica diplomacia El Poblano se puso de pie y soltó un sonoro:

—Muchas gracias profesor, nos tenemos que retirar, vamos al Metro y eso queda todavía lejos, muchas gracias por todo.

—Pero ¿qué prisa llevan? el Metro San Joaquín ya sirve y está aquí a unas cuadras, échense otra cervecita —nos contestó. Y le echamos montón.

—No profesor, muchas gracias y muchas gracias y nos despide de la maestra y de Helena —decíamos mientras nos escurríamos buscando la puerta. En la casa ya estaba el bailongo, ahí estaba La Nena abrazada del que decían que era su novio, un tal Mario. Me vio de reojo y apresuré la salida. Oí voces de ¡Francisco espérate! y los chiflidos de El Rafa llamándome. No quería voltear, no quería verla en los brazos del cuate ése, caminé más rápido y sentía que tras de mí venía El Poblano, sabía que no me iba a dejar solo y menos en la Pensil, ya oscureciendo.

UN CHAMACO CONSENTIDO DE MAMÁ

En el Metro Allende dejé al Poblano, con su sonrisota me despidió recomendándome ponerme una borrachera pero de a de veras, no unas pinches cervecitas sino un litro de Sauza Hornitos pa' que de veras sangre la herida.

Yo sonreía y con la cabeza asentía aprobando las buenas intenciones del *Poblano*. En los pasillos a la salida del Metro y en las calles todo estaba inundado con globos de corazones rojos rotulados con frases: Love, Te quiero, y así, ramilletes de rosas rojas envueltas en papel celofán con su listoncito también rojo; cajas de chocolates ilustradas con corazoncitos y las letanías: —¡Ándele joven!, para la novia, para la esposa, para la amiga, bara bara...

En la tiniebla del cuarto de Leandro Valle, sentado en el colchón que había comprado y recargado en la pared, pagando los efectos de la cruda cervecera, no se me quitaba de la cabeza ver a La Nena con el Mario, abrazados, bailando, sonrientes y yo echando rollos con el papá. ¿Para eso me invitó? ¿Por qué no me había dicho nada del cuate ése? Decidió que era mejor que los viera de novios a que me lo dijera, total si ya aceptó al cuate ése pos ya ni modo, además nunca le dije nada, ni una declaración, ni un me gustas. Terminé dándole la razón al Poblano: al que no habla, Dios no lo oye. Pues sí, ni modo. Mejor a chambearle más duro en la imprenta, aprender más de eso del movimiento urbano e inquilinario, darle más duro a la escuela, no faltar a las reuniones, al cabo que con La Nena ya no se hizo.

A llegar a la siguiente reunión de la Comisión Popular, el profe Gumaro me saludó con un ¡Qué milagro! A veces no te das cuenta pero si tú los extrañas, ellos también. Cuanto intenté responderle, el profe cortó por lo sano:

—No hay pretextos compañero, no has venido a las reuniones y las cosas no se detienen, avanzan contigo o sin ti, así es esto.

Y uno sabe que no valía nada, ni una disculpa, si querías corregir las cosas lo mejor era no volver a faltar y para que más te extrañaran aportarle al debate, a las propuestas y cumplir acuerdos, así nomás.

En el Orden del Día, el punto 3, el análisis de la situación actual, resaltaba que al incrementarse el número de pobres en el país, aumentaba proporcionalmente el déficit de vivienda; que los planes oficiales lo único que logran es alejar más a las familias pobres de la solución al problema porque los créditos para vivienda de interés social, además de insuficientes están controlados políticamente por los diputados y delegados del PRI, o sea, si la gente quiere una vivienda está casi obligada a buscar a su diputado para que la recomiende a los organismos públicos de vivienda y si esta gente consigue la vivienda quedará eternamente agradecida con su diputado o delegado o líder priista pues, así está la cosa. Mis intervenciones eran escuchadas, ponerse a discutir con el profe o los de la Comisión Política te ganaba reconocimiento. En esto de la situación actual se mencionaba, sin mucho interés de la mayoría, el asunto de la contaminación ambiental.

Porque cualquier otro tema que no fuera vivienda o suelo, se despreciaba porque eso no era movimiento urbano popular y de inmediato se polarizaban las posiciones.

—Es que eso no le importa a la gente, no es prioridad para los compañeros, si les mencionamos que la inversión térmica y el deterioro ambiental la gente no pone atención, no vale la pena.

Y otros: —La cuestión ecologista o ambientalista va dirigida a otro sector social, no necesariamente a los so-

licitantes de vivienda, que también son grupos urbanos, como los ambulantes o los que venden cosas en los cruces, ¿o no? No compañeros, el MUP es eso y mucho más. No pensemos como en la CONAMUP que el MUP son los colonos, inquilinos y solicitantes y si alguien no es de estos grupos urbanos entonces no es del MUP.

Y luego, cómo acabar la propuesta y dónde se discute.

—Pues hagamos un documento para el Encuentro Nacional de la CONAMUP, que va a ser en Zacatecas, para que asuntos como los derechos humanos, el medio ambiente, la cultura, eso que llaman empleo informal y otros, sean tema de reflexión e incorporación a las demandas urbanas.

—Pero no nos van a hacer caso.

—Bueno, eso es otro boleto, pero hay que pelear el tema.

Cuando la discusión subía de tono, la palabra se arrebatava, la Mesa que moderaba la reunión era rebasada, se alzaba la voz hasta el grito, se enardecían las pasiones y las posiciones y al final con sonrisas se aplaudían los acuerdos.

Aunque de menor nivel, las reuniones semanales del Movimiento Inquilinario se mantenían y cada vez con una asistencia mayor, no mucho pero sí ya éramos como dieciocho. La asesoría jurídica seguía siendo el punto importante.

—Oiga compañero, me llegó un documento del casero en el que me da 30 días para desocupar la casa, me dicen que si no hay juicio no lo puede hacer, el desalojo digo, pero ¿de qué se trata?, ¿cómo la ve?

A principios de cada año estos casos se incrementan. Y sin ser abogado hay que saber diferenciar la prescripción positiva de la jurisdicción voluntaria y como médico hacer el diagnóstico: ¿hay contrato de arrendamiento?, ¿es usted el titular del contrato?, ¿quién le rentó?, ¿cuántos años lleva viviendo ahí? Y luego dar la recomendación, si ya está iniciado el juicio de desahucio, dónde ver el expediente o pedir un defensor de oficio, ¿un defensor de qué? son unos coyotes que siempre pierden los juicios, a veces se haya uno que valga la pena y luche por la gente, pero, bueno...

Casi siempre la receta dice: prepararse para el desalojo, póngase en contacto con vecinos y conocidos cercanos para resistir el lanzamiento, vamos a informar a las vecinos del Centro y de otras colonias como la Guerrero que se reúnen en la calle de Sol o los de la Morelos que están por el Metro, para que nos echen una mano si hace falta, cómprese unos cohetones con chiflido y téngalos a la mano, si le llega algún aviso comuníquese de volada con nosotros, no tenga dinero ni cosas de valor en la casa, los cargadores jalan con todo y no respetan. Digamos que de diez que llegan con este problema, seis no vuelven, empaican sus cosas y se van sin pelear. Cuando se trata de luchar y defender las viviendas hay gente que prefiere “evitarse problemas” y dejar las viviendas por decisión voluntaria, ¿será que somos unos eternos perdedores?, ¿será que aunque luchemos de todos modos vamos a perder?

Casi al mes me encontré con La Nena en la escuela, me andaba buscando para recordarme que Don José

me había invitado al béisbol y que le dijera cuándo para comprar los boletos. Le contesté que me disculpara pero que andaba con muchas tareas encima y no sabía para cuándo tendría tiempo, lo hice con cierto desprecio esperando que ella lo notara y se distanciara de mí. Le dije que llamaría a su papá por teléfono esa noche para decírselo yo mismo, me di la vuelta y me alejé. Como cuando salí de su casa en su cumpleaños, me encaminé a grandes pasos pensando como aquel pasaje de la Biblia en que si volteaba me iba a convertir en estatua de sal.

Creí que comportarme de esa manera con ella nos iba a distanciar por algún tiempo, pero no fue así. La Comisión Política del MLP convocó a un Pleno para definir las acciones del próximo 1º de mayo. Se acordó crear brigadas de 3 o 4 compas para volantear los contingentes charros, cada brigada con mil volantes. Éstos se recogerían en el local del MLP el mero día que era miércoles, desde las 8 de la mañana. Cuando se acabaran los volantes nos sumaríamos a la marcha independiente que venía del Ángel al Zócalo, al final nos veríamos todos entre las 3 y las 4 de la tarde en “el Martí”, de La Alameda. Y las recomendaciones de siempre: si apañan a alguien reportarlo inmediatamente con fulano y mengano a los teléfonos tal y tal, ellos estarían en contacto con los diputados del PRT para cualquier detención o compañeros que no se reportaran al lugar de reunión.

En un papel se anotaban los integrantes de cada brigada: nombre, domicilio, teléfono o a quién avisar en caso de... En eso estábamos El Rafa, El Poblano, El Tito y yo cuando La Nena pidió que la anotáramos en nues-

tra brigada. Cuando vio que hice cara de “no estoy de acuerdo” ella se dirigió a mí, de frente y sin rodeos:

—¿No quieres que esté con ustedes?, ¡dímelo, pero no me hagas esa cara!

Todos voltearon a vernos. El Poblano sonreía y miraba al Rafa como diciendo “ya se armó la bronca”, y empezaron las burlas de los demás, las voces chillonas y anónimas: ¡dímelo xalpeño!, ¡pinches machos mexicanos!, ¡no me hagas esa cara, hazme otra!, y las risotadas. A La Nena se le llenaron los ojos de lágrimas y salió del local del MLP y yo ahí, en medio del relajo, con la mirada en el suelo, sin saber qué hacer. Se acercó el profe, me puso la mano en el hombro, alcé la vista para ver quién era y me dijo: —Ve a hablar con ella, arregla esto.

La alcancé a media cuadra, le decía mientras caminábamos que estaba bien que estuviera en la brigada con nosotros, que no tenía por qué enojarse, que me disculpara si había hecho algo que la molestara, que regresáramos porque el profe quería vernos. Se detuvo en seco y con el gesto duro preguntó:

—Te mandó el profe, ¿no? ¡Ni siquiera tuviste el gesto de venir porque tú lo decidiste... que lástima me das... lidercito! —Y se desahogó:

—Mira cabrón, Mario no es mi novio, ni me gusta ni lo quiero, aunque él me pretenda; y tú con tus desdenes de machito mexicano y tus berrinchitos de niño lo único que consigues es hacerte daño a ti mismo, o ¿qué quieres? eh, ¡qué quieres! quedar bien con tus compañeros.

Estaba furiosa, la frente en alto, la mirada directa, fría, las palabras precisas, los puños cerrados, el ceño fruncido, los labios temblorosos.

—Oye Nena, escúchame por favor, le rogaba.

Y ella firme, altiva, valerosa, como diciendo un discurso largamente ensayado:

—Te consideraba un buen amigo y una buena persona, pero sigues siendo un chamaco chipil, consentido de mamá, que se cree lo que no es. Ahora me doy cuenta de que estaba equivocada, sólo piensas en ti...

—¡Helena por favor, déjate de chingaderas! —le contesté con un grito que se fue ahogando.

—¡Ya ves!, la que dice chingaderas soy yo, tú no, tú eres perfecto, todo lo haces bien, siempre tienes la razón, los demás estamos siempre equivocados, ¿no? Vale más que te vayas.

Traté de calmarme, la miré y me imaginé verla con ojos de perro regañado.

—Sólo una cosa, por favor escucha, no llores, sólo una cosa y me voy... Te amo Helena, con todo mi corazón.

Y me alejé como venía haciéndolo, a grandes pasos, sin mirar atrás y con una sonrisa que sentía inmensa, como de luna en cuarto creciente.

...CÓRRELEEE

La primavera llegó con todo el calor posible, los titulares de los periódicos, principalmente los de la tarde, que eran los que más veía, no dejaban de mencionar a Caro Quintero y a Don Neto, los narcotraficantes más famosos coludidos con los altos mandos de la Dirección Federal de Seguridad. El 10 de abril alentaba la lucha popular al reunir en el Zócalo a más de 30 mil campesinos

conmemorando el asesinato de Emiliano Zapata, con su repudio al PRI y a la Secretaría de la Reforma Agraria.

Todo mundo se prepara para el 1º de mayo. El sindicalismo oficial exige que no se permita el ingreso al Zócalo a los que llama “colados”. Las manifestaciones independientes anuncian que se unificarán para entrar al Zócalo, en las paredes se pegan carteles llamando al pueblo a participar en las marchas de los trabajadores, a nadie le importa que haya campañas electorales. Sigue el escándalo de los contubernios de gobernadores como un tal Sánchez Celis de Sinaloa con el narcotraficante Miguel Félix Gallardo, el calor arrecia, se antoja en estos saloneos una rubia Superior, aunque sea bien muerta, como dicen los impresores de Santo Domingo. En el MLP me dieron como 200 carteles para pegar en el Centro. Con el Ángel y el Quiubolegüey una semana antes salimos en la noche con los botes de engrudo y las brochas a la pega; cuando el Quiubolegüey se dio cuenta que respetaba los carteles de los toquines y los bailes me reclamó: —No carnal, parejo, esos güeyes tampoco respetan, yo también “chambié” pegando estos papeles por eso te lo digo. Al tercer día ya no veía ninguno de los nuestros; le dije al Quiubolegüey: —¿Ya ves? —Y contesta: —Así es esto, “tráite” más papeles y les tapamos los suyos.

El día 1º cayó en miércoles, de la vecindad de Leandro Valle al local del MLP había un largo trecho, más ahora que todo está lleno de policías. Había que dar un rodeo por la Alameda y salir a Bucareli, no había transporte, las estaciones del Metro cerradas. El caminar me sirvió para darle vueltas a lo que traía desde hace rato

en la cabeza, ojalá que La Nena no vaya a venir. Las noticias de posibles enfrentamientos replicaban por todos los medios desde hace días, el escenario en San Juan de Letrán, Bellas Artes, avenida Juárez, la Alameda y sus alrededores es pura tiranía, pura tira, pura policía pues.

En el MLP ya El Poblano y El Tito apartaban nuestros volantes dirigidos a los trabajadores de México, junto a él La Nena susurró un tímido “buenos días”. Pensé que era dirigido a mí y respondí con un “buenas”. El Poblano no tenía la menor intención de ocultar su sonrisa de tamaño sandía, aquella situación lo divertía. El Tito era más reservado. Alguien de la Comisión Política nos preguntó que quién faltaba y La Nena y yo respondimos juntos: El Rafa. El Poblano de plano no aguantó y soltó la carcajada. No estaba cómodo, por lo que había visto la cosa se iba a poner violenta y me sentía obligado a cuidarla a ella si se soltaba la represión; claro, sin decírselo. Lueguito llegó El Rafa presuroso a decirnos que aquello estaba lleno de granaderos. Nos asignaron a Fray Servando y Pino Suárez porque allí se desintegraban los contingentes de los charros después de desfilar pero no era cierto, todo el Centro era un hormiguero.

No cruzamos palabra, durante todo el trayecto por Niño Perdido y Diagonal 20 de Noviembre fuimos encontrando trabajadores que se retiraban, sudorosos, con sus cachuchas de cartón y sus camisetas del sindicato. La Nena era un prodigio repartiendo volantes, una muchachita a la que nadie se atrevía a rechazárselos, además les decía que se sacudieran a sus líderes charros y lanzaba “muera” a la CTM y los trabajadores se lo festejaban.

Los volantes no duraron nada, ni siquiera alcanzamos a llegar a Pino Suárez. Regresamos a la altura de Salto del Agua y a lo lejos se veían las nubes de los gases lacrimógenos, las vallas de granaderos no permitían el paso, intentamos por Luis Moya y cuando cruzábamos Ayuntamiento La Nena me jaló del brazo y ordenó: —¡Correee... correee! ¡Son los de la Ciudadela! los agentes que nos apañaron, los vi en el mismo carro... córreleee... Y corrí como loco, la tomé de la mano y corrimos, la gente nos veía sorprendida, El Poblano corría tras nosotros y volteaba a ver si nos seguían, ahí perdimos al Rafa y al Tito. Nos detuvimos en la marquesina del cine Ciudadela; recuperando el aliento me preguntó si la invitaba al cine.

—¿Aquí?

—Sí.

—No nos dejan entrar, es para adultos.

—Yo ya cumplí 18.

—Pero yo no.

Estábamos hablando otra vez, no nos habíamos soltado de la mano, la abracé y le dije al oído: —Gracias por salvarme.

Buscamos infructuosamente al Rafa y al Tito, todos pensamos en que se habían ido al local MLP donde había que reportarse “sin novedad”. —Éramos los únicos que no teníamos una historia que contar de enfrentamientos con la policía. Llegó El Rafa y nos preguntó dónde nos habíamos metido, El Poblano le dijo que corrimos y todos los que estaban ahí estallaron en risotadas. —¡Ah, conque corrieron eh!

La Nena intentó aclarar pero era imposible, éramos la burla de todos. El Tito se siguió hasta avenida Juárez,

donde estaban duros los trancazos con los granaderos. Por la radio se mencionaba de heridos y detenidos, yo y La Nena salimos a hablar por teléfono. Mi mamá se quedó preocupada. Un par de horas después cuando supimos que no había detenidos del MLP salimos del local. Ni El Rafa ni El Poblano estaban, se habían ido con El Tito a Bellas Artes, donde seguían las batallas. Llevé a su casa a La Nena, sus papás la esperaban en la calle. Me despedí con la mayor de las cortesías, Don José se ofreció a encaminarme al Metro y entró a su casa por su sombrero. Helena me besó en la mejilla, me dijo cuídate, nos vemos mañana, gracias por traerme, descansa y quién sabe cuántas cosas más. Yo no dije nada, sólo sonreía como un tonto feliz.

Todavía no se apagaban las brasas del 1º de mayo cuando desde la torre de Rectoría de la UNAM se anunciaban tempestades. Jorge Carpizo, el rector, declara que habrá alza de colegiaturas en la Universidad, dice que es como una cooperación por la crisis financiera en la que se encuentra la Máxima casa de estudios. En el CCH la noticia sacudió fuerte y de inmediato se convocó a reuniones y luego a salonear, en esos primeros momentos se apostaba a que detrás del anuncio de aumento a las colegiaturas venía toda la ofensiva para alejar a la Universidad del alcance popular y llevarla a niveles de privilegio.

Nos faltaba un año para terminar. De los cinco el más retrasado era El Rafa, algunos debíamos una o dos materias, La Nena ninguna, El Poblano y yo como tres o cuatro, El Tito igual como cuatro y El Rafa como seis o siete. Le decíamos que se apurara, que no había que

desperdiciar el pase automático, pero al Rafa como dice La Jefa, le entraba por un oído y le salía por el otro. El Poblano quiere ser ingeniero, está pensando en su gente, quiere volver a Puebla y ayudarles, quiere hacer caminos y construir escuelas, clínicas. Yo le decía: —Pero en tu casa te quieren abogado, cabrón. Y él respondía: —No, yo quiero ser derecho pero no de carrera. El Rafa no tiene trazas, pocas veces hemos platicado de lo que quiere ser, no dice mucho. El Tito quiere estudiar Ciencias Políticas, tan calladito que se ve. La Nena va a ser arquitecta, no tengo duda. La vez del cumpleaños de La Nena, Don José, el papá, me preguntó qué quería ser y le dije que ya era abogado. —Ahí ando en los juicios de desahucio y si la justicia existe pos hay que hacerla valer ¿no?

Cada quince días voy a la colonia, un sábado o domingo, a ver a La Jefa y al Emiliano, doy mi reporte de que todo va bien en la escuela —lo cual además es cierto— y también en la imprenta. No me pagan mucho pero tengo cuarto de la vecindad, no pago renta y lo que sale es para pasajes y comidas. Ellos me dan poco pero para algo alcanza. En realidad el mejor reporte es que te vean, que estás bien, que no andas tan fregado. Al Emiliano le encanta picarme la cresta cuando discutimos que si las elecciones, que los partidos políticos, que el gobierno corrupto; me da la impresión que le dice a La Jefa que ando participando en grupos políticos y lo quiere hacer evidente delante de ella, la bronca es que yo caigo redondo en la trampa.

Uno de esos domingos de mayo, el Emiliano me recibió con la noticia: 8 muertos en el estadio de CU y

más de 50 heridos. Murieron aplastados al querer dar portazo en la final del campeonato de futbol. Días antes El Rafa me había invitado:

—Órale mi Xalpeño hay que apoyar a los Pumas.

—Pero ya no hay boletos mi buen, ¿a qué vamos?

—Dicen que nos van a dejar entrar, ni modo que el América vaya y nos gane la copa en nuestra casa...

Estuve inquieto, se me notaba. Cuándo La Jefa me vio se quitó la preocupación de encima y dio gracias a Dios.

Fui a la siguiente reunión de la Comisión Popular más con la intención de ver al Rafa que de participar; y sí, allí estaba echando relajo, como siempre. Me dijo que había ido al estadio pero al ver el desmadre y el montón de raza afuera mejor se fue a su casa. En esa reunión de la Popular se acordó asistir al VI Encuentro Nacional de la CONAMUP que se haría en Zacatecas, me propusieron como delegado y les dije que no, que no tenía dinero. El profe aclaró que para el transporte y las comidas nos iban a dar un apoyo y que a la mejor salía del DF un camión en el que irían varias organizaciones. En realidad yo sí quería ir, trataría de convencer a La Nena para que fuéramos con los demás. Dije en la reunión que al día siguiente confirmaba y me llovieron críticas. "Se hace del rogar, se pone sus moños, se siente muy acá", y linduras así.

La Nena dijo que sí. Y *ai'* voy a decir que sí, que la compañera Helena también se propone. Dijeron que sí, que no había problemas, que ya estaban reservados los 4 lugares en el camión. Luego La Nena se disculpó, no podía ir. La Comisión Política había hecho el documento del MLP, teníamos la tarea de difundirlo en todo

el Encuentro. Además de no compartir la posición del MLP, la ausencia de La Nena y el par de compañeros mudos con que hacíamos la “delegación”, sin La Nena, el Encuentro se me hizo eterno, aburrido, contradictorio, desabrido, me imaginaba al Poblano con su risa burlona dictando sentencia: —Por querer pasarse de rosca queriendo llevar a La Nena, te castigó Dios.

Cuando volvimos a la reunión de la Comisión Popular a dar el informe del Encuentro y de nuestra participación, quedó claro que no nos iban a mandar como delegados a ninguna otra parte, aunque fuera la Regional de la CONAMUP del Valle de México, porque les dije eso mismo.

—El Encuentro, compañeros, resultó contradictorio porque quieren ampliar a la CONAMUP pero los requisitos para ingresar son muchos y muy burocráticos, discutían más de leche CONASUPO y tortibonos que de la lucha por suelo y vivienda.

—¿Y leyeron el documento del MLP en la plenaria o alguna mesa de trabajo? —preguntó el profe.

—No Profe, no se leyó, contestó uno de mis compañeros y acompañante.

Y los exigentes compañeros reclamaron a coro:

—¿Entonces a qué fueron? Mejor no hubieran ido —y cosas así. Ganas de mandarlos a... Zacatecas, no me faltaban.

El verano llegó con fuertes lluvias. El PRI ganó la mayoría de las curules en San Lázaro, la oposición electoral denuncia fraude, robo de urnas, falsificación del padrón electoral, relleno de urnas y cosas así. Después

de las elecciones se devalúa el peso, la economía cruje, se abarata el petróleo, la banca nacionalizada no tiene recursos, se recorta el gasto social. El gobierno se hace harakiri, desaparecen subsecretarías, direcciones generales; 100 mil burócratas despedidos, en el DF 40 mil a la calle. Desaparece la Dirección Federal de Seguridad.

Terminamos el semestre, ahora todos, hasta La Nena, debemos materias.

LAS VICTORIAS QUE VIENEN

Los solicitantes de vivienda del MLP habían constituido la Unión de Solicitantes por una Vivienda Digna. Aunque yo seguía en el Centro con lo inquilinario, algunos de los compañeros de la Unión me reconocían y reclamaban porque ya no estaba cercano a ellos. Yo buscaba, no pretextos, pero sí algo que convenciera.

—Aquí seguimos compañeros, en la lucha, ahora en las vecindades del Centro, pero acá andamos.

Cuando la Unión de Solicitantes consiguió su primer crédito de FONHAPO para comprar un predio en Tláhuac para 80 viviendas, hicieron un pachangón para celebrarlo. Recordamos en los discursos que hacía ya casi un año nos habían desalojado de aquel terreno del Ajusco. Cuando me tocó hablar, tuve la poca sensibilidad de pedir: —Levanten la mano los compañeros que estuvieron en la toma del predio. Pocas manos se alzaron, acaso unas diez, pensé que había metido la pata y traté de remediar el asunto levantando mi vaso de cerveza e invitando a los presentes a brindar por la lucha y las victorias que se conseguían y las que falta por conseguir.

El Poblano no me la perdonó. —¡Ah, que güey eres Francisco!, ¿pa' qué preguntas? Pregúntame a mí.

Traté de justificarme. —Es que si estos compañeros no se la jugaron en el Ajusco al menos deberían conocer esa experiencia y valorar lo que significó, bueno para nosotros y los pocos que aquí siguen.

No lo convencí, me miraba con esa sonrisa contagiosa y no tuve más remedio que mandarlo a la chingada, pero así, de cuates, de hermanos.

Al CCH lo identificábamos mejor como plantel Oriente o simplemente el Oriente, y allí todo era ebullición. Desde la Rectoría de la UNAM se declara la guerra a la educación gratuita, el rector Carpizo condena a los grupos que se oponen al aumento de cuotas y se seduce a sí mismo con el discurso de la dedicación al estudio, de la superación personal y académica y del compromiso social con la Universidad y el país. En respuesta, en los salones, en los auditorios, en las explanadas, en las oficinas, en las cafeterías y en todos los rincones de las instalaciones universitarias se discute, se hacen planes, se responde que es hora de defender la Universidad de los proyectos tecnocráticos que buscan hacer de la educación superior el privilegio de unos cuantos.

Por donde quiera se encuentra uno asambleas de maestros, de trabajadores, de estudiantes, de grupos políticos, etc. En algunas están los asistentes sentados, los oradores disponen de micrófono, todo en orden. En otras, de pie, a gritos, arrebatándose la palabra, nadie respeta la Mesa de los Debates. Pero en ninguna de estas hay palabras de apoyo al rector, en todas se habla del

volante, del paro de actividades, de la manifestación, de tomar la rectoría, de impedir que sesione el Consejo General Universitario para que no sigan tomando acuerdos que golpeen más a la Universidad y cosas así.

Aquel ambiente levantaba el ánimo. La Comisión Estudiantil del MLP convocó al enésimo Pleno; acudí con la intención de ver a La Nena. Allí estaba, con el viejo morral bordado lleno de volantes. Me recibió con un:

—Vaya, hasta que te dejas ver, ¡qué aire te empuja para acá!

Le contesté:

—Estoy en una cruzada para salvar la ciudad.

Ella no aguantó la risa y entre carcajadas reclamó:

—¡Ay sí!, ¿andas con el Regente rescatando la ciudad para sacarla de la anarquía?

Y yo, todo seriedad y cordura respondía que estaba salvando a la ciudad pero del gobierno, le dije que sólo me faltaba un auto increíble como el de la serie de televisión que estaba de moda. Y ella:

—¡Ay sí!, y la navaja de MacGyver ¿no?

Aquella tarde de finales de agosto cayó, primero, una feroz granizada y luego un diluvio; el Pleno de la Comisión Estudiantil terminó, literalmente, haciendo agua. Cuando vimos que se calmaba la lluvia le dije a *La Nena* que nos fuéramos, que le invitaba un café, que quería hablar con ella. Salimos del local del MLP saltando charcos, protegiéndonos de las últimas gotas de lluvia, dejándonos llevar por la marea humana de usuarios del Metro que te arrastra sin oponer resistencia por los andenes, te engulle y te expulsa de los vagones a su libre

arbitrio y juntos, abrazados para que no nos pase lo que a Rockdrigo en la estación de Balderas, y hablarle al oído y disfrutar su risa y en el apretujadero besar, obligadamente, su pelo esperando una reacción que me hiciera alejarme un poquito de ella porque ella así lo prefería, pero que no había tal.

En un santiamén estábamos en Tacuba.

—¿Y mi café? —preguntó. Y yo haciéndome güey, pues con qué, preguntando:

—¿Conoces algún lugar por aquí? —sabiendo que a esa altura de la calzada México Tacuba está lleno de cafés de chinos.

—Por aquí no —decía ella haciéndose cómplice del juego—, a la mejor por el Metro San Joaquín, pero ya es tarde, no creo que haya nada abierto, pero me la debes.

—Si quieres, el domingo, es día primero y ya ves, que el Informe Presidencial y de seguro en la imprenta no van a trabajar —le contesté buscando una salida a mi apuro de andar con los bolsillos vacíos.

—Pero es domingo Francisco, cómo van a trabajar en la imprenta —respondió incrédula.

—De veras, ahí trabajan porque hay trabajo, el día que sea y nadie se fija, nadie reclama.

—¿Y cómo sabes que el domingo no va a haber trabajo? —preguntó.

—Ah porque voy a verte y si puedo detengo el tiempo, sólo para verte.

—¡Ah, se me había olvidado!, —dijo con la sonrisa seductora, —si eres MacGyver o el auto increíble y ahora hasta Superman o todos juntos ¿no? Bueno mañana me llamas y nos ponemos de acuerdo ¿sí?

—Sí.

Se despidió con un beso en la mejilla, pensé que nunca habíamos estado tan cerca y bastó un ligero movimiento para besarla, ligeramente, apenas rozar sus labios con los míos, con los ojos cerrados. Me miró seria, tal vez quisimos sonreír pero no se dio, con su mano derecha simuló la bocina del teléfono y me dijo con un susurro:

—Lláname, mañana ¿okei?

En todas estas horas había perdido totalmente la dimensión de la lluvia, sabía que al cuarto en Leandro Valle se le metía el agua pero ni siquiera me imaginé el tamaño del desastre que había en toda la vecindad. Cuando llegué aquello parecía un naufragio, de entrada los pasillos estaban inundados, unos vecinos luchaban con los registros de la tubería abiertos para desazolvar metiendo una varilla y empujándola entre todos. Por todos lados había cosas tendidas para secarse, ropa, libros, zapatos, sombreros, de todo. Los muebles calzados con tabiques obstruían el paso, las vecinas que sacaban a exprimir primero y luego a escurrir todo lo mojado, con escobas niños y viejos arrastraban el agua hacia la calle.

—¿Cómo ve compañero? a los de la planta baja se nos metió el agua, se tapó el drenaje, y salía agua por todos pinches lados, capaz que si abro el ropero también avienta agua; ya está bajando pero se puso duro; cada año nos pasa pero ora sí estuvo más fuerte —me decía la vecina de la entrada, a quien no le disgustaba que la reconocieran como La Portera porque tenía su vivienda con salida a la calle y siempre estaba al pendiente de quién entraba y quién salía.

A los del primer piso, que era mi caso, no les había afectado tanto la tromba, como la llamaron los periódicos. Pero cuando abrí la puerta y me di cuenta que no me había asegurado de cerrar la ventana y la encontré abierta de par en par y vi el reguero de papeles mojados en el piso, documentos, volantes, cuadernos de la escuela y hasta el pobre colchón que me había comprado estaba mojado. Pinche lluvia, pinche noche. Tomé una sábana floreada y empecé a ondearla para echarle aire al colchón, a la mejor se seca un poquito, pero no, no se secó nada. Me busqué dinero en el bolsillo y con lo que tenía no alcanzaba a llegar a Xalpa, eran como las diez y media de la noche, pinche noche. La bolsa de dormir no estaba mojada, pero el piso sí. Ni modo, sobre el colchón y con ropa, a intentar dormir, la bolsa amaneció húmeda y no me libró de un resfriado.

Días antes del 1º de Septiembre, el ejército toma posesión del centro de la ciudad. Cercan el Zócalo y cierran la estación del Metro. Mi ruta por la plaza Santo Domingo y República de Brasil hasta la catedral me la complicaban los soldados, para cruzar los retenes te piden identificación y la mía, la de la escuela no trae domicilio y para evitar pelearse con los verdes hay que darle la vuelta por Belisario y luego Tacuba hasta el Metro Allende. Pero es lo mismo, la mañana fresca, la cantera y el tezontle mojados, el olor del carbón encendido y el de los tamales. El caso es que a la semana vuelven los soldados para lo del grito y el desfile militar del 16. Hice planes para irme a Xalpa con La Jefa todos esos días, claro, con el permiso de mi patrón en la imprenta y unos

cuantos pesos ahí pa' lo que haga falta. Cuando se lo dije a *La Nena*, me contestó que como había puente, el lunes es 16 y no se trabaja, su papá les había anunciado que se irían desde el viernes 13 y hasta el lunes, posiblemente a Cuautla.

En las colonias de la sierra de Santa Catarina las fiestas patrias son unas verdaderas fiestas populares, las Uniones de Colonos celebran con verdadero fervor la independencia nacional, los vivos a los héroes que nos dieron patria se sienten verdaderos, se emiten desde el corazón, se gritan sin reservas, con gusto. Se saluda con respeto y alegría la bandera tricolor. Pienso que esta gente sabe mejor que nadie lo que es luchar por la tierra, cuidarla, hacer que sea para todos, como una madre que cuida de todos.

La Jefa no falta, a menos que tenga guardia en el hospital, pero desde temprano tiene todo lo que necesita para hacer lo que le haya tocado, sean pambazos, quesadillas, tamales, pozole, lo que sea; además todo le queda rico. Pero nada comparado con el ponche, que es su especialidad. Me dice que ya últimamente ni le preguntan, cuando le llega su turno le confirman:

—Ponhecito, ¿verdad, doña Lucy?

Y La Jefa contesta:

—El que quiera con piquete que lleve con qué morir ¿no, compañeros?

Y aquel 15 no fue la excepción, al llegar a la casa y ver la mesa llena de cañas, tejocotes, guayabas, ciruelas pasas, canela y todo eso, el comentario después de su beso era:

—Otra vez ponche Jefa, o sea, primero los enferma y luego los alivia.

Esos días descubrí que a La Jefa le encantaba que estuviera en la casa. Aunque lo toleraba, ella no quería que yo estuviera en el Centro, aunque fuera bien en la escuela, aunque tuviera trabajo, aunque tuviera dónde vivir. Ella no lo decía pero en sus ojos no ocultaba que quería tenerme cerca, que no se conformaba con que fuera a verla cada 15 días o más. El Emiliano no perdía oportunidad:

—Pos ya ves güey, yo me voy antes que ella y casi no la veo, deberías estar más al pendiente, háblale al hospital de vez en cuando, el domingo llévala al cine, pórtate bien...

Cuando llegaba a la casa se encontraba con todo arreglado, barrido y trapeado, las cosas en su lugar, todo recogido, los trastes limpios, la basura tirada, la comida no, porque para hacer de comer no más no.

—Algo has de querer condenado —me decía. Me contó que hacía poco tiempo, como dos semanas, que la habían cambiado a trabajar en el hospital Regional del ISSSTE de Zaragoza, que ahí estaba a gusto, que tenía muchas compañeras y se llevaban bien, que le mejoraron el salario y, sobre todo, que estaba más cerca de la casa. Le conté lo de Helena y reparó: —A ver, a ver, jovencito venga para acá.

Estaba sentada en su sillón donde se dormía viendo la tele, me senté a sus pies, puse la cabeza en sus rodillas y le conté que no tenía otra cosa en la cabeza que no fuera Helena. Me mecía el cabello con compasión, sentía

sus manos tiernas y sin mirarla la imaginaba sonriente, aprobando lo que le decía. Cuando alcé la cabeza y la miré, ella se sintió sorprendida y no alcanzó a secarse un par de lágrimas que corrían por sus mejillas.

Habíamos quedado que el domingo 22 me regresaba al Centro y que en esa semana Helena y yo la visitaríamos para llevarla a comer o al cine.

—Es que el domingo es el maratón de la Ciudad de México y unos compañeros van a correr y nos invitaron a verlos hacer el ridículo, por eso me voy hasta el domingo, ya estuvo suave de vacaciones.

El Emiliano, por rutina, se iba como a las cinco de la mañana a su trabajo en la Central de Abastos y La Jefa como a las siete y media al hospital. Esos días, por cierto, antes de irse al trabajo, La Jefa me dejaba listo el desayuno.

EL TEMBLOR

El 19 de septiembre, más o menos como a las siete de la mañana La Jefa me despertó.

—Ya estuvo bueno de cama, ándele levántese para que se ponga a hacer algo. Te desayunas, ahí calientas unas tortillas. Yo ya me voy, ándale ya párate.

Me gustaba verla vestida de enfermera, toda de blanco, luminosa, resplandeciente, pero después de verla algo no checaba; tenía puestas unas chanclas y en una bolsa llevaba sus zapatos blancos. Me sabía la respuesta de memoria:

—Es que afuera hay mucho lodo y llega una al hospital hecha un asco.

Desde la cama le dije todavía medio dormido:

—Adiós má'. Cuídate, no llegues tarde —y sin poderlo remediar me dispuse a seguir durmiendo.

En ese intento estaba cuando empezó a temblar, se sentía fuerte, me asusté, pegué de un brinco de la cama y empecé a buscar la ropa para vestirme. De afuera se oían los gritos:

—¡Está temblando! ¡Sálganse de la casa!

Pensé en La Jefa, a qué hora se fue, dónde estará. Salí a la calle con los tenis en la mano. Había clareado, era una mañana con mucho sol, pero no tenía noción del tiempo. ¿Me volví a dormir? ¿Qué horas son? Afuera los cables de luz se columpiaban hasta tocarse y echaban chispas. Tembló mucho rato. En la calle, todavía mareados los vecinos nos veíamos; con las miradas y una media sonrisa nos decíamos que todo estaba bien.

Minutos después de que dejó de temblar, unas personas se acercaron preguntando por La Jefa y les dije que ya se había ido. ¿Habrà llegado al hospital, y el Emiliano, y La Nena, y la vecindad de Leandro Valle y...? Las imágenes de todos ellos se hacían un amontonadero en mi cabeza. ¿Cómo estarán... les habrá pasado algo... estarán pidiendo ayuda? Se siente una desesperación y se imagina uno lo peor. Decidí irme al hospital a buscar a La Jefa. Los vecinos insistían en que su papá se había puesto mal por el temblor, que estaba muy asustado y le subió la presión o algo así. Les dije que lo llevaran a un hospital.

—La Jefa está aquí en el hospital del ISSSTE, en Zaragoza, consigan un coche porque seguro no va a haber ambulancias.

Me dieron las gracias y dijeron que ellos tenían carro, que si quería me fuera con ellos, y sin pensarlo acepté. Le di instrucciones al conductor como si conociera bien la ruta o manejara una combi o un taxi:

—Dale por Las Torres, cruzas Ermita y le seguimos por el Eje 6 para salir por Periférico, ahí te voy diciendo.

Desde Xalpa ya todo se notaba diferente, había mucha gente en la calle, no todos los semáforos funcionaban, le pregunté al conductor:

—Oiga ¿sirve su radio?

—No joven, no sirve.

La esposa del señor enfermo rezaba y repetía:

—Quiera Dios que no haya pasado nada.

Durante el trayecto no perdíamos atención hacia la calle; en todos lados había reunidos pequeños grupos de gente. Me asombraba el inmenso silencio que sentía en esta parte de la ciudad. El coche avanzaba rápido, no había mucho tráfico, o bueno, no como otras veces. Al llegar a Periférico doblamos a la derecha hasta Zaragoza luego fue imposible llegar al hospital, había mucha gente, me bajé del auto y les dije:

—Voy a buscar a mi mamá, ahorita la traigo, no se desesperen —y esquivando el tumulto llegué hasta la puerta del hospital. En medio de gritos y llanto estaban desalojando a los enfermos, algunos en sus camas, otros en sillas de ruedas y a muchos los cargaban. Quienes parecían sus familiares permanecían pegados a ellos, sostenían en alto el frasco con suero, los abrazaban como para protegerlos, lloraban, rezaban.

Pese a la muchedumbre no había desorden, eso sí, muchas órdenes del personal médico. No había que pre-

guntar para entender que trasladaban a los pacientes a lugares seguros.

—Por favor hagan espacio —decían las enfermeras.

—No, ahorita no hay consulta, estamos en una emergencia, comprendan.

Enfermos salían y heridos llegaban. Las sirenas de las ambulancias no cesaban, parecía que seguían en el desfile del 16. Preguntaba a las enfermeras y médicos por mi madre:

—Es Lucía Arellano, es enfermera.

Nadie la había visto, me crecía la angustia, la incertidumbre, buscaba respuestas de consuelo, a la mejor se atrasó por el temblor y está por llegar, me decía. Volví a buscar al carro, lo encontré y les dije que no iban a dar consulta que si mejor conocían a un médico particular lo llevaran porque con el temblor todo se había complicado.

—A mi mamá no la veo, me voy a quedar hasta que la encuentre —les di las gracias. Volví a la entrada del hospital, alguna gente traía en camillas improvisadas cuerpos sangrantes, mutilados y entre gritos y llanto exigían atención. Allí en la búsqueda de mi madre corrían las noticias de boca en boca:

—Se cayó Tlatelolco. Y la antena de Televisa, por eso no hay tele. Dicen que en el Centro hay muchos daños...

Me sentía nervioso, alterado. Me abrí paso hasta la recepción del hospital para preguntar:

—Perdone, ¿usted sabe si ya llegó la enfermera Lucía Arellano?, soy su hijo y la ando buscando para saber cómo está.

Y otra enfermera, o al menos eso parecía me contestó:

—¡Ah, es Luchita! No, no la he visto, hoy le toca entrar a las 8 pero no sé, espérame y pregunto ¿sí?

—Si me hace el favor, respondí intentando ser cordial y ahí me dejó esperando un ratote, mejor dicho no volvió. Me alegró como nunca al ver entrar al Emiliano, le grité y cuando él también me vio puso cara de alivio.

—¿Qué onda con La Jefa, cómo está?

Le expliqué que salió antes que yo y que me vine a ver cómo estaba, que fueron a buscarla a ver si ya había llegado al hospital.

—¿Ya supiste? —preguntó Emiliano.

—No, ¿qué?

—No, pos está bien cabrón güey, tembló grueso, hay un chingo de muertos.

Yo también me preguntaba: ¿Y La Nena?, ¿y la raza? Y éste no poder estarse quieto.

—Espérate aquí, voy a buscar un teléfono —le dije, y contestó:

—No sirven, no hay líneas, ni vayas.

Para cuando Emiliano dijo eso, ya casi no le oía. En el hospital la fila para hablar era larga, larga, unos insistían marcando una y otra vez ante la molestia de los demás.

—¡Si a la primera no te contestan te vuelves a formar!

Y el que sostenía la bocina contestaba:

—No sean ojetes, ven el temblor y no se hincan.

Llamé a casa de La Nena, se escuchaba el sonido que te da línea y los otros cuando marcas el número y

luego silencio, el mismo silencio que imaginaba envolvía la ciudad, un silencio largo, inmenso, profundo.

Decidí dejar a Emiliano para que esperara a mi mamá e irme al Centro. El carnal se engoriló:

—¿Te importa más otra gente que tu madre cabrón?!

—Ya sabía que ibas a decir eso, pero La Jefa lo va a entender, además estoy seguro que está bien, que no le pasó nada. Mira, a la mejor se regresó a la casa para ver cómo estaba, pero tú sabes que va a venir al hospital, ya sabes cómo es, llueva o truene va a venir; le gusta su trabajo, y ahora más que nunca.

Le pedí una lana y de mala gana sacó mil pesos.

En Zaragoza me pegué de mosca a un Chimeco que no paró hasta el Metro Balbuena. Luego a caminar, me sentía que no me ganaba ni el Raúl González, el de la medalla de oro de caminata. En algunos lugares como fondas la gente se arremolinaba para oír las noticias.

—Están cerrando calles porque muchos edificios se ladearon y se van a caer, —me dijo un vendedor de periódicos cerca de La Tapo.

Pensé una ruta, puede ser por Fray Servando hasta Anillo de Circunvalación y luego por Moneda o por donde se pueda, tenía que llegar a Leandro Valle. Si se cayó han de estar necesitando ayuda y yo aquí, lejos, sin hacer nada cuando se ocupa. Mi madre siempre me preguntaba si no me remordía la conciencia y no acaba de entenderle qué quería decir, hasta ahora.

En la esquina de Fray Servando y Morazán ya no dejaban pasar, de lejos se veían nubes de polvo o de

humo que decían los que ahí estaban que eran varios edificios que se habían caído en Fray Servando.

—Se colapsaron, están rescatando a gente atrapada en los derrumbes, hay muchos muertos —decía un señor con un tapabocas que presumía ser ingeniero y muy alterado reclamaba que los policías impidieran el paso a la gente porque él quería ayudar a los afectados, y agregaba: —Y más pa' allá se cayó una de las torres del Conjunto Pino Suárez, allí ha de haber menos personas atrapadas porque son oficinas de gobierno, del Metro, y esos todavía no entraban a trabajar.

Eso quería decir que por Pino Suárez no se podía pasar tampoco, no hubo más remedio que internarse al barrio de La Merced, y el escenario era el mismo, la gente en las calles, los postes de luz ladeados, como heridos y algunos transformadores en el piso, humeantes, y los cables en el suelo amenazando a los que por ahí se atrevían a pasar. En algunos predios había muchachos retirando escombros con cubetas de plástico y con las manos, hacían una fila y se pasaban las cubetas hasta el centro de la calle donde lo depositaban haciendo un promontorio. Buscaban gente atrapada en los derrumbes de las viviendas.

Al salir a Anillo de Circunvalación un griterío solicitaba ayuda para rescatar a otros en edificios que se habían venido abajo. Con vehemencia suplicaban alzando la voz:

—A quien tenga picos o palas, seguetas para cortar varilla o marros o barretas para romper losas, se los compramos, díganos cuánto, por favor.

Esas herramientas significaban en esos momentos cuestión de vida o muerte. No había tiempo para dete-

nerse, mientras podía caminar lo hacía lo más rápido que podía, preguntaba a la gente en la calle de Mesones si se podía pasar por ahí.

—Se me hace que hasta Correo Mayor hay paso, contestaban los que venían en sentido contrario.

Y a caminar hasta donde se pudiera, Jesús María, República de Uruguay, Corregidora, y pensaba si tenía que dar la vuelta hasta Mixcalco. Pregunté la hora: las doce y media.

Por las calles circulaban ambulancias con sirena prendida, camiones con soldados, vehículos particulares con los faros encendidos tocando el claxon, abriéndose paso. Por Justo Sierra se podía pasar casi hasta la plaza de Santo Domingo, había que dar vuelta en Argentina, por la SEP, pero estaba cerrado y vuelta para atrás, a Correo Mayor y luego tomar Belisario. Sorteando escombros, gente, cables de luz. Corriendo, sudoroso, lleno de polvo, atravesé los arcos de la iglesia y frente al 14, junto a la fuente, la gente reunida con el Jesús en la boca. Leandro Valle estaba de pie, herido, pero de pie.

—¡Ay, compañero, cómo lo hemos buscado! ¿Pos ónde andaba? ¡Nos dio un susto!, ¿eh? —me recibió la vecina portera. Habían abierto la puerta rendija en su totalidad. Subí a ver mi cuarto y estaba bien, unos vecinos me llamaron para ver su casa, que tenía una grieta que corría diagonal en el muro.

—La hizo el temblor, ¿cómo la ve?

Sonreí, ahora tenía que hacerla de ingeniero. Como a la media hora llegaron Los doble A, o sea el Alfredo y su hermano el Ángel. Se alegraron de verme.

—¡Qué bueno que estás bien! —dijo Alfredo. —Fuimos a dar un recorrido y está feo por todos lados.

—Y la gente del MIC ¿cómo está? —les pregunté.

—Pos todavía con el susto, pero los predios sin novedad. No tenemos derrumbes, hay grietas y vidrios rotos y eso. ¡Ah!, vinieron de la Guerrero, hace ratito se acababan de ir, nos preguntaron si teníamos viviendas derrumbadas, se están organizando equipos de compañeros para apoyar en los predios que se cayeron. Les dijimos que no teníamos predios así —respondió el Ángel—, dicen que ahorita lo importante es el rescate de gente atrapada y vigilar los predios que se cayeron para que nadie se pase de listo y quiera agenciarse cosas.

Mientras comentábamos las cosas llegaron unos compañeros a pedir ayuda.

—Oigan amigos, nos dijeron que viniéramos aquí con ustedes, son del Movimiento, ¿no?, porque nos iban a apoyar. Es que aquí en Peralvillo se ocupa gente, se cayó una parte de la vecindad, échenos la mano, si tienen palas o picos mejor.

Salió una pala y unas cubetas, dejamos al Alfredo en Leandro Valle para atender a los compañeros y nos fuimos como unos cinco, y aunque habían cerrado la calle de República de Brasil pasamos como Juan por su casa, sin hacer caso a los gritos de unos uniformados.

Le entramos a quitar escombros, a quedarnos callados cuando alguien reclamaba ¡silencioooo! Se nos pasó la tarde, sin un rato de descanso, nos dieron cubrebocas que quién sabe de dónde salieron, por ratos un traguito de agua y a darle. Las ampollas no se hicieron esperar y

ni modo, a seguirle, no había curitas y ni modo de aventar la toalla. No había comido, como a las cuatro de la tarde —según calculaba— me empezó un dolorcito de cabeza; pa' acabarla de amolar se me rompieron los tenis con una varilla. Se nubló de repente, parecía que iba a llover, empezó a soplar un viento que refrescaba, pero luego se quitó y no pasó nada, ni una gota. Días después empecé a soñar que mientras removía escombros me encontraba una mano, un brazo y así, esa imagen me persigue todavía.

En medio del polvo que se levantaba cada que echaban eso que llaman escombros, y que en realidad era pura tierra, alcancé a ver al Alfredo que levantaba la mano llamándome. A su lado estaba La Nena, no lo podía creer. Cargué un montón de tabiques que habían ido apilando, haciéndome el fuerte para lucirme frente a ella y se me cayeron. Estaba cansado y ya no podía más. Corrí y abracé a La Nena, no le importó verme todo mugroso. El milagro era completo, traía comida, esos deliciosos chicharrones en salsa verde que mandaba la maestra, doña Rosario.

—¿Cómo están en tu casa?

—Todos bien, asustados todavía.

Nos reunimos ya oscureciendo, alrededor de una fogata, parecíamos aztecas. Estaban varios de la Comisión Política del MLP y de la Comisión Popular. Estaba el profe Gumaro, a quien me daba gusto ver, y El Poblano, que no paraba de preguntar si ya me había casado con La Nena. Me decían que El Rafa y El Tito andaban en brigadas de rescate en el Centro Médico. Los

compañeros del MIC se sintieron en confianza y empezaron agradeciendo el apoyo, nos habían traído agua, café, pan, velas, una linterna y un buen de pilas, algunas bolsas para dormir y una casa de campaña. Intentaron hacer una reflexión política y el Alfredo y yo éramos la referencia para asentir las opiniones de los compañeros. Alguien trajo las *Últimas Noticias* que con grandes letras en su titular decía: TRAGEDIA. Intenté leerlo y no pude, veía borroso.

La Nena se dio cuenta de que se me salían las lágrimas. Me dijo, quizá para reconfortarme, que no se iba a regresar a su casa, que sus papás ya sabían que si me encontraba se iba a quedar a ayudar. Se lo agradecí, me abrazó y me dijo: —¡Qué bueno que estás bien!, me asusté mucho, me vine caminando desde el Circuito Interior, hay muchas calles que no dejan pasar.

—¡No, pos yo te gano! Yo me vine desde el ISSSTE Zaragoza —le dije.

—¡Ah!, o sea te fuiste de aquí al hospital.

—No, yo estaba en Xalpa, allá me agarró el temblor, y de ahí me fui al hospital del ISSSTE a buscar a mi mamá y luego para acá.

Estábamos queriendo empezar la reunión con los compañeros del MIC cuando llegó un grupo de vecinos de la calle de El Carmen, que informaban que su predio quedó muy dañado y que había llegado el casero con abogados para amenazar a la gente y presionarla para firmar un documento y dejar la vecindad a cambio de un dinero; nos pedían apoyo. Todos voltearon a verme y obligado les comenté que los caseros no podían hacer eso, que na-

die firmara nada, que resistieran con una guardia en la entrada y que si llegaban a desalojarlos por la fuerza nos avisaran de volada y que lanzaran los cohetones, pues. Les invitamos un cafecito que aceptaron con gusto. Cuando se fueron el profe propuso empezar la reunión.

No aguanté mucho, estaba bien cansado y bien cenado. La mayoría alrededor de la fogata estábamos sentados en el suelo, busqué acomodarme y al igual que con La Jefa puse mi cabeza en las rodillas de La Nena, no podía permanecer con los ojos abiertos. La noche empezaba fresca, no había luz, se veían las estrellas, las ambulancias seguían y las patrullas con sus luces rojas y azules no dejaban de pasar por la calle de República de Perú y se paraban en la esquina de Leandro Valle y nos echaban la luz, levantábamos la mano como saludándolos y continuaban. Al poco de empezar la reunión me quedé dormido, lo único que alcancé a decir es que lo primero era sacar a la gente atrapada en los escombros...

DÍAS DE DOLOR Y LUCHA

Como a las cuatro de la mañana llegó otro grupo, dijeron ser estudiantes y maestros de la carrera de ingeniería y arquitectura de la Universidad, estaban revisando los predios dañados, los llevamos a las viviendas que tenían grietas y al final del recorrido nos dijeron que no era nada grave, que la estructura del inmueble estaba bien y no había riesgo. A la pregunta de si podíamos volver a ocupar las viviendas nos respondieron que esperaríamos unos dos días por si hubiera réplicas, o sea más temblores aunque menos fuertes.

—¿O sea que va a seguir temblando? —preguntó la portera, y le contestaron que sí, que sí va a seguir temblando.

Cuando empezó a amanecer ya las vecinas habían preparado café y quién sabe de dónde consiguieron teleras para hacer unas tortas de huevo, las habían hecho para llevarlas a los rescatistas.

—Siguen trabajando en el hospital Juárez y en el Nuevo León de Tlatelolco, *ái* unas poquitas tortas pa' los que alcancen, ¿no joven? ¡Ándele!, agarre para usted y la joven.

—Gracias.

Antes de que las compañeras partieran llegó el Quiubolegüey, que para entonces era la plena imagen de la fatiga. Con el cubrebocas alrededor del cuello nos relató los pormenores del rescate de personas en las fábricas de costura de San Antonio Abad.

—Chale güey, pinches dueños asesinos, ojetes, hicieron en esos edificios güey, unas trampas mortales y hay un chingo de mujeres, o sea de costureras muertas güey, la neta güey, qué poca madre. Y empezó a llorar, como que se estuvo aguantando y no pudo más. En la portería le acondicionamos un lugarcito para que descansara, se chingó la mitad de una torta con café y se quedó dormido.

Le di a La Nena los cincuenta pesos que costaba *La Jornada*. Cuando regresó también venía echando maldiciones con el periódico en la mano.

—¡Fíjate lo que dice Miguel de la Madrid!, “que estamos preparados para regresar a la normalidad”. El

muy pendejo no se ha dado cuenta de lo que pasó, ¡ah!, y que gracias pero no a la ayuda internacional, que no hace falta. A él no le hace falta nada pero que vean a la gente. Quise pasarme de gracioso y le dije que enojada se veía más bonita, y esa gota derramó el vaso porque bastó para ponerme como nuevo.

—Mira Francisco, en la reunión de anoche, mientras tú estabas jetón, se discutió que este terremoto va a precipitar muchas cosas y que la gente, como los de la vecindad de El Carmen, van a buscar apoyo de las organizaciones independientes porque ni al PRI ni al gobierno, ya no les creen nada.

Me informó que habían acordado promover una brigada de auxilio con los estudiantes y maestros del Oriente y que se vinieran a esta parte del Centro y que tú coordinarás ese apoyo, que van a pedir ropa y alimentos y que tú digas a dónde hay que llevarlos, así que hay que hacer como un censo y visitar los predios dañados y que en la tarde habrá otra reunión.

No había nada que decir. Minutos después llegó El Poblano diciendo que no nos preocupáramos, que no había clases en ningún lado. La Nena le dijo con su sonrisa: —Sólo a ti te preocupan las clases.

Los tres salimos a recorrer las calles de toda América Latina —como decía el Alfredo— o sea Brasil, Ecuador, Argentina, etc. La gente nos preguntaba a dónde acudir para reportar a familiares que no encontraban: —En LOCATEL no contestan— o dónde conseguir agua o qué hacer para que los soldados y los policías no les impidieran el paso. La Nena decía que la gente nos mos-

traba confianza por ser estudiantes, y que eso había que aprovecharlo. Por todos lados todavía huele a gas, las brigadas de rescatistas siguen sacando escombros, la actividad no para. Ya se empiezan a ver más campamentos hechos con sábanas y plásticos, en algunas vecindades la gente se la juega sacando a la calle sus cosas, principalmente estufas, refrigeradores, sillones; y digo se la juega, porque esas viviendas en cualquier rato se vienen abajo.

Lo que pasó con el casero de la vecindad de El Carmen se está repitiendo en todos lados acá en el Centro, en la calle de Ecuador la misma historia. En la entrada de la vecindad se oyen los gritos de los inquilinos coreando: ¡Fueeera! ¡Fueeera!, y el casero que sale presuroso protegido por unos entacuchados. Luego nos informan que venían con la intención de lanzarlos.

—¿Y tienen cohetones? —les pregunto. —Son para pedir apoyo si intentan desalojarlos.

—No, no tenemos, pero los vamos a conseguir, y si nos sobra uno se lo vamos a meter al dueño allá por donde le apesta el caño y se lo vamos a prender, el cuete ¿eh? —contesta un viejo moreno con acento veracruzano. Le decimos que vamos a hacer una reunión en Leandro Valle hoy a las siete, que nos estamos organizando y que ahí los esperamos.

En Belisario hayamos una fila esperando usar el teléfono. Me formé y cuando vi las caras interrogantes de La Nena y El Poblano les dije que iba a llamar a mi hermano para ver si encontró a La Jefa y que no se preocupen, ojalá y sirva el teléfono. —Y tú Helena deberías llamar a tus papás.

El Poblano se acercó con una muchacha que seguía en el orden para hablar y le preguntó si servía.

Le contestó que —a veces funciona y también depende de a dónde quieras comunicarte, porque en muchos lugares no sirven las líneas. —Pero con suerte y no hubo, ni *La Nena* ni yo pudimos hablar.

Cuando regresamos a Leandro Valle como al mediodía nos avisaron que la brigada del CCH no había podido pasar, que los soldados y la policía tenían orden de no dejar pasar a nadie y los mandaron a la Cruz Roja para que allá les dijeran qué iban a hacer. Alfredo sin poder ocultar el cansancio acumulado me dice que unos supuestos peritos de la delegación Cuauhtémoc están haciendo dictámenes de los daños en los predios y le dicen a la gente que sus viviendas están inhabitables, que mejor se vayan a otra parte o a los albergues. Le dije:

—Ojalá vengan aquí y a ver qué dicen, porque los que vinieron de la Universidad dicen que aquí estamos bien, que no hay daños. Luego me asomé para buscar al Quiubolegüey y ya no estaba, nadie lo vio irse.

Como a la hora de la comida llegaron el profe y El Engels, traían la película completa del terremoto; decían que el gobierno no acaba de entender qué está pasando, imagínate al presidente De la Madrid diciendo que no hace falta la ayuda internacional, que aquí solitos podemos. Y luego dicen que la ayuda de los voluntarios es muy importante y al rato salen con que no, que se queden en su casa porque la gente nomás estorba y así, ni entre ellos se entienden.

Les informé que estábamos llamando a una reunión a las siete para organizarnos con otras vecindades

afectadas y hacernos fuertes entre todos. Se comprometieron a estar.

—La Comisión Política está buscando apoyos y quedamos de vernos aquí, ¿te avisaron? Porque anoche ya estabas muy cansado.

—Sí, ya me avisaron. Oiga, profe, dígale al Poblano que si puede ir a la casa y preguntar por mi mamá y que le diga que estoy bien, que no se preocupe, porfa, ¿no?

Me contestó que ya sabía llegar a la casa y que él mismo iba a ir, que no me preocupara.

A la calle de Leandro Valle empezaron llegar a la reunión vecinos de otros predios, a las siete éramos como cien, nunca habíamos sido tantos. Les pedimos que esperáramos unos minutos para iniciar la reunión pero empezó a temblar otra vez. Hubo gritos, llanto, oraciones, miedo, desesperación. La Nena corrió a abrazarme, temblaba. Cuando se calmó el temblor, alcé la voz para decirle a los que se quedaron que todos revisáramos nuestras vecindades, que no abandonáramos las viviendas, que pusiéramos campamentos y que cualquier reporte nos lo comunicaran, que estábamos organizados y que ni los temblores ni los caseros nos iban a sacar de nuestras casas y que el domingo en la tarde nos volvíamos a ver para hacer la reunión.

Pero esa noche registramos un éxodo silencioso, no paraba el deambular de la gente, cargada con bultos, cajas, maletas y si bien le iba con vehículos, mudándose a quién sabe dónde. Era inútil pedirles que no se fueran, que aguantaran, que eso era lo que el gobierno quería, que nos fuéramos del Centro. Algunos pocos se justificaban:

—Nomás vamos a dejar a los niños con la familia, tienen miedo, ya es mucha tembladera, nomás para que estén en un lugar seguro.

La Nena también aprovechó para ir a su casa. Esa noche fue larga, muy larga, nadie dormía, nadie quería dormir, todos preguntaban ¿hasta cuándo va a seguir temblando, compañero? Y yo contestaba que aquí en la ciudad siempre tiembla. Esperábamos reportes de más derrumbes y no llegaron, pese a que las sirenas de las ambulancias, los bomberos y la policía no pararon toda la noche. Lo que llegó fue la voz de que el ejército y la policía estaban desalojando edificios en la colonia Roma y la Condesa y que venían para el Centro y la Guerrero. Los estuvimos esperando y no llegaron, tampoco la Comisión Política llegó. Quien sí volvió fue La Nena con una mala noticia: murió Rockdrigo en el temblor. No pude evitar las lágrimas.

Me quedo pensando en el Quiubolegüey, nunca me hubiera imaginado verlo así como hoy en la mañana: sensible, solidario. Meses después me enteré que su madre había sido costurera y un tiempo estuvo la señora trabajando en Tlaxcoaque, muy cerca de San Antonio Abad. A él le pusieron así porque era su saludo de siempre cuando te veía y porque de cada tres palabras que decía, una era güey. De que es un cabrón bien hecho nadie tiene duda, abusivo, gandalla, barrio pues. No trabaja y la mayor parte del tiempo se dedica a chingar al que se deja, siempre trae pa'l churro y los tabacos, un personaje pues.

No sé por qué después del sismo del viernes pensaba en él. Dicen que el Quiubolegüey seguía en San An-

tonio Abad en la tarea de rescatar costureras, nunca lo confirmamos, pero desde entonces no lo volvimos a ver. Lo reportamos como desaparecido pero no teníamos certeza de su nombre verdadero.

LAS HERIDAS DEL ASFALTO

El sábado temprano le pedí a Los doble A que fuéramos a la Morelos con los compas de la Unión Peña Morelos. Alfredo y Ángel tenían la información de todos los predios y las broncas, además parecía que traían visa porque pasaban las vallas de los uniformados como si fuera su casa. En la calle de Labradores estaba Paco, el de la colonia Guerrero. El pequeño local parecía romería, había un montón de gente, algunos bajaban agua en garrafones, otros ropa y latas de comida, azúcar, aceite...

—¿Cómo les va, compas? —nos saludó, y le soltamos el reporte a rajatabla:

—Bien, compañero, con broncas con los caseros, con los peritos de la delegación, que dizque andan evaluando los predios, con las amenazas de que si no nos vamos a los albergues nos van a desalojar, con las ratas que andan a ver qué se roban, con broncas en los retenes de la policía, pero bien, nos va bien, ¿no?

Escuchamos que eso mismo estaba pasando en todos lados, nos alentaba saber que Miguel de la Madrid recorrió la colonia Roma y escuchó las quejas de los vecinos de que el gobierno no está haciendo nada.

—Ni Ramón Aguirre, el regente del DDF. Están pasmados, ¿ya vieron *La Jornada*? El regente dice que el

Distrito Federal vuelve a la normalidad con relativa rapidez y que hay cierto control de la situación ¿cómo ven?

El Ángel contestó quitándose la cachucha:

—¡Que no mame!

—Así están las cosas, compañeros —siguió diciendo Paco—. Olvídense si piensan que del gobierno vamos a recibir ayuda, hay que organizarse bien y estar en comunicación, qué bueno que vinieron y cualquier reporte estamos atentos.

De regreso por el Eje 1 Norte, el Alfredo proponía que pusiéramos una cocina para la gente, que en diablitos o carretillas fuéramos a La Merced o a Jamaica a pedir frutas o verduras. Le pregunté al compa de los garrafones y dice que se los prestaron los de la Pascual, y terminó diciendo:

—¿Saben qué? Esto va pa' largo.

El Ángel mostraba su preocupación por la gente que está muy asustada: —Mira carnal si me paro, siento que está temblando ¡me cai!

Les encargué que si veían al Quiubolegüey lo cuidaran, les dije lo de las costureras de San Antonio Abad y que seguramente andaba ahí.

Cuando La Jefa me vio corrió a abrazarme, la vi que se limpiaba las lágrimas, cuando me tuvo en sus brazos la oí dar gracias a Dios. Me sentía apenado y ella me dijo que lo que estaba haciendo por la gente estaba bien y que le daba mucho gusto, luego supe que ella y el Emiliano ya tenían rato ahí en Leandro Valle y las doñas ya se los habían grillado. Me dijo que desde el día del temblor no había salido del hospital y que apenas le

habían dado unas horas de descanso, que en el hospital ya no caben los heridos, que quería venir desde anoche pero con el temblor de ayer ya no los dejaron salir. Se las presenté a los vecinos anunciándola como la mejor enfermera del mundo:

—Nos la manda la República de Iztapalapa para apoyar a la gente de México —y ella luego luego se puso a sus órdenes por si había algún herido o enfermo. Así es La Jefa.

Luego llegó el profe, me dice que la Comisión Política se reúne en el local de la Roma y que tenemos que irnos, y que también hay que llevarse al Alfredo. Le pregunté al profe si el local del MLP había resultado afectado y me dijo que no, que aparentemente estaba bien. Mi reporte en la reunión no era propiamente político, más bien les informaba del sentir de la gente, del miedo a que siga temblando, de que muchos de ellos ya no tienen empleo y si le entran al ambulante se los traga el PRI, de los familiares desaparecidos que por ningún lado aparecen, de que no se puede aguantar mucho viviendo en la calle... y los de la Polaca haciendo tesis y valorando estrategias, lo cual no está mal pero me resultaban aburridas e inútiles para el momento. Nunca he sido muy diplomático y en una segunda intervención les pedí que estuvieran más cerca de la organización, que los pocos que éramos estábamos llenos de responsabilidades y que aprovecharíamos la confianza que nos habíamos ganado con la gente.

El Alfredo respaldó lo dicho y fue más puntual:

—Necesitamos un volantito para ir a los predios con dos o tres indicaciones: No a los desalojos. Más vigilan-

cia en los predios afectados y reparación de los servicios de luz y agua. ¡Ah!, y llamar a organizarse con el MIC. Ojalá nos puedan conseguir ya de perdida un megáfono.

Alguien dijo que había un equipo de sonido y la respuesta contundente fue: ¡No hay luz!

—Pero se puede conectar a la batería del coche.

—Pero no tenemos coche, o buscamos uno o una batería.

Y así transcurrió el punto del análisis de la situación actual. Hubo nueva información, por ejemplo, que ya estaba llegando la ayuda internacional, que venían equipos médicos y de rescate de muchos países. Les dije que mucha gente está alterada y necesita como tratamientos psicológicos para ver si nos podían ayudar y llevarla a algún lugar, lo que sabemos es que el gobierno no está haciendo nada y los hospitales están llenos y no hay medicamentos.

Salimos de la reunión y caminamos por algunas calles de la colonia Roma, el escenario era el mismo del Centro. Calles cerradas, olor a gas, vallas con policías y soldados, gente rescatando pertenencias de entre los escombros, tiendas de campaña en las calles y en algunos lugares lonas que cubrían del sol y la lluvia a los vecinos. Ni la Línea 1 ni la 2 del Metro funcionan, por avenida Chapultepec pasa una ballena que da servicio gratis pero llega hasta La Católica. Ahí vamos, y luego a transitar por un laberinto de edificios bombardeados y de calles cerradas, caminamos en silencio, los ruidos son de taladros eléctricos y marros rompiendo losas de concreto, sirenas de bomberos o ambulancias, camiones de volteo que retiran escombros...

En Leandro Valle nos avisan que se está necesitando ayuda en Tlatelolco, sabemos que se cayó el edificio Nuevo León y las tareas de rescate siguen. Nos trasladamos, pero de ahí nos mandan a la delegación Cuauhtémoc porque ahí se forman las brigadas, todos necesitan casco y si no traes no te aceptan. De ahí los mandan a donde dicen ellos que hacen falta. Un señor nos dice que se ocupa una brigada para llevar hielo al Parque de Béisbol del Seguro Social porque allí están llevando a los muertos. Le digo al profe y al Alfredo que no tengo valor para enfrentar eso y el Alfredo dice que él sí le entra. Le encargo que se fije si algún cuerpo se parece al Quiubogüey, y me contesta:

—Ese güey está vivito y coleando Francisco, mala yerba nunca muere —y se aleja riendo.

¡Chale!, dicen por acá, es domingo y ni parece domingo. Amanece nublado y con aire frío, como anunciando el otoño. En la tele, que sacaron al campamento, el canal del gobierno de IMEVISIÓN reporta que van a empezar a dinamitar edificios que están muy dañados y que representan un riesgo para la gente. Pienso que estos días hemos vivido en vivo y a todo color el gran *show* del desastre. Luego, por la noche, me dicen que Raúl Velasco recomendó en su programa dominical que la gente se fuera a sus casas de Cuernavaca mientras la ciudad volvía a la normalidad.

—Cómo ve, joven Francisco, ya ni la burla perdonan —me dice la portera. —¿Casa en Cuernavaca? Pos ni que juéramos ricos, ¿no?

Por la tarde se hace una reunión en el Teatro 5 de Mayo, en Tlatelolco, que luce abarrotado. El reclamo es

que se demande a los responsables de la caída del Nuevo León, se acusa a FONHAPO de no atender la exigencia de rehabilitar la cimentación del edificio. Casi a la misma hora a Leandro Valle empieza a llegar gente de los predios del Centro. Casi lo olvido, el Ángel me recuerda que la anuncié el viernes después de que tembló. Ahí mismo armamos un Orden del día, y nos repartimos temas.

Acordamos que como mañana ya era lunes, seguramente volverían a trabajar en la delegación Cuauhtémoc, y se formó una comisión como de sesenta personas para ir a demandar que nos mandaran pipas con agua potable, y que la ayuda internacional se repartiera a la gente que la necesita, y que la policía no se ande robando cosas de las viviendas dañadas y que quiten las vallas para que nos dejen pasar a nuestros predios y un montón de cosas más. En la delegación ni nos recibieron y en la subdelegación Tepito nos dijeron que no podían hacer nada, que ellos estaban tan afectados como nosotros y que todo lo estaba atendiendo el gobierno federal. Afuera de la subdelegación, como si lo hubiéramos ensayado, un compañero propuso que le diéramos un saludo al PRI-gobierno y con estruendoso silbido nos retiramos: ta, ta, ta, ta, ta.

DÍAS DE RESISTIR

Se acordó el miércoles 25 y la voz corrió como pólvora: Manifestación de la colonia Morelos a Los Pinos a las 9:00 horas. Se hacía el llamado a todos los afectados por el temblor a protestar por la falta de responsabilidad del

DDF y las delegaciones, en la atención a las necesidades de la gente.

En pequeños grupos salíamos a los predios a invitar a los vecinos. Escribí un rollito para que los compas —según yo— no se enredaran: “Amigos vecinos, el gobierno de Miguel de la Madrid y el regente, quieren aprovechar la tragedia del terremoto para desalojar a los habitantes del Centro Histórico. Y nos quieren desalojar porque esta zona de la ciudad vale mucho dinero y quieren entregársela a los inversionistas para sus negocios, o sea, hoteles de lujo, bancos, oficinas, museos, restaurantes, etc. Por eso debemos resistir y defender nuestro arraigo como vecinos del Centro. Te invitamos a la manifestación a Los Pinos del próximo viernes a las 9 de la mañana, te esperamos en la Plaza de Santo Domingo, lleva tu manta con el nombre de tu predio. No faltes”. Hubo quien se lo aprendió de memoria, pues.

Los preparativos de la marcha fueron una fiesta, la gente llegaba con sus mantas, sus brochas y sus latas de pintura para que la ayudáramos a pintarla. Algunos traían unas latas de galón con pintura de aceite, —pa’ que no se borre si llueve ¿no, compañero? —No, pos sí, pero traiga tiner o aguarrás pa’ rebajarlo. ¡Ah!, y estopa.

El volante del MLP llegó y literalmente voló, también llegó un megáfono y todos se lo querían llevar a perifonear a su predio. El Ángel arrimó una tela para hacer unas banderas, preparó un molde como gioser con las siglas del MIC y se dedicó con toda calma rotularlas. En una ocasión unos muchachos le preguntaron: ¿Oiga, y que quiere decir MIC?

—¡Ah!, quiere decir Movimiento Inquilinario del Centro —y le respondieron:

—¡Ah!, yo creía que Micky Maus —y salieron corriendo, y él tras ellos.

En una vecindad de República de Argentina a los vecinos los convocaron los del PRI a una asamblea para amenazarlos si iban a la marcha. Los líderes, que a su vez eran empleados de la delegación Cuauhtémoc, les dijeron que si los veían en la marcha no los iban a apoyar ni les iba a tocar del reparto de la ayuda internacional que estaba llegando. Les hablaron de casas de campaña, de tinacos, de despensas, de medicamentos y bolsas para dormir. Mientras los del PRI estaban en el predio, al Alfredo, al Ángel y a mí nos tenían esperando en la esquina. Cuando los del PRI se fueron nos avisaron que ya podíamos entrar. Un vecino de nombre Pablo les informó que habían invitado a unos compañeros y volteó a verme como diciendo que me echara un discurso, alguna gente empezó a retirarse y alcé la voz para empezar con un: —¿A poco le creyeron a los del PRI?

No parecía una provocación, era una provocación. Y seguí: —¿Hasta cuándo les van a seguir creyendo? ¿Hasta cuándo vamos a abrir los ojos? Nosotros somos vecinos de aquí, de Leandro Valle y estamos hartos de tantas promesas y mentiras del PRI-gobierno, porque si realmente quisieran ayudarnos ya lo hubieran hecho, pero véanlo, nos tienen sin agua, a oscuras, sin trabajo, con la amenaza de desalojarnos del Centro. Porque les da miedo que la gente se organice y luche por sus derechos. Nosotros no venimos a amenazarlos ni a prometer-

les nada, venimos a decirles que somos sus amigos y sus compañeros si ustedes quieren, porque el terremoto nos fregó más a todos y es hora de darnos la mano, de ser solidarios con todos y luchar juntos contra el mal gobierno. Estamos a sus órdenes y gracias.

Algunos aplaudieron y nos retiramos saludando de mano a la gente que nos veía con respeto y simpatía.

Caminamos de regreso a Leandro Valle, nos sentíamos como *boy scouts* que habían cumplido con su buena labor del día. Se los dije y sonrieron complacidos. Luego se me ocurrió plantearles una estrategia para ver si era por ahí:

—Saben que Pancho Villa ganó la Revolución mexicana venciendo a los federales pueblo por pueblo, o sea los derrotó en Ciudad Juárez, en Chihuahua, en Torreón y así.

—¿Y eso qué? —respondió Ángel.

—Que acá es lo mismo, para ganarle al PRI hay que derrotarlo vecindad por vecindad, pues.

La manifestación fue impresionante, nunca me había sentido parte de una marcha así de grande, ni las del 1º de Mayo, porque ésa era de los trabajadores y ésta era nuestra. Los dirigentes de otras colonias decían que éramos como 30 mil. Alfredo se fue temprano a la Morelos. La salida era de la calle Labradores y Congreso de la Unión. Como a las diez nos mandó un reporte, que la salida de la marcha se retrasaba porque seguía llegando gente, y nos pedía que nos adelantáramos y los esperáramos en el Ángel. De la Plaza Santo Domingo salimos más de mil gentes, las mantas sólo decían el nombre de

la calle y el número. Llegaron los de la Comisión Popular y los profes y raza de la Comisión Estudiantil. Partimos por todo Belisario hasta Reforma, y de ahí al Ángel. En medio del dolor y el luto surgía el entusiasmo y la decisión de luchar.

Alfredo venía en la descubierta de la manifestación, nos saludó con el puño izquierdo en alto y nos incorporamos al contingente. En el Ángel también se sumaron de las colonias Valle Gómez, la Maza, la 20 de Noviembre, y otras. Mucha gente de la marcha traía su cubrebocas y algunos cascos, con el índice a la mitad de los labios nos indicaba que la marcha era silenciosa. En los leones de Chapultepec estaba La Nena esperando, impresionada, sonriente. Una comisión, en la que estaba Alfredo, fue recibida en Los Pinos. Luego nos informaron que la comisión iba a SEDUE, allá por Constituyentes, para reunirse con el secretario.

Por la noche, ya en Leandro Valle, en una reunión con más de cien personas que esperábamos saber los resultados de la negociación, Alfredo nos informó que se le planteó al secretario particular del presidente, y luego al secretario, la expropiación de todos los predios y vecindades afectados, que de inmediato se restableciera el servicio de agua y luz, que se ejecutara un programa de vivienda para la reconstrucción con créditos baratos, y que interviniera la Cruz Roja en instalar campamentos bajo su cuidado. Alfredo decía que a él le pareció que en Los Pinos se lavaron las manos y que en SEDUE el secretario se dedicó a regañar a los de la comisión. En su balance agregó que para los representantes de otras organizacio-

nes la marcha había sido un éxito y que había que seguir luchando juntos. La respuesta de los que estábamos en la reunión fue un sonoro aplauso de aprobación.

—Hay que redactar un volante y ver si lo podemos tener para mañana —propuso el profe Gumaro a Alfredo.

Se informó también que la amenaza de desalojar Tepito se oye muy fuerte, que rescatistas de muchos países ya se fueron porque aquí el gobierno sigue siendo un desmadre, que la ayuda internacional no aparece por ningún predio del Centro y que el PRI se la está repartiendo, y otras cosas. Acordamos reunirnos diario, a las ocho de la noche, porque hay muchas tareas que atender y no hay cansancio que valga.

Esa noche, ya en un pequeño grupo con el profe, Los doble A, La Nena, El Poblano y los demás, nos repartimos tareas. Nos sentíamos responsables de sacar adelante esta lucha, de que la gente nos necesitaba como compañeros o activistas del Movimiento, que las demandas de la marcha nos daban rumbo. Si el debate de la expropiación se abría en la Cámara de Diputados había que estar ahí, que había que reforzar la exigencia de atención a la delegación y al DDF, que había que solicitar más apoyo para el comedor y que hoy ya no había agua ni para el cafecito, que si...

—Oye Poblano, ¿no quedó pintura de las mantas? —le pregunté.

—Quedó mucha, ¿de qué color?

—Del que sea, vi una barda aquí en Perú, que ni mandada a hacer.

—¿Qué, la vas a pintar?

La oscuridad al final de cuentas no es del todo mala, hicimos la pinta. A la mañana siguiente volví a ver si no la habían borrado, y no, ahí estaba: NO QUEREMOS REGRESAR A LA NORMALIDAD: MIC.

La exigencia de la expropiación de los predios se volvió bandera de lucha, llegábamos a las vecindades a ofrecer una salida, una solución. El propio regente, Ramón Aguirre, seguía con su discurso de que los damnificados nos podíamos ir a la periferia de la ciudad, y ofrecía vivienda en Alborada y Huehuetoca, o programas de vivienda progresiva, y que en donde estaban las vecindades se iban a hacer jardines. Cuando les mostrábamos el periódico donde el DDF demolió un predio dañado e inmediatamente hicieron un jardín, la gente comprobaba que no mentíamos. Y más se indignaban cuando El Poblano, con esa chispa pícaro, les decía: —Y se gastaron dos pipas de agua regando las plantitas, como si el agua no hiciera falta por acá, o ¿usted si tiene agua? —Y la gente decía que no, que no había.

El planteamiento era muy sencillo: El PRI-gobierno dice esto y nosotros decimos esto otro, piénselo y éntrele a la lucha. Alfredo, el Ángel y hasta el profe me decían que el control del PRI en las vecindades, en los comerciantes ambulantes, en los burócratas y sus aliados, los comerciantes establecidos, era muy fuerte, principalmente en el Centro. Al menos una vez al día discutíamos eso. Yo les decía que, ya estando en los predios, con la gente, con el descontento acumulado y otras condiciones, el PRI no estaba acostumbrado a competir para ganar base social en igualdad de condiciones, que esos

llamados dirigentes priistas no eran más que una mafia, aprovechándose de que la gente no tiene alternativas de lucha, y que hoy la situación era otra, que ahora sí le estamos dando a la gente esa alternativa y que la gente está reaccionando.

—Cuando el PRI se vea perdido nos va a partir la madre, —dijo Ángel.

—Y cuando nosotros veamos al PRI perdido le damos el tiro de gracia, ¿o no? —le contesté—. ¡Ah!, y abusados porque no falta mucho pues.

Me había olvidado de la escuela, desde hace rato se reiniciaron las clases, cada momento de calma me vienen a la cabeza las palabras de La Jefa: —No dejes tu escuela, no vayas a cometer ese error.

Y le pregunto a La Nena de las materias y cuánto avance llevan y me regaña: —Date una vuelta, si no, vas a perder el semestre, ya nomás nos falta un año Francisco, no la amueles.

Ella sabe cuándo dar el gancho al hígado: —Nos vemos mañana, vete en el Ruta 100 que va a La Tapo y luego por Zaragoza, y no me salgas con que todavía no hay Metro en la Línea 1, porque en algunos tramos ya está funcionando, no quiero que te atrases.

Apenas eran un par de semanas y ya extrañaba mucho el plantel Oriente. Llegar el lunes temprano, echarse una quesadilla con salsita verde, el cafecito caliente, el tabaco para la buena digestión que le bajaba al primer conocido, buscar el salón y estrenar la libreta, en ese orden, era un ritual obligado de principio del semestre. Y como para no perder la forma, la raza anda saloneando.

El rector Carpizo no quita el dedo del renglón con su plan de excelencia, a medio día, asamblea estudiantil. Se discute la propuesta de nombrar una comisión que acuda al Consejo General Universitario a manifestar el rechazo al Plan Carpizo —como ya le llaman— y la marcha del próximo miércoles, que es 2 de octubre.

Pido la palabra y digo que los damnificados de las zonas afectadas por el terremoto están resistiendo a los embates del gobierno y los empresarios, que han surgido organizaciones de damnificados en la colonia Obrera, la Doctores, la Tránsito, la Roma, la Buenavista, el Centro, y otras muchas que están en pie de lucha, que hay que apoyar, que no hay que dejarlas solas. Algunos me pretenden callar: —¡Ese es otro tema! ¡Que se centre!

Y la gritería: —¡Déjenlo que hable! ¡Es de lo mismo!

Y yo encarrerado: —Está bien compañeros, estoy de acuerdo que se nombre la comisión que va a ir a la SEDUE... y estallan las carcajadas. Volteo buscando al Poblano, buscando una explicación, y lo veo doblado de risa y yo no entendía, ¿qué onda?, ¿qué dije?

CONDENADOS A VENCER

La Nena no paró de reír en todo el camino de regreso al Centro.

—¡Ay Francisco!, cómo se te fue la onda...

Me tomó del brazo y se apretó contra mí. La veía radiante, contagiaba felicidad, me veía y volvía a soltar la carcajada.

—No te enojés, pero ibas bien, aunque te hayan querido callar ya estaban escuchando, pero la regaste...

En la primera oportunidad le pasé el brazo por su hombro y caminamos abrazados hasta la subida al camión.

El Ángel volvió a abrir la imprenta, no le cayeron clientes, pero sí un montón de chismes y reportes. Que si los granaderos decomisaron la mercancía de los locatarios del mercado de Jamaica y que ya no los van a dejar instalarse porque van a hacer ahí un bonito jardín. Que en la colonia Morelos los vecinos detuvieron a dos militares que eran responsables de cuidar el orden y custodiar las pertenencias de los predios dañados y que borrachos se andaban robando lo que podían. Que ya sirve otra vez el Metro, menos de la estación Zócalo a Pino Suárez, y tampoco la estación Isabel la Católica. Que los camiones de Ruta 100 y los trolebuses ya dan servicio, menos en algunas colonias de la delegación Cuauhtémoc, y no falta el chiste: que andan muy tristes las empleadas domésticas de la colonia Roma porque ya se van los rescatistas franceses que les echaban los perros.

La exigencia de expropiación de predios dañados anda levantando polvareda. Los caseros se volvieron locos y andan amenazando a todo mundo. En la tarde del martes 1º de octubre llega Alfredo a la imprenta y pregunta:

—Qué, ¿no oyeron los cohetones? ¡Hay un desalojo en República de Ecuador, córranle!

Cuando llegamos los vecinos del predio tienen la situación bajo control, ya hay como cien gentes y siguen llegando. La voz es única: ¡Vivienda sí, desalojos no! Llega la policía, se quieren llevar a una persona y empieza el jaloneo y las mentadas de madre. Un tipo de saco oscuro

y sombrero, con la mano derecha a la altura de la cintura, como presumiendo que porta un arma, con aquella voz que traigo grabada en la cabeza, provoca diciendo:

—¿Qué, cabrones, quieren un muertito?, ¿quién va ser el valiente? ¡Órale, puesn!

Le digo al Alfredo que ése güey fue el que me apañó en el mitin de Gobernación, ¿te acuerdas? Y me dice: —Hazte para allá, no te acerques. ¡Francisco no te quieras pasar, vete para allá!

Y veo al tipo bravucón, tirando patadas, protegido por otros vestidos de civil y policías uniformados. No hay desalojo, se retiran, amenazan, toman fotos. El dueño del predio alza unos papeles en la mano, dice que es la orden de desahucio, y lo grita histérico. Otras personas, también de traje y corbata, lo alejan del lugar.

La gente sigue llegando, traen palos y piedras, señoras y jóvenes. Vuelven a tronar los tres cohetones. El cielo está nublado y el aire frío anuncia lluvia. No sé por qué asocio la lluvia con la represión. Aunque el casero se aleja, en el ambiente queda la amenaza, alguien llama a que nadie se retire porque dicen que van a venir los granaderos a desalojar la vecindad. Cuando empiezan a caer las primeras gotas el Alfredo me pide que nos vayamos, al fin que hay mucha gente. También llega corriendo La Nena, viene con El Poblano. Le pregunto si se acuerda de los policías que nos agarraron en la Ciudadela después del mitin en Gobernación y le pido que vayamos a ver si los reconoce. Alfredo dice que estoy loco, que ya nos vayamos. La Nena me mira con compasión y prefiere hacer caso a lo que dice Alfredo.

—Mejor vámonos Francisco, seguro que no son.

Veo que es inútil convencerla, empieza a llover más fuerte y nos vamos.

El campamento de Leandro Valle había mejorado la convivencia de los vecinos, hasta los más apáticos colaboraban con la vigilancia de las pertenencias de todos, que seguían en los pasillos. Los que no iban a trabajar se hacían cargo de tener comida hecha y caliente, algunos pocos se iban a comer con familiares pero se anotaban a las guardias. Uno de esos días hubo una fiesta, nunca supe de quién y qué le festejaban, pero hubo arroz con mole y pastel. Se sentía un ambiente de confianza y de respeto. Los agrios momentos de los pleitos entre vecinos se suavizaron en la medida que pasaba el tiempo.

En la reunión del MIC del 2 de octubre llegó Alfredo un poco tarde, pidió la palabra porque tenía información importante. Dijo que al mediodía le avisaron que iba a haber una reunión con el presidente y lo llamaron, estaba una comisión de los compañeros dirigentes de varias organizaciones y que les habían pedido que preparan sus peticiones porque los iba a recibir el presidente. Allí se pusieron de acuerdo en plantearle a De la Madrid lo de la expropiación de las vecindades. El presidente dijo que la expropiación era un procedimiento jurídico muy complicado y que podía llevar mucho tiempo, y agregó que iba a pensar en alguna otra cosa. Que se le pidió también que se resolviera lo del problema del agua y lo de la luz, y se anunció que ya lo estaba resolviendo y que en los próximos días quedaba normalizado. Se le entregó una publicación de los compañeros de la colonia Mo-

relos, que proponía un esquema de reconstrucción de las viviendas, y respondió que lo iba a revisar con mucho cuidado. Luego anunció que se iban a hacer reuniones con el gabinete para que cada secretario atendiera lo que le correspondía.

Alfredo agregó que al terminar la reunión con el presidente, los dirigentes de las colonias que allí estaban comentaron que esa reunión era resultado de la marcha del viernes pasado y que no había que bajar la guardia, que deberíamos estar mejor coordinados y no quitar el dedo del renglón. Decían que la atención internacional era una fuerte presión al gobierno, que el mal manejo de la ayuda internacional estaba teniendo sus costos, que el gobierno estaba muy desprestigiado. Luego —siguió informando Alfredo— nos invitaron a reunirnos y que lo estaban haciendo algunos en Tlatelolco y en la Roma, y que hasta en Ciudad Universitaria había un Comité de Apoyo a los damnificados.

Después comentamos que algunos de los dirigentes de la Coordinadora Inquilinaria estaban encabezando las marchas y la comisión que fue con el presidente, y eso nos daba la confianza de acercarnos con ellos. El 10 de octubre hubo una primera reunión de varias organizaciones. Alfredo insistía en que estuviera, pero yo argumentaba que él era el más indicado y que siguiera representando al MIC en esas reuniones. A la Comisión Política del MLP casi la obligamos a intervenir para plantear a los diputados federales de los partidos de izquierda que presionaran para que se expropiaran las vecindades.

En aquellos primeros días de octubre se debate acaloradamente en la Cámara de Diputados sobre la ex-

propiación. Los del PRI y el PAN acusaron a los de la izquierda de ser malos representantes populares, porque en medio de la tragedia querían dividir a los mexicanos. Los del PRT, PMT y PSUM dijeron que le entraban a exigir la expropiación, y en la tribuna defendieron la propuesta. Cuando los del PRI se dieron por enterados de que la iniciativa de decreto de expropiación venía de Los Pinos y firmada por el presidente De la Madrid, nos les quedó más que apechugar y votar a favor.

En la mañana del 11 de octubre llegó el profe con el Diario Oficial y con dos noticias, una buena y una mala.

—Ya, profe, no la haga de emoción y díganos qué dice.

—Dice el Diario Oficial que se han expropiado por causa de utilidad pública, 5 mil quinientos sesenta y tantos predios dañados por el terremoto.

—¿Y la mala?

—Que no están en la lista los predios de Leandro Valle, y hay que revisar cuáles más no están.

—¿Y ya revisó bien, profe?

—Bueno, aquí está, véanlo —contestó.

Lo que todos sabíamos es que no nos íbamos a quedar cruzados de brazos.

—¿Y ora, qué onda?

—Vamos a buscar a los compañeros de las otras colonias, a ver qué dicen.

Llamadas telefónicas, consultas, intercambio de información y, al final, la mayoría estaba inconforme:

—¡Ya, que no jodan!, expropiaron predios con domicilio que ni existe.

—Sí, en la lista hay escuelas. ¡Que no chinguen!

—Ajá. Y predios que no fueron afectados.

—¿A ustedes cómo les fue? —nos preguntaban.

—No, pos salieron algunos, muy pocos, pero la mayoría no.

Por la tarde llegó la convocatoria. Los de Tlatelolco van a marchar mañana a Los Pinos y vamos a sumarnos todos, vamos a exigir al presidente la ampliación del decreto expropiatorio.

Por la noche, mientras pintábamos una manta con la leyenda: ¡EXIGIMOS LA AMPLIACIÓN DEL DECRETO EXPROPIATORIO!, para la manifestación, llegaron los compañeros de la Comisión Política y se completó la información. Mañana o pasado se va a anunciar el Programa de Renovación Habitacional Popular que va a reconstruir las viviendas en los predios expropiados, eso se comenta ya con los diputados y los medios de comunicación.

—¿Y de dónde va a salir el dinero?

—Del fondo de reconstrucción —respondieron. —Y no sólo eso, quieren que el PRI organice todo lo del programa de reconstrucción. Le van a dar a los diputados y a los delegados, y a las organizaciones oficiales, el derecho de decir tú sí, tú no.

Aunque en la reunión con la Comisión Política no había Orden del Día, levanté la mano para pedir que me anotaran en Asuntos Generales.

—Pero no hay Asuntos Generales —contestaron.

—Por eso me apunto, yo tengo uno —respondí.

La discusión siguió, yo me mantenía en silencio, escuchaba con atención que la sociedad había puesto en ja-

que al gobierno, que la solidaridad mostrada por el pueblo era algo que no se había visto, que el discurso de volver a la normalidad era un llamado desesperado del gobierno mientras la gente respondía que ya nada volvería a ser normal, y argumentos así. Veía a los compañeros vecinos del Centro poner atención a lo que se decía, al principio se aguantaban las ganas de aplaudir a los que hablaban pero después aquello terminó en un mitin.

A la pregunta de: ¿Alguien más quiere intervenir?, que hacía la Mesa de Debates, muchos voltearon a verme y le recordaron al compañero de la Mesa que yo había pedido la palabra. Empecé diciendo:

—Bueno, pedí tratar en Asuntos Generales un asunto que debemos tener en cuenta. Miren, compañeros, hemos estado peleándole al PRI cada vecindad, ha sido una lucha política, muy desigual si ustedes quieren, porque el PRI llega a las vecindades con las manos llenas de apoyo, despensas, tinacos, ropa y así, van con sus diputados, así bien vestidos, pues, con guaruras y ayudantes y toda la cosa. Y dejan a la gente con el ojo cuadrado de que la van a ayudar y que no la van a dejar sola, y que vayan con el diputado para cualquier cosa que se les ofrezca, y salen entre aplausos y porras a subirse a sus camionetas, y de ahí a otra vecindad o campamento. Y luego llegamos nosotros, a la mejor con las manos vacías, no muy bien vestidos, sin guaruras, y como simples vecinos, y les decimos que el PRI es pura demagogia, pura mentira, pura tranza, pues, y la gente nos escucha y nos cree, y nos pide que la apoyemos. A la gente no se le puede engañar toda la vida. Entonces la lucha está en ganar cada vecindad, y no so-

mos sólo nosotros, hay muchas organizaciones peleando contra el PRI acá en el Centro, y yo tengo la seguridad de que los vamos a sacar del gobierno y les vamos a ganar, tarde o temprano, y si me apuran, más temprano que tarde. Es lo que quería decir, por eso pedí que me anotaran en Asuntos Generales.

¡...YA VOLVIMOS A SALIR!

La manifestación del 12 de octubre tuvo mayor participación que la del 27 de septiembre. En principio se sabía que los vecinos de Tlatelolco la habían convocado, pero con lo del decreto expropiatorio todas las organizaciones llamaron a movilizarse. Salimos del Ángel y era encabezada por un grupo de niños. Ahora había policías resguardando Los Pinos y tras de ellos, ya propiamente en lo que era la residencia oficial, el ejército. Los uniformados de las Guardias Presidenciales traían la orden de que pasara una comisión. El secretario particular del *preciso* traía la orden de que a la comisión la recibiera un funcionario de la SEDUE, porque el presidente no estaba. La comisión de los tlatelolcas y los damnificados traía la orden de entrevistarse con el presidente y volver con soluciones a las demandas. Uno de los representantes de Tlatelolco fue categórico: —Si no nos atiende el presidente De la Madrid no nos movemos de aquí.

Más de media hora después, con una tímida sonrisa, apareció el señor de Los Pinos.

De la Madrid se comprometió a revisar el decreto expropiatorio, a corregir los errores, y que se incluyeran

los predios dañados que no estaban. Designó a su personal para que se atendiera esta demanda. Alfredo, cuando salió, nos dijo con poco entusiasmo que había una leve esperanza. Casi le apuesto a que no iban a modificar el decreto. Si el resultado de la primera marcha era muy alentador, el resultado de la segunda no convencía a nadie. La gente preguntaba:

—¿Qué pasó, compañero?

—Nada, que hay que seguir luchando.

En los días siguientes, en los predios expropiados se presentó personal del gobierno para levantar un censo de damnificados. Para ellos los damnificados eran los titulares del arrendamiento, sus familiares arrimados a los que llamaban cordialmente *desdoblados* no tenían derechos, o sea, ellos no eran damnificados, ésa era otra bronca.

Unos predios de la calle República de Argentina que fueron expropiados enfrentaron una demanda contra la expropiación y el gobierno la perdió. Ésa era otra bronca. Esos días andaba de un humor de los mil carajos. La Nena se preocupaba y yo le decía que quería estar solo, que me desesperaba ver cómo nos friegan y que no les respondamos como se lo merecen. La Nena proponía: —Vamos a tomar los estadios, a ver dónde van a hacer su Mundial de fútbol.

—Eso está bien, pero todavía falta mucho, como un año —le respondí.

—No me gusta verte así, decía con esa sonrisa contagiosa.

—Al rato pasa.

Intensificamos el recorrido por los predios, se corrió la voz de que si la gente notaba fallas en sus viviendas las reportara con nosotros en Leandro Valle. —Si las ventanas no abren, o si son corredizas y no corren, o si las puertas arrastran y no cierran, y así, hasta poner una canica en el centro de la sala y ver si corre para algún lado y checar esa inclinación.

Llevábamos a los peritos del gobierno a los predios y nosotros, muy conocedores, les argumentábamos que el grado de inclinación del edificio obligaba a que fuera declarado inhabitable y se declara expropiado. Y ellos, los peritos, nos tiraban a locos y nosotros los hacíamos responsables de lo que fuera a pasar, y las gentes.

—¿Y qué va a pasar, compañero? y a la gente no se le puede mentir.

—Hay que luchar, compañera, no nos vamos a dar por vencidos.

El 21 de octubre salió publicada la corrección del Decreto expropiatorio. Logramos que se incorporaran a la lista apenas unos cuantos predios más. Para todo mundo estaba claro que Miguel de la Madrid favoreció a los caseros y abandonó a los damnificados. Tres días después, en un abarrotado Teatro 5 de Mayo, en Tlatelolco, se constituye la Coordinadora Única de Damnificados. Muchos compañeros del MIC acudimos al acto y en todos había un entusiasmo del que pocas veces presumíamos. Salimos del teatro y abracé a La Nena, el profe arreció el paso y nos alcanzó. Me dijo:

—¿Te acuerdas lo que dijo Fidel cuando el desembarco del Granma?

—Que la revolución cubana había triunfado —le contesté.

—¿Y sabe qué digo yo? Que la lucha de los damnificados ya triunfó, y que el PRI no nos dura mucho profe, es cuestión de tiempo, lo va a ver, es cuestión de tiempo.

EPÍLOGO

Los predios de Leandro Valle nunca fueron expropiados. La Coordinadora Única de Damnificados encabezó la lucha y logró la reconstrucción de casi 80 mil viviendas. El Programa de Renovación Habitacional Popular implementó una Fase II, para atender a los predios no expropiados.

En 1988, tres años después, el PRI perdió las elecciones presidenciales en la Ciudad de México. Carlos Salinas, el candidato del partido oficial a la Presidencia, se impuso mediante el fraude electoral.

En 1997, la ciudad elige por primera vez en su historia, por voto directo, secreto y universal, al ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas como jefe de Gobierno del Distrito Federal. En esa elección el PRI perdió en toda la ciudad. Las organizaciones sociales del Movimiento Urbano Popular dieron un aporte valioso a esta transformación.

Súper Barrio

Raúl Bautista González

Súper Barrio es un personaje mediático y político en México, perteneciente a una organización de lucha por la vivienda llamada Asamblea de Barrios, cuyo éxito lo ha convertido en un símbolo emblemático del movimiento urbano-popular de este país. En diversas entrevistas, el activista social ha declarado que su misión es defender y proteger los derechos de la gente común.

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- 1. Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- 2. El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 3. Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- 4. Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- 5. Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- 6. San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 7. La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- 8. Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- 10. La lucha contra los gringos: 1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 11. Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- 12. Testimonios del 68.** Antología literaria.
- 13. De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- 14. Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- 15. Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
- 16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.
- 17. La oveja negra,** de Armando Bartra.

18. **El principio**, de Francisco Pérez Arce.
19. **Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
20. **Morelos. El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
21. **No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
22. **Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
23. **Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueeltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
23. **El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
24. **Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
25. **Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
26. **Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía**. Varios autores.
27. **Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
28. **De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
29. **El exilio rojo**. Antología literaria.
30. **Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
31. **El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.

32. **Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
33. **López Obrador: los comienzos**, de Paco Ignacio Taibo II.
34. **Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
35. **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
36. **¿Por qué votar por AMLO?**, de Guillermo Zamora.
37. **El desafuero: la gran ignominia**, de Héctor Díaz Polanco.
38. **Las muertes de Aurora**, de Gerardo de la Torre.
39. **Si Villa viviera con López anduviera**, de Paco Ignacio Taibo II.
40. **Emiliano y Pancho**, de Pedro Salmerón.
41. **La chispa**, de Pedro Moctezuma.
42. **Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc**. Antología literaria.
43. **El bardo y el bandolero**, de Jacinto Barrera Bassols.
44. **Historia de una huelga**, de Francisco Pérez Arce.
45. **Hablar en tiempos oscuros**, de Bertold Brecht.
46. **Fraude 2012**. Antología varios autores.
47. **Inquilinos del DF**, de Paco Ignacio Taibo II.
48. **Folleto contra la Reforma Laboral**, de Jorge Fernández Souza.
49. **México indómito**, de Fabrizio Mejía Madrid.

50. **68: Gesta, fiesta y protesta**, de Humberto Musacchio.
51. **Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes.** Varios autores.
52. **1968. El mayo de la revolución**, de Armando Bartra.
53. **3 años leyendo en libertad.** Antología literaria.
54. **El viejo y el horno**, de Eduardo Heras León.
55. **El mundo en los ojos de un ciego**, de Paco Ignacio Taibo II.
56. **Más libros, más libres**, de Huidobro (no descargable).
57. **No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial)**, de Luis Hernández Navarro.
59. **Sin novedad en el frente**, de Eric Maria Remarque.
60. **Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida**, de Jorge Belarmino Fernández.
61. **Los brazos de Morelos**, de Francisco González.
62. **La revolución de los pintos**, de Jorge Belarmino Fernández.
63. **Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas**, de Guillermo Cabrera Álvarez.
64. **En recuerdo de Nezahualcóyotl**, de Marco Antonio Campos.
65. **Piedras rodantes**, de Jorge F. Hernández.
66. **Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX)**, de José C. Valadés.
67. **El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano**, de Martí Batres.

- 68. Rebeliones**, de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.
- 69. Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013.** Antología literaria.
- 70. Un transporte de aventuras. El Metro a través de la mirada de los niños.** Antología.
- 71. Padrecito Stalin no vuelvas.** Antología.
- 72. En un descuido de lo imposible,** Enrique González Rojo.
- 73. Tierra Negra.** Cómic (no descargable).
- 74. Memorias Chilenas 1973,** de Marc Cooper.
- 75. Ese cáncer que llamamos crimen organizado.** Antología de relatos sobre el narcotráfico. Varios autores.
- 76. Lázaro Cárdenas: el poder moral,** de José C. Valadés.
- 77. Canek,** de Ermilo Abreu.
- 78. La línea dura,** de Gerardo de la Torre.
- 79. San Isidro futbol,** de Pino Cacucci.
- 80. Niña Mar,** de Francisco Hagenbeck y Tony Sandoval.
- 81. Otras historias.** Antología.
- 82. Tierra de Coyote.** Antología.
- 83. El muro y el machete,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 84. Antología Neza.** Varios autores.
- 85. Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana,** de Pedro Salmerón.
- 86. Larisa, la mejor periodista roja del Siglo XX,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 87. Topolobampo,** de José C. Valadés.

89. **De golpe.** Antología.
90. **Sobre la luz. Poesía militante,** de Óscar de Pablo.
91. **Hermanos en armas. La hora de las policías comunitarias y las autodefensas,** de Luis Hernández Navarro.
92. **Teresa Urrea. La Santa de Cabora,** de Mario Gill.
93. **Memorias de Zapatilla,** de Guillermo Prieto.
94. **Práxedes Guerrero y la otra Revolución posible,** de Jesús Vargas Valdés.
95. **La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza,** de Patricia Galeana.
96. **Espartaco,** de Howard Fast.
97. **Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 1).** Antología literaria.
98. **Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 2).** Antología literaria.
99. **Los hombres de Panfilov,** de Alejandro Bek.
100. **Diez días que conmovieron al mundo,** de John Reed.
101. **Vietham heroica.** Varios autores.
102. **Operación masacre,** de Rodolfo Walsh (no descargable).
103. **Cananea,** de Arturo Cano.
104. **Guerrero bronco,** de Armando Bartra.
105. **Misterios de seis a doce,** de Rebeca Murga y Lorenzo Lunar.
106. **La descendencia del mayor Julio Novoa,** de Gerardo de la Torre.
107. **Otras miradas.** varios autores.

108. **Relatos de impunidad**, de Lorena Amkie.
109. **No sabe a mermelada**, de Carlos Imaz.
110. **Conflicto en cuatro actos, el movimiento médico México 1964-1965**, de Ricardo Pozas Horcasitas.
111. **Ciudad Cenzontle**, de José Alfonso Suárez del Real.
112. **Regalos obscenos, lo que no pudo esconder el pacto contra México**. Varios autores.
113. **Con el corazón en su sitio. La historia de los hermanos Cerezo**, de los Hermanos Cerezo.
114. **El pueblo es inmortal**, de Vassili Grossman.
115. **Dos historias**, de Horacio Altuna (no descargable)
116. **Tierra negra 2**. Cómic (no descargable).
117. **El estilo Holtz**, de Paco Ignacio Taibo II.
118. **Julio César Mondragón**. Varios autores.
119. **Abrapalabra**, de Luis Britto.
120. **Los 43 de Ayotzinapa**, de Federico Mastrogiovanni.
121. **Anticipaciones: una mirada al futuro de Nuestramérica**, de Armando Bartra.
122. **Asesinato en la Cuesta de los millonarios**, de Gisbert Haefs.
123. **Terraza Marlowe**, de Bruno Arpaia.
124. **Juárez. La rebelión interminable**, de Pedro Salmerón.
125. **La gran marcha**. Varios autores.
126. **Taxco en lucha**, de Aarón Álvarez.
127. **El capitán Sangrefría**, de Óscar de Pablo.
128. **Norman Bethune**, de Eduardo Monteverde.

- 129. El poeta cautivo**, de Alfonso Mateo-Sagasta.
- 130. El hombre de la leica**, de Fermín Goñi.
- 131. La balada de Chicago**, de Hans Magnus Enzensberger.
- 132. Defendiendo derechos y libertades de los y las capitalinas**, de José Alfonso Suárez del Real.
- 133. Las ratas invaden la escena del cuadruple crimen**, de Javier Sinay.
- 134. La marca del Zorro**, de Sergio Ramírez.
- 135. ¿Qué hay que saber sobre la Reforma Educativa?**
- 136. La novena ola magisterial**, de Luis H. Navarro.
- 137. Banana gold**, de Carleton Beals.
- 138. Libertad es osadía**, de Leonel Manzano.
- 139. La jungla**, de Upton Sinclair.
- 140. La huelga que vivimos**, de Francisco P. Arce.
- 141. Un dólar al día**, de Giovanni Porzio.
- 142. Queremos todo**, de Nanni Balestrini.
- 143. Pinturas de guerra**, de Ángel de la Calle (no descargable).
- 144. La cara oculta del Vaticano**, de Sanjuana Martínez (no descargable).
- 145. Las milpas de la ira**, de Armando Bartra.
- 146. La ciudad, la otra**, de Súper Barrio (Raúl Bautista González).

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com
@BRIGADACULTURAL

Este libro se imprimió en la Ciudad de México
en el mes de noviembre del año 2016.

Distribución gratuita.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.